

Excesos vinculares

Asociación Argentina de Psicología y
Psicoterapia de Grupo
Buenos Aires, abril de 2009

La Revista *Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares* es agente de difusión y lugar de debate de ideas relacionadas con el campo del psicoanálisis de los vínculos. La perspectiva vincular en psicoanálisis supone una concepción del psiquismo articulada desde el inicio –con lo inter y lo transubjetivo–, marca de un encuentro que propone nuevas nociones, que complejizan y enriquecen las líneas de investigación, sus propuestas teóricas y sus consecuencias clínicas. La creciente inclusión de trabajos extranjeros está facilitada por un importante número de corresponsalías internacionales, así como por la inserción de la A.A.P.P.G. no sólo en la Federación Argentina de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares, sino también en la Federación Latinoamericana de Psicoterapia Analítica de Grupo, en la American Group Psychotherapy Association y en la International Association of Group Psychotherapy,

The *Psychoanalysis of Link Configurations* Journal is a diffusion instrument and a place for discussing ideas related to the psychoanalysis of links ground. The perspective of links in Psychoanalysis emerges from the idea of psyche trimmed with inter and transubjectivity from the very beginning. The mark of this meeting proposes new notions, which enrich and make some lines of research much more complex, as well as theoretical proposals and their clinical consequences.

The growing inclusion of foreign works is due to the great quantity of international correspondents and to the insertion of AAPPG not only in the Federación Argentina de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares but also in the Federación Latinoamericana de Psicoterapia analítica de Grupo, in the American Group Psychotherapy Association, and in the International Association of Group Psychotherapy.

**© 2009 Asociación Argentina de Psicología
y Psicoterapia de Grupo**

Redacción y administración:

Arévalo 1840 - Capital Federal

E-mail: secretaria@aappg.org.ar

www.aappg.org.ar

Telefax: 4774-6465 rotativas

2 números anuales

ISSN 1851-7854

(continuación del ISSN 0328-2988)

Registro de la Propiedad Intelectual N° 679667

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Derechos reservados

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Producción gráfica:

Ediciones PubliKar. Tel: 4743-4648

Diseño de tapa:

Curioni Producciones. Tel: 4822-6982

TOMO XXXII Número 1 - 2009

Afiliada a la Federación Latinoamericana de Psicoterapia Analítica de Grupo, a la American Group Psychotherapy Association, y a la International Association of Group Psychotherapy

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES Y MEDIOS

Directora:

Lic. María Isabel Pazos de Winograd ¹

Secretario:

Dr. Bernardo Katz

Comité Científico:

Lic. Rubén Mario Dimarco

Lic. Norberto Inda

Dr. Bernardo Katz

Lic. Alejandra Makintach

Lic. Marta Nusimovich ²

Lic. María Isabel Pazos de Winograd

Comité de Prensa y Difusión:

Lic. Juan Carlos Benítez Pantaleone

Lic. Ada Cerioni

Dr. Bernardo Katz

Lic. María Isabel Pazos de Winograd

Lic. Martha Satne ³

Consejo de Publicaciones y Medios:

Lic. Nora Dalia de Cordisco

Comité Asesor:

Lic. Elina Aguiar ⁴

Dr. Isidoro Berenstein ⁵

Lic. Susana Matus ⁶

Lic. Gloria Mendilaharsu

Dra. Janine Puget ⁷

Lic. Esther V. Czernikowski

Lic. Mirta Segoviano

Dra. Graciela Ventrici

Dr. Carlos Pachuk ⁸

¹ También pertenece a la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), a la Federación Argentina de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares (FAPCV) y a la Asociación Internacional de Psicoanálisis (IPA)

² También pertenece a la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA)

³ También pertenece a la Sociedad Psicoanalítica del Sur (SPS)

⁴ También pertenece a la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA) y a la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH)

⁵ También pertenece a la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA)

⁶ También pertenece al Centro Oro

⁷ También pertenece a la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA) y a la Asociación Internacional de Psicoanálisis (IPA)

⁸ También pertenece a la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES), a la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA) y a la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP)

Corresponsales en el exterior

Lic. Myriam Alarcón de Soler, Bogotá, Colombia.	Lic. Rosa Jaitin, Lyon, Francia.
Prof. Massimo Ammaniti, Roma, Italia.	Prof. Dr. René Kaës, Lyon, Francia.
Prof. Dr. Raymond Battagay, Basilea, Suiza.	Prof. Dr. Karl König, Gottingen, Alemania.
Dra. Emilce Dio Bleichmar, Madrid, España.	Dr. Mario Marrone, Londres, Inglaterra.
Dr. Joao Antonio d'Arriaga, Porto Alegre, Brasil.	Prof. Menenghini, Florencia, Italia.
Dr. Rafael Cruz Roche, Madrid, España.	Prof. Claudio Neri, Roma, Italia.
Dr. Alberto Eiguer, París, Francia.	Dra. Elvira Nicolini, Bologna, Italia.
Dr. Marco A. Fernández Velloso, San Pablo, Brasil.	Lic. Teresa Palm, Estocolmo, Suecia.
Dr. Arnaldo Guitier, Madrid, España.	Dr. Saúl Peña, Lima, Perú.
Dr. Max Hernández, Lima, Perú.	Lic. Martha Satne, Pekin, China.
Lic. Gloria Holguín, Madrid, España.	Dr. Alejandro Scherzer, Montevideo, Uruguay.
Dra. Liliana Huberman, Roma, Italia.	Dr. Alberto Serrano, Honolulu, Hawaii.
	Dra. Estela Welldon, Londres, Inglaterra.

Comité de Referato

Alarcón de Soler Myriam; Bogotá, Colombia
Czernikowski, Esther V.; Buenos Aires, Argentina
Edelman Lucila; Buenos Aires, Argentina
Friedler Rasia, Montevideo, Uruguay
Gomel Silvia; Buenos Aires, Argentina
Kaës René; Lyon, Francia
Kordon Diana; Buenos Aires, Argentina
Lifac Solchi; Buenos Aires, Argentina
Milano Graciela; Buenos Aires, Argentina
Mendilaharzu, Gloria; Buenos Aires, Argentina
Neri Claudio; Roma, Italia
Pachuk Carlos; Buenos Aires, Argentina
Segoviano Mirta; Buenos Aires, Argentina
Selvatici Marina; Buenos Aires, Argentina
Sujoy Ona; Buenos Aires, Argentina
Vacheret Claudine; Lyon, Francia
Ventrici Graciela; Buenos Aires, Argentina
Zadunaisky, Adriana; Buenos Aires, Argentina

Fechas de recepción de trabajos: 15 de abril y 15 de septiembre

Fechas de publicación: 30 de octubre y 30 de abril

COMISIÓN DIRECTIVA

Area Ejecutiva

Presidente:

Lic. Graciela R. de Milano

Vicepresidente 1º:

Lic. Patricia Erbin

Vicepresidente 2º:

Lic. Nora Cordisco

Secretaria:

Lic. Susana Palonsky

Tesorera:

Lic. Mónica Galbusera

Area Programática

Area de Relaciones Exteriores:

Lic. Carlos Saavedra

**Area de Asistencia
y Acción comunitaria:**

Lic. Silvia Luchessi

Area Científica:

Lic. Martha Eksztain

Area de Docencia:

Lic. Clara Sztein

SUMARIO

Comité de Redacción • Dirección de Publicaciones	11	• Editorial
Solchi Lifac •	15	• Los hijos del Alzheimer
María Cristina Rojas •	29	• Vínculos y sujetos de hoy: los tejidos de la violencia
Ona Sujoy •	47	• Maltratos y abusos en niños y adolescentes
Mariana Wikinski •	67	• La experiencia traumática y el testimonio
José Tcherkaski • Raquel Bozzolo	87	• Interrogaciones... y perspectivas

RE-LECTURAS

- Daniel Waisbrot** • 105 • El Edipo después del Edipo.
Recorridos actuales del
psicoanálisis
- Norberto Inda** • 129 • Lo obsceno: su implicancia
en la clínica vincular
- Alejandra Makintach**
Gloria Mendilaharzu
Sara Moscona
Marta Nusimovich

TRIBUNA

143

HUMOR

147

INFORMACIONES

151

Editorial

Cuando establecimos el título de este número de la Revista –«Excesos vinculares»– los miembros del Comité de Redacción nos fuimos dando cuenta de la gran complejidad de la propuesta. Se abrió entre nosotros un muy rico debate acerca de la multiplicidad de acepciones e interpretaciones que esta combinación de términos permite.

Exceso remite a una diferencia respecto de una marca, línea o ley. Margen o límite instituyente y constituyente a la vez de una heterogeneidad. La transgresión, el abuso, el cruce del Rubicón. La patología, sí, pero también el exceso como ruptura, desajuste, invención, creatividad.

Ya desde Freud con la teoría del trauma, gran parte de los desarrollos psicoanalíticos han dado al exceso un lugar crucial en sus consideraciones acerca del deseo y del papel de la castración, en las conceptualizaciones del más allá, el goce, el no-todo, lo imposible. Otras teorizaciones plantean su caducidad y la exigencia de trabajar con otras lógicas; teorizaciones –en especial de contemporáneos– entramadas en los aportes de la filosofía y del arte. Se trata de otra vuelta de tuerca acerca del malestar en la cultura hoy, y de las problemáticas clínicas que, de una u otra manera, ponen en evidencia sus efectos, así como de la implicación del analista en las cuestiones ideológicas y éticas.

El espacio de Interrogaciones se vio enriquecido con aportes tan diferentes entre sí como el de Raquel Bozzolo y José Tcherkaski.

Con la mirada de un periodista fuertemente comprometido, Tcherkaski nos habla del dolor cargado de exceso al que da lugar el abuso de poder, y de la necesidad de cuidar como «una filigrana» tanto las palabras como a los entrevistados.

Raquel Bozzolo, como psicóloga, desde las prácticas grupales e institucionales cuestiona el término «exceso» y clama por «una clínica donde la situación (de supuestos excesos liberados) se co-instituya» con los otros para poder ser pensada.

Los cuatro trabajos seleccionados –de Solchi Lifac, María Cristina Rojas, Ona Sujoy y Mariana Wikinski– abren un abanico muy rico acerca del tratamiento del tema según cuestiones tan específicas y urgentes como: el maltrato y los abusos de niños y adolescentes o la problemática del Alzheimer y sus consecuencias en la vida familiar; también acerca del tratamiento de las experiencias traumáticas y la conformación de subjetividad propia de las formas epocales de la violencia. De los trabajos, surgen advertencias en cuanto a los riesgos y desafíos de los excesos, en sus distintas configuraciones, y de las diferentes modalidades en los propios análisis, más aún, cuando se trata de avanzar en las formas de las llamadas intervenciones en lo real que en la clínica actual se plantean.

Invitamos a re-visitar las ideas de Daniel Waisbrot sobre el psicoanálisis hoy, «después del Edipo», así como las de Norberto Inda, Alejandra Makintach, Gloria Mendilaharsu, Marta Nusimovich y Sara Moscona sobre lo obsceno, cuestión que puede leerse como una cara más del exceso.

*Comité de Redacción
Dirección de Publicaciones*

Los hijos del Alzheimer

Solchi Lifac *

(*) Licenciada en Psicología. Miembro Titular de AAPPG. Coordinadora del Espacio de Adultos Mayores de la AAPPG.
Gallo 943, 6° «15» (1172) Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Tel.: 4863-0202 - E-mail: solchilifac@ubbi.com

Carlos ingresó en el banco. Caminó unos pocos metros antes de ser abordado por un desconocido. «Usted debe ser hijo de Fulano de Tal» inquirió el sujeto. A la respuesta afirmativa sacudió con más fervor el brazo de su interlocutor y mirándolo con fijeza exclamó: «Es increíble, usted es idéntico. Si no fuese porque sé que su padre está muerto juraría que lo estoy viendo».

El padre de Carlos había fallecido demente.

Dentro de todos los temas relativos a la patología en el proceso del envejecer, el de las enfermedades degenerativas ocupa el espacio de una amplia y compleja significación. La demencia senil es tal vez la que más angustia produce. Ciertamente, la amenaza de la pérdida de la racionalidad, sus características brutalmente invalidantes, precipitan el avance de las angustias tempranas ligadas a la más absoluta indefensión. A su condición de enfermedad ligada a la vejez, se suma la ambigüedad relativa a su etiopatogénesis. No se conocen aún, de manera fehaciente sus orígenes. Es dentro de este marco de ambigüedad que se juega, también, su condición de transmitibilidad. ¿Es o no es hereditaria? Es en esta disyuntiva donde el horror y la denegación se dan la mano.

La cuestión de la herencia y de la transmisión genética plantean con agudeza el destino del sujeto, en tanto él es para sí mismo su propio fin pero, también, en tanto es el eslabón de una cadena generacional de la que forma parte, más allá de su voluntad. Esta fórmula, la del doble estatuto del sujeto acuñada por Freud, es de gran interés, desde el momento que, sin desconocer las generales de la ley, nos introduce en el tema de las ecuaciones personales; esto es el de las singularidades que son las que avalarán la multiplicidad de respuestas frente a un mismo referente, en este caso, la demencia de una figura parental.

La enfermedad no se da en el vacío; se da dentro de un contexto. Es verdad que cuando hablamos de una familia nos estamos refiriendo a una configuración donde el todo supera la sumatoria de sus partes. Pero, aun así, este imaginario está

integrado por singularidades que, si bien quedan afectadas por esta red de mutua pertenencia e influencia, se comportan a otro nivel en esta suerte de sí para sí. La enfermedad remite a cada miembro a su espacio personal de identificaciones singulares y, por ende, a su espacio de soledad no compartido. La enfermedad, la demencia, no pueden menos que ser resignificadas desde una fantasmática personal. Aun así, la locura es un hecho vincular.

En relación a estos considerandos me ha parecido importante profundizar en un tema particularmente sugestivo. Me refiero a la posición del hijo frente a la demencia paterna. La cuestión de la herencia y de la transmisión conmueven, en este caso, de manera especialmente aguda, la subjetividad del hijo y en particular la del hijo del mismo sexo. Agregaría, y con mayor razón, la del hijo único. La transmisión en la cadena generacional y también en el «sí para sí» se complejizan en función de las identificaciones más tempranas y de las relativas a los avatares edípicos. En verdad, ¿existe situación alguna donde el eslabón de la cadena sea más poderoso, y donde se imponga con mayor contundencia el mandato de transmitir que en el caso del hijo del mismo sexo y, en particular, en el del hijo único? La ausencia de un tercero incluido-interferidor, llámese hermano, coarta las posibilidades de depositaciones, de proyecciones, de alianzas y yugula a la captura identificatoria que subyace a la especularidad. El parricidio, en estos casos, difícilmente logrará ser desvinculado de una responsabilidad personal, solitaria. Tal como lo señalará Kaës, el hecho de ser sujeto y objeto, único y necesario heredero y transmisor implica, en sí mismo, una violencia, ya que se trata de una parte de uno mismo atada, desde el origen, al destino de un otro.

La enfermedad tiene una evolución lenta y se instala de manera insidiosa. Esto facilita, en principio, la instalación de defensas. La desmentida es la más usual; «está distraído, terco, desmemoriado; es la vejez». El orden del universo se trastoca frente la «desaparición» del otro significativo. Es así que se va consensuando la voluntad compartida de «hacerlo entrar en razones». La falta de «conciencia de enfermedad» es

un factor importante a tomar en cuenta. De ahí las exhortaciones a que el enfermo «se dé cuenta». Mientras se le puedan atribuir intenciones: rebeldía, oposicionismo, existe la posibilidad de reversión. El *fort-da* persiste en el inconciente como expresión máxima de la omnipotencia del deseo.

De hecho el diagnóstico es muy difícil de asumir. Las consultas médicas se multiplican. Y cuando la renegación ya no se puede sostener, la desesperación ligada a la impotencia empieza a instalarse, también, insidiosamente.

Frente a un padre que empieza a deslizarse al lugar de niño-hijo, los viejos mecanismos de regulación vincular perimen. Una vincularidad con modalidades de articulación desconocidas empieza a imponer sus condiciones. Ya no alcanza con denunciar una falta de racionalidad, sino que se intuye una racionalidad diferente cuyos significantes enigmáticos se imponen a ser develados. En efecto, a la carga psíquica que implica para el sujeto la confrontación con un progenitor que da muestras de sufrimiento y obliga a su contención, se suman los efectos persecutorios del «sin sentido», de su potencial desorganizativo.

La confusión de lenguas, la irreconciliabilidad entre el discurso «loco» y el discurso «cuerdo», dan origen a interrogantes plagados de angustia. ¿Cuál es la realidad de este objeto vuelto bizarro? ¿Qué me quiere decir? ¿Qué me quiere? Cada palabra, cada gesto, cada silencio, grávidos de sentido y de significación quedan inmersos en sí mismos, plantados en su propia y obstinada realidad. Frente a la contundencia de esta ajenidad radical, la necesidad de certezas se agudiza; el hijo se ve compelido a ejercer el rol «del que sabe». ¿Sabe qué? ¿Desde dónde desarrollar la comprensión de un otro si no es a partir de la confrontación con los propios fantasmas? Pactar, convencer, ¿significa acaso demoler este otro enigmático saber?

Las certezas funcionan a la manera de organizadores. Los efectos persecutorios del sin sentido, la violencia que éste introduce en el proceso de pensamiento obligan, decíamos, a la

búsqueda de un sentido. De hecho, la función del aparato psíquico es la de resignificar lo dado. El miedo, la angustia, imponen el empleo de conceptos prelógicos, de formas mágicas de pensamiento. Las interpretaciones, a menudo también delirantes del discurso delirante, se fundamentan en la necesidad de imponer una racionalidad pero, ante todo, en la necesidad de reencontrarse con el objeto. ¿Quién soy yo si no soy reconocido por mi progenitor? Nombrar a alguien es llamarlo, convocarlo a un encuentro. Un dolor con identidad propia, no equiparable a otro, se impone en función de este espacio de discontinuidad, donde la angustia se juega en relación a la presencia-ausencia de un otro significativo. El «ser reconocido», resplandor simbólico, reinicia el encadenamiento de nuevas resignificaciones denegatorias; sella la ficción de que la reversión es posible.

La inmortalidad del padre está llamada a perdurar, al igual que la omnipotencia filial. Un exceso de presencia busca rescatar al hijo de su propia depresión; depresión respuesta a la orfandad, al «no» implícito en el repliegue paterno. Es verdad que sentirse dueño de la situación se puede realizar tan sólo a expensas de un otro que ha resignado su subjetividad. Pero ¿acaso la ha resignado? Hay razones que la razón no entiende. Hija de la desilusión, la ira narcisista encuadra, precisamente, en la falta de respuesta a la intención reparadora, en el fracaso personal en el manejo de la omnipotencia, en el dolor por el trastocamiento de lo esperable. La ira conciente e inconciente se gesta en el enfrentamiento con «la parte negativa de la herencia».

El hijo no puede rebelarse de manera no persecutoria. «Honrarás a tu padre y a tu madre» (mandato sustancial teniendo en cuenta la fragilidad de su contenido) mantiene, a pesar de todo, su valor admonitorio. El enfrentamiento, la tensión entre el yo y el super-yo, generadores en sí de sentimientos reprobatorios y de culpas, condicionan las conductas aplacatorias y las sobreinvertidas. Los requerimientos de contención surgen de manera específica frente a las situaciones de exceso que plantea la enfermedad en sí. Exceso dado por la contundencia del objeto persecutorio, por el «sin senti-

do» que invade la subjetividad pero exceso, fundamentalmente, por la desidealización del padre, por su caída estrepitosa e irreversible.

Si el hijo no puede resolver la locura paterna, si no existe reparación posible, queda incluido como sujeto responsable. La sospecha inquietante se insinúa dentro de este marco de contradicciones. ¿Se ha cumplido acaso el deseo infantil de quebrar al padre, de tenerlo a su merced?

«Es increíble, usted es idéntico a su padre. Si no fuese porque sé que su padre está muerto juraría que lo estoy viendo» escucha decir Carlos. El impacto emocional es de una intensidad abrumadora. El padre había sido un sujeto de una violencia poco común. Este hijo había deseado su muerte desde siempre y fantaseado, más de una vez, con tirarlo al piso y patearlo, tal como había sido pateado por él en su infancia. El padre había fallecido demente. Los fantasmas, una vez más se precipitan, implacables.

El parricidio es el crimen capital y primordial tanto de la humanidad como del individuo y la fuente principal de culpabilidad. Estamos familiarizados con el concepto de castración como la reivindicación paterna mayor. Pero en este caso, el miedo es más arcaico aún; es el miedo a destruir algo que, por lo mismo que indestructible, retorna de manera siniestra sobre uno. La culpabilidad invade con singular intensidad los niveles persecutorios. El horror de lo innumerable se instala en el corazón mismo de la paranoia. Son estos los factores que impiden la desidentificación del objeto persecutorio. Más aún, marcar la fidelidad al padre, «ser idéntico a él» puede llegar a constituirse en un tributo aplacatorio frente a alguien que, no por muerto, deja de ser peligroso. La identificación marca la situación de sin salida: «Ahora mi padre soy yo». Aquí es donde la destrucción del objeto cobra la forma reflexiva de la autodestrucción. En el fenómeno del doble, al margen de la calidad ambigua del objeto, se produce una falla en el clivaje entre yo no-yo. Es en el fenómeno del doble donde encarna lo siniestro. «Usted es idéntico a su padre».

Esa misma noche, luego del episodio del banco, Carlos tiene el siguiente sueño. Ve a su padre joven y de buen humor avanzar hacia él. Lo toma del brazo con firmeza y mirándolo a los ojos (¿al igual que el sujeto del banco?) le dice: «¿Viste Charly? (así me llamaba mi viejo cuando estaba bien). Yo te lo había dicho. Estoy vivo». «Es raro, dice Carlos, no tuve miedo» y luego de un breve silencio prosigue: «debe ser por lo de Charly. Mi viejo me enseñó a jugar al truco. Ahora soy imbatible. También dibujaba muy bien. Me decía: “Charly, hacé una raya cualquiera” y de ahí no más salía un pájaro, un caballo, una cara. Yo también dibujo bien. Esta es la parte buena de la herencia; de la otra no quiero ni pensar... Igual, qué lástima, no está más. A lo mejor ahora sería otra cosa»...

Carlos dice: «No tuve miedo».

Sabemos que el vínculo de asimetría y de dependencia que el niño mantiene con su padre exhibe, a la vez, una fuerte carga de idealización. Idealización del poder del padre, de su fuerza, del saber de su discurso, de la potencia de su amor y de su odio. Este garante de certezas, este «objeto suficientemente bueno» ¿puede convivir a la par del «siniestro portador de la muerte»?

La caída del padre es doblemente significativa; no sólo deja al desamparo al yo infantil sino, que en función del doble y de las identificaciones más tempranas, lo arrastra a un idéntico destino. «Es increíble, usted es idéntico a su padre». Es de ahí que, como afirma Enriquez, el enigma que encierra la locura toma un giro eminentemente trágico para el sujeto singular cuando se instala a propósito de uno de sus descendientes más próximos. Nos preguntábamos: ¿existe acaso situación alguna en la que el eslabón de la cadena sea tan poderosa y donde se imponga con mayor contundencia el mandato de transmitir que en el caso del hijo del mismo sexo y, con mayor razón en el caso del hijo único?

Laura me viene a ver por un problema puntual: «Necesito que usted me ayude a internar a mi madre en un geriátrico. No sé qué me pasa. Ya he recorrido la ciudad, encontré un

buen lugar pero no puedo decírselo. Sé que lo tengo que hacer porque si no me voy a volver loca. Es absolutamente imposible convivir con ella».

Laura tiene 40 años. Está casada. Tiene cuatro hijos: tres varones mayores y una nena de tres años.

«Soy hija única. Mi padre falleció cuando yo tenía 14 años. Mi vieja se rompió el alma y salió a flote. Pero así como es de fuerte, es de malvada: dura, maldita; una bruja. De recién casados nos fuimos a vivir con ella. Económicamente nos venía bien, en aquel momento. La casa era grande y ella no tuvo inconveniente. Y después, pasaron los años y nos quedamos. Ahora mi madre tiene 68 años y está con Alzheimer. Si ahora está terrible, no quiero pensar lo que se viene. Lo de “progresivo e irreversible” me taladra la cabeza. ¿De porqué las discusiones? No sé, por cualquier cosa. Se encapricha, hace barbaridades y no hay manera de hacerla entrar en razones. Es inmanejable. Esto sí, siempre termina con lo mismo: esta es mi casa, si no te gusta andáte».

Durante el breve tiempo que Laura concurrió a mi consultorio trabajó intensamente con «lo que podía» y con «lo que no podía» (según sus propias palabras). La convivencia con su madre se fue suavizando «tal vez porque ya no espero» decía Laura. Pero lo que más la impresionaba era la inmensa ternura con la que su madre trataba a la nena; ésta a su vez le respondía con adoración. ¿Cómo es posible que haya tanta dulzura en un ser tan malvado? se preguntaba. ¿Por qué no pudo ser conmigo?

¿Cómo jugó esto en la decisión tomada? Un día Laura dijo: «La casa es grande y, pensándolo bien, hay lugar para las dos. Y la verdad es que la casa es de ella». La otra verdad es que Laura «no pudo» separarse de su madre.

La demencia materna afecta de manera diferente a la paterna en función de la existencia de diferentes tipos de imágenes y de la relación que une intrapsíquicamente al sujeto con estas imágenes. Una intensa agresividad hacia la madre, pro-

ducto de la internalización de la imago de la mala madre, mortífera y siniestra, convive con la de la madre buena, protectora y nutricia. La enfermedad, por sus características, empuja al inconciente a sus representaciones más arcaicas. La actividad fantasmática, infiltrada por las representaciones de la madre mortífera, dificulta las reparaciones; la parte de «amor a sí mismo», fijada sobre la madre, no retorna. Pareciera que, mientras la relación con el padre puede aún aspirar a cierta racionalidad (patrimonio paterno), los atributos maternos ligados más implícitamente a lo arbitrario, remiten a lo más irracional y a lo siniestro. Aun así, frente al riesgo que toda generalización implica, debemos reconocer que la respuesta nunca es unívoca; factores predisponentes condicionan, en todos los casos, su singularidad.

¿Cómo hace el sujeto para solventar la compleja violencia que la locura paterna le impone, para solventar la ambivalencia entre amor y odio, para lograr una desidentificación, donde el progenitor pueda quedar incluido pero desafectivizado de sus aspectos mortíferos?

El proceso de transmisión generacional implica, además de las identificaciones necesarias, la noción correlativa de una barrera de protección; barrera inmunitaria, barrera de resistencia a la excitación, a la estimulación excesiva, a la contaminación. Estos conceptos remiten a la función de filtro, a la vez que de articulador entre «un adentro y un afuera». La idea de contagio, incluida en el concepto de tabú primitivo, ayuda a comprender la necesidad de implementar distancias-límites. Esto nos coloca en el centro mismo de una cuestión fundamental, esto es: de cómo incide lo hereditario en cada caso singular. Y es de ahí que surgen, con mayor precisión, las preguntas acerca de los procesos de transformación y de no transformación de lo transmitido. La urgencia no es solamente la de transmitir; es también la de interrumpir una transmisión. Pero para ello ¿alcanza acaso con implementar una barrera de protección contra la contaminación o se trata, como señala Kaës, de utilizar la propia pulsión de muerte pero, esta vez, para aniquilar aquellas representaciones internas que remiten a la propia fragmentación, a la propia muerte psíquica?

Son mecanismos de exclusión puestos al servicio de la propia sobrevivencia. Pero, aun así, toda defensa inconciente solventada en la represión, en la negación, en la desmentida será insuficiente a menos que pueda organizarse alrededor de un objeto internalizado «suficientemente bueno» y contenedor. Me refiero a los aspectos positivos del progenitor. Estos aspectos constitutivos, pilares de una confianza básica, ayudarán a solventar el penoso trabajo de duelo por lo que fue y ya no será más. Las posibilidades de elaboración están supeditadas a esta confluencia articulada de amor y odio, de Eros y Tánatos.

Pero después de todo, y así lo señala Freud en «Tótem y Tabú», nada de lo que haya sido retenido podrá permanecer completamente inaccesible a las generaciones ulteriores. Habrá huellas, al menos en síntomas, que continuarán ligando a las generaciones entre sí. Esta violencia de la transmisión se entabla más allá del sentido accesible por el lenguaje de las palabras; es una transmisión de cosa. Probablemente, como lo sugiere Fédida, todo lo que toca a lo heredado y a la procreación define una zona interhumana, violentamente frágil, donde han quedado cristalizadas las angustias más arcaicas y donde la palabra cede su lugar a las creencias más enigmáticas.

Bibliografía

- Kaës, R. y otros (1998) *Transmisión del la vida psíquica entre generaciones*, Amorrortu Ed., Buenos Aires.
- Laplanche, J. (2003) *Castración, Simbolización*, Amorrortu Ed., Buenos Aires.
- Lifac, S. (1989) Contratransferencia y «la madre muerta», *Actas 5° Jornadas Anuales de la A.A.P.P.G.*, Buenos Aires.
- Mendel, G. (1975) *La rebelión contra el padre*, Ediciones Península, Barcelona.
- Missenard, A. y otros (1991) *Lo negativo*, Amorrortu Ed., Buenos Aires.
- Sibony, D. (1981) *El otro incastable*, Ed. Petrel, Barcelona.

Resumen

El encuentro con la psicosis parental impone un padecimiento con identidad propia. La caída del padre, ya no simbólica sino real, es doblemente significativa. No sólo deja expuesto al desamparo al yo infantil sino, y en función del doble, arrastra al sujeto a un idéntico destino.

Formando parte de una inescrutable coexistencia de elementos depresivos y persecutorios, lo que se intenta es obturar el dolor y el rencor. Retiro de catexis, contracatexis, sobrecatexis definen la complejidad vincular.

¿Cómo hace el sujeto para lograr una desidentificación donde el padre pueda permanecer pero desafectivizado de sus aspectos mortíferos?

Summary Alzheimer's Children

The encounter with parental psychosis imposes suffering that has an identity of its own. The parent's fall, no longer symbolic but real, is doubly significant. It not only leaves the child's ego exposed to helplessness but, functioning as a double, also sweeps the child towards an identical fate

Part of an unfathomable coexistence of depressive and persecutory elements, it is an attempt to block pain and animosity. Withdrawal of cathexis, counter-cathexis and hyper-cathexis define the complexity of the relationship.

How may the subject reach a de-identification in which this parent survives as such, while also withdrawing affect from the lethal aspects?

Résumé

La rencontre avec la psychose d'un des deux parents impose une souffrance qui possède sa propre identité. Cette chute, non plus symbolique sinon réelle, est doublement significative. Le moi de l'enfant reste non seulement exposé à

l'état de détresse, sinon que cette chute fonctionne aussi comme un double, et emporte l'enfant vers un destin identique.

Tout en faisant partie de l'inscrutable coexistence d'éléments de persécution et de dépression, il y a une tentative d'obturer la douleur et la rancœur. Retrait d'investissement, contre-investissement et surinvestissement définissent la complexité des liens.

Comment fera le sujet pour atteindre une désidentification dans laquelle son parent puisse rester, mais qui inclut un retrait de l'affect para rapport aux aspects mortifères?

Resumo

O encontro com a psicose parental impõe um padecimento com identidade própria. A queda do pai, já não simbólica, mas também real, é duplamente significativa. Não só deixa exposto ao desamparo o Eu infantil senão, e em função do outro (Duplo), arrasta o sujeito a um idêntico destino.

Fazendo parte de uma inescrutável coexistência de elementos depressivos e persecutórios, o que se tenta é obturar a dor o rancor. Retirada de catexia, contra-catexia, super-catexia definem a complexidade vincular.

Como faz o sujeito para conseguir uma não identificação onde o pai possa permanecer, mas liberado dos seus aspectos mortíferos?

Palabras clave: psicosis parental, doble, desidentificación.

Key words: parents' psychosis, double, unidentification.

Vínculos y sujetos de hoy: los tejidos de la violencia

María Cristina Rojas *

(*) Licenciada en Psicología. Miembro Titular de AAPPG.
Vuelta de Obligado 2332, 7° «D», Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel.: 4701-3303/Consultorio: 4780-2979 - E-mail: mcrojas@sion.com

Me interesa aquí poner en relación las formas de violencia propias de cada época con la conformación de vínculos y sujetos, reconociendo que la violencia¹ y el desvalimiento surgen a través de toda la historia humana. Aunque, de tal modo, la violencia no parece haber sido obviada por sociedad alguna, hay modos de subjetivación que operan para construir guerreros, y también prácticas que tienden a fundar la solidaridad y la no violencia; unos y otras coexisten en distintos ámbitos socioculturales con diferentes predominios. Es decir, un ámbito social dará consentimiento a mayores o menores niveles de crueldad, convirtiéndose en más o menos habitable y hospitalario. Cada tiempo ha tenido, pues, que dar algún cauce a violencias que hasta ahora parecen ineludibles, y se entretajan en las complejas tramas de la producción de sujetos; nos vemos así frente al requerimiento de pensar cuáles son los finos tejidos de la violencia que impregnan las vinculaciones y los modos actuales de subjetivación.

Si el hambre en contraste con la abundancia es la peor y más constante de las violencias, son pocas, no obstante, las sociedades que han calificado esto como tal. En nuestro tiempo, la obscenidad tecnológica agiganta violencias actuales, y ello atraviesa la barrera de la inclusión/exclusión. Los videos e Internet dan pie al fantasma de la muerte real devenida espectáculo (como aparece en algunas películas actuales, en fantasías a veces para nada irrealizables, correlativas al desarrollo de la tecnociencia). La impregnación mediática, como otras formas actuales de violencia, satura las prácticas subjetivantes, «hace» vínculos y sujetos. Por ejemplo, el niño y especialmente el adolescente son presentados reiteradamente en las pantallas con modalidades crueles y

¹ Dentro de la investigación de la violencia en el Psicoanálisis familiar, hemos caracterizado como violencia «...al ejercicio absoluto del poder de uno o más sujetos sobre otro, que queda ubicado en un lugar de desconocimiento; esto es, no reconocido como sujeto de deseo y reducido, en su forma extrema, a un puro objeto...» Rojas, M. C.; Kleiman, S.; Lamovsky, L.; Levi, M.; Rolfo, C.: La violencia en la familia: discurso de vida, discurso de muerte, *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 1/2, XIII, 1990.

trasgresoras, a menudo como integrantes de un par víctima/victimario, caracterizado por la escasa sensibilidad al deseo y el dolor de uno, junto a la sujeción impotente del otro. Esto contribuye a insertar en el imaginario social la figura del niño y el adolescente temibles, difícilmente controlables, lo cual afecta los modos de vinculación entre los distintos grupos etéreos. A la vez, la insistencia de tales modelos tiene ingerencia en la construcción del sujeto mismo. La niñez, por su dependencia inevitable, ha sido y es hoy uno de los territorios más afectados por formas diversas de abuso.

La presencia constante de la violencia en los medios –enfaticada con distintos procedimientos, tales como la reproducción interminable de ciertas escenas alarmantes– sumada al auge de la violencia delincencial, vigente en la vida cotidiana, intensifica en las últimas décadas la vivencia de vivir tiempos desusadamente violentos. Desconfianza, miedo e inseguridad transforman las vinculaciones y dan lugar a otras formas de cautela y protección que modifican las pautas de crianza.

En relación con los efectos del mensaje mediático, mencionaré entre otros, dos personajes presentados por un dibujo animado de la televisión estadounidense que se vio entre nosotros en los años '90. Beavis y Butt-head, dos jóvenes maliciosos y trasgresores, son personajes afectados por trastornos del pensamiento y apresados en la imagen, y solamente uno de los numerosos ejemplos de algunos de los aspectos descritos y exaltados en el mensaje de las pantallas. Estos adolescentes «metálicos» torturan animales, venden semen para ganar dinero, incendian su casa; no conocen la responsabilidad, la preocupación por el otro, la vergüenza o la culpa.

Es interesante considerar la advertencia enunciada al final de dicho programa televisivo sobre la inconveniencia de copiar a estos personajes en la Vida Real: *«Beavis y Butt-Head no son modelos. Ni siquiera son humanos, son dibujos animados. Algunas de las cosas que hacen pueden causarle heridas a una persona, ser arrestada o bien deportada. Para decirlo de otra manera: no intenten esto en casa»*. Reconoce así la

posible imitación de la escena, polémica que cobró vigor especialmente a partir del conocido crimen de los chicos de Liverpool, y que aún continúa. En 1993, el asesinato en las afueras de Liverpool de un nene de 2 años, del cual fueron responsables dos niños de 10 años, a quienes luego se juzgó como adultos, produjo fuerte conmoción. En dicho caso, de imprecisas conclusiones pero severa sanción, el propio juez opinó que la visión de películas violentas podría haber influido.

Por otra parte, entiendo que el mensaje mediático ejerce a su vez una forma privilegiada de violencia con los lectores/oyentes/espectadores cuando induce, por la cualidad de su contenido y los modos del enunciado, temor e inseguridad; esto acontece no solamente cuando «informan» acerca de asesinatos, robos y secuestros, sino cuando construyen –en lo político, lo económico, y otros terrenos– supuestas realidades «objetivas», por lo general ominosas y atemorizantes.

Sus efectos contribuyen a potenciar vivencias de miedo y desamparo tan propias de nuestra sociedad, la sociedad del «ataque de pánico», uno de los prototipos de época. Se abren en relación con todo lo antedicho problemáticas que detonan en el colectivo y en el psiquismo singular, cuestiones que nos interpelan en la clínica día a día.

Todos los discursos sociales, diversos en cada época y lugar, establecen, según códigos peculiares, qué es lo que esa sociedad ha de considerar violento/no violento, punible, deseable o tolerable. Sitúan además alguna forma de violencia en posición de ideal, a la vez que surgen ideologías convalidantes de violencias jerarquizadas: esto ha hecho posible las guerras, las persecuciones, los genocidios, las revoluciones, el terrorismo, los duelos en defensa del honor. Estos últimos, propios de otros tiempos y contextos, se ven de algún modo remedados por ciertos combates actuales entre adolescentes, también regulados por códigos *ad hoc* que justifican la violencia. Cito algunas expresiones extraídas de mi trabajo clínico con adolescentes: «me enojé porque me miró mucho»; «le hablé al chico que había estado conmigo»; «se agarró a la

novia de mi amigo»; «pasó y me chocó en el boliche, le dije: vamos afuera»; «tuvimos que ir todos porque esperaban a mi amigo para pegarle, no lo íbamos a dejar solo». Pensemos también en la justificación de la violencia bajo la forma de la venganza que se reitera en múltiples películas de acción, o el consenso social tolerante con el derramamiento de sangre para preservar la propiedad privada y con la posesión de armas para defenderse.

Los mismos discursos que convalidan la violencia ubican en el lugar de ajeno, no semejante, a veces no humano, a algunos otros, que serán, por tanto, pasibles de una tolerada y hasta deseable aniquilación (hoy suele pensarse en estos términos a los menores delincuentes). Richard Rorty señala que la trama sociocultural propone al otro de las llamadas «minorías» como objeto, desconociéndolo en su humanidad, y esto sienta una de las bases del maltrato.

«...la distinción humano-animal es sólo una de las... maneras en que los humanos paradigmáticos se distinguen de los casos fronterizos. La segunda manera consiste en invocar la distinción adultos-niño... ...los niños sólo alcanzarán su verdadera humanidad si se los educa correctamente. Si son incapaces de recibir tal educación es porque no pertenecen a la misma clase de seres a la que pertenecemos nosotros, la gente educable...». (Rorty, R., 1993, pág. 59)

Quiero destacar, además, que pienso a las expresiones subjetivas de la violencia como inseparables de la violencia social, institucional y familiar; es preciso dejar de lado las causalidades lineales y el aislamiento recíproco de las condiciones de producción del acto violento, ya que operan factores subjetivos, vinculares y sociales, diferenciables, cada uno con sus propias lógicas, pero a la vez implicados uno con otro; de tal modo, cada sujeto es singular y responsable, pero a la vez producto de su tiempo y sus pertenencias. Por ende, el análisis de severas patologías del acto, ligadas a desamparo y distintas formas de maltrato, no solamente considera el psiquismo singular, toma también en cuenta las disfunciones y restricciones del funcionamiento de la familia, si la hubiera; las

modalidades de los distintos grupos de pertenencia y las condiciones sociales que habilitan o acotan tales modalidades. Incluye, además, el análisis de la transmisión intergeneracional, ya que violencias no tramitadas del pasado pueden oficiar en el presente como impacto psíquico desorganizante.

Una sociedad tiende a constituir sujetos consistentes con sus caracteres y fines predominantes; hoy, nos es posible pensar esto en términos de producción social de subjetividad, considerando la coexistencia eficaz de distintos dispositivos sociales en la conformación subjetiva –grupos, instituciones, medios de comunicación. Es decir, de acuerdo con ciertas tecnologías conformadoras, vínculos y sujetos han de poseer rasgos adecuados a las metas de la sociedad que habitan; podemos preguntarnos entonces cuáles son algunos de los rasgos afines con el mercado neoliberal y de qué modo éste favorece las dialécticas actuales de la violencia.

El mercado requiere consumidores, el consumidor es también el espectador, el que consume ideologías que a su vez sustentan comportamientos que a su vez sostienen el mercado. Por ejemplo, en las familias de hoy, entre sus nuevas cualidades y sentidos, encontramos como producto y sostén del mercado la vigencia de padres complacientes y simétricos, aptos para satisfacer las demandas consumistas de los hijos. (Rojas, M. C., 2008)

La primacía del consumo jerarquiza la relación del sujeto mercantil con los objetos: a través de curiosos espejismos, las cosas aparecen como fuente y origen de una impuesta, exigida felicidad. Los otros pueden convertirse también en objetos, aptos para el goce y el descarte; o aparecer como adversarios, amenazantes del propio yo y de las propias posesiones, es decir, temibles. Encontramos así que las lógicas individualistas y paranoides del mercado devalúan al otro como sujeto y auspician la propia satisfacción, regida por la perentoriedad de la pulsión, todo esto conforma el andamiaje de múltiples violencias de hoy. Además señalaré, en términos de Lewkowicz, que el modo de exclusión de los no consumi-

dores toma en el mercado la forma de la expulsión. (Lewkowicz, I., 2004)

Entre nosotros, sobre todo a partir de la crisis de 2001 y a través especialmente de los aportes de Giorgio Agamben, (Agamben, G., 1999) se expande el pensamiento acerca de la desubjetivación, Por lo general, ésta es homologada con deshumanización y se la relaciona con situaciones límite y privación socioeconómica severa; supone entonces la cuestión de la violencia, si entendemos por tal el accionar de eficacia objetalizante. La desubjetivación así considerada tampoco parece privativa de nuestro tiempo, pero se hace posible hoy pensarla en estos términos, ya que aparece ligada a las ideas desarrolladas acerca de los procesos de subjetivación. Por lo demás, la lógica mercantil instala con fuerza la problemática de la objetalización, tal como he venido señalando.

Transitamos un cambio de época que nos permite presenciar y experimentar, aun en nosotros mismos, la transformación del sujeto moderno. Si tomamos dicho sujeto como referente, nos rodea la desubjetivación, de allí la importancia de diferenciar desubjetivación de aquellos modos novedosos de subjetivación productivos de rasgos no modernos, o rasgos sí existentes en la modernidad pero antes considerados como marginales, punibles o patológicos. Aquello que una época margina o castiga puede aparecer en otra aceptado e impulsado, así, los científicos quemados en el medioevo fueron luego la figura destacada de la modernidad: dejar de lado estas consideraciones nos expone a la patologización de los rasgos novedosos, en especial en la infancia y adolescencia. Al mismo tiempo, los criterios estadísticos no nos serán útiles para definir lo «normal» y lo «patológico»: el alcoholismo adolescente, por ejemplo, constituye una problemática severa frente a la cual no podemos permanecer indiferentes, pese a su extensión. Tanto la patologización como la aceptación indiferente de lo nuevo suponen el riesgo de ejercer algún modo de violencia sobre niños y adolescentes desde nuestras propias prácticas. Incluyo en este punto la cuestión de los diagnósticos cerrados y cronificantes que pretenden reducir la

complejidad del sujeto humano a la simplicidad de una sigla (me refiero especialmente a las derivadas del DSM IV).

Las variadas y excluyentes formas de discriminación por atributos diversos no acordes con expectativas sociales vigentes, configuran una modalidad violenta característica de nuestro tiempo. La oposición inconciliable entre incluidos y excluidos del consumo, que decreta el desamparo, el hambre y a veces la muerte de los no pertenecientes, parece un saldo ineludible del actual sistema neoliberal. Esto va dando lugar al incremento de la violencia delincencial, ya que el sin sentido y falta de horizontes de la exclusión estimula el ataque contra quienes pertenecen y poseen: el propio régimen social instaura así una rivalidad especular y criminosa. Para los «includidos», el delincuente representa un peligroso enemigo, y puede así producirse una fuerte confrontación entre unos y otros, que opaca y encubre las condiciones socioculturales y económicas que producen dicha situación.

Por fuera del sistema y la posibilidad del consumo, en la franja hoy extensa de la exclusión ¿hay posibilidades de organizar procesos subjetivantes o nos hallamos en los confines de la propia existencia? Sabemos que los lazos son constructivos, y el peor riesgo psíquico es el aislamiento: el sujeto se construye entre otros, con otros. Entiendo que los agrupamientos en exclusión también operan, con sus poco estudiadas peculiaridades, en la conformación subjetiva: construyen, entonces, formas vinculares y subjetivas adecuadas a las estrategias de supervivencia en exclusión. No obstante, las carencias en la autoconservación pueden afectar la conformación de la dimensión ética, asegurándose de tal modo la trasmisión intergeneracional del maltrato, los niños carenciados y maltratados suelen a su vez devenir violentos, reiterando la violencia padecida. Por estos senderos se ven favorecidas las impulsiones, la emergencia del sujeto acéfalo de la pulsión, cuando el entramado simbólico imaginario vacila y se facilita la descarga pulsional sin frenos. Esto afecta los procesos simbolizantes y la instauración de mecanismos represivos.

Para Winnicott la «tendencia antisocial» se basa en la privación y expresa una esperanza. Por eso, dice, «*La terapia es proporcionada por la estabilidad del nuevo suministro ambiental*». (Winnicott, pág. 155) Cuando lo hay. Si en cambio, no hay respuestas, se renueva la desesperanza y esto agrava la tendencia al acto delictivo («no tengo nada que perder», «no soy nadie»). Destaco el movimiento que el autor genera con sus complejas consideraciones sobre la tendencia antisocial, ya que retira los procesos ligados a la marginalidad de la calificación única de cuadro psicopatológico y los convierte en un fenómeno de abordajes múltiples.

Los modos subjetivantes de cada época, aunque tendientes a la homogeneización entre los sujetos de una cultura, generan a la vez restos, o excesos, que subsisten, en diferencia, respecto de la fuerza de lo instituyente, e irán operando en el sentido de la alteración y el cambio de las propias prácticas que conforman al sujeto. Podemos pues preguntarnos ¿cuál es o son hoy, en el mercado, esos restos que no pueden ser controlados? ¿Cuáles son los excedentes que no pueden domesticarse, devenir ícono epocal? Aquí pienso, entre otras cuestiones, en algo del orden de la ternura. No aludo al melodrama edulcorado, ese amor vacuo de imagen potente que tantas veces exhiben la televisión y la vida. Ternura: proviene del corpus freudiano –pulsión sexual coartada en su fin–, hace lazo, constituye, es para Ulloa, base de lo solidario y amistoso. (Ulloa, F., 1995) Entonces, digo, habilita al otro como sujeto, y así se contrapone a la violencia y a una lógica mercantil que establece la prioridad del objeto a consumir por sobre el otro.

El mercado a veces también «atonta». En términos de Lewkowicz: «...no lidiamos con nuestro venerable fascismo –que obligaba a pensar de una manera–, sino con la estupidez –que nos impide pensar de cualquier manera». (Lewkowicz, 2004, pág. 172) Por mi parte, diría, de otro modo: el mercado «fabrica», modela, una subjetividad no crítica; pero también habilita otros modos nada tontos de pensamiento en los sujetos criados en la cultura de la imagen. Modos que nos sorprenden todavía, que agrandan la brecha de la in-

comprensión entre adultos, niños y adolescentes, y dan lugar a la necesidad de actualizaciones en el campo de las distintas disciplinas humanas.

Pienso que algo del pensamiento crítico (un pensamiento diferenciado del de Homero Simpson) también resiste al mercado, tal como la intuición, lo imposible y el romanticismo excedieron al imperio moderno del homo sapiens. Resiste hoy desde el lugar de espectador, desde el lugar de consumidor, desde el lugar del excluido, es decir, desde los espacios posibles y existentes en la sociedad líquida. Un resto o excedente, no obstante, que seguramente no es ni dará lugar a una posición crítica idéntica a aquella tan valorada por la modernidad.

Además, consideremos que al cambiar las prácticas conformadoras –pasaje de época, como hemos venido viviendo– si los grupos e instituciones productores de subjetividad permanecen, se ven no obstante alterados en su funcionalidad y significación. En relación con esto, es observable que ahora, en las nuevas condiciones socioculturales, los sentidos de la familia, la escuela y otros dispositivos productores de subjetividad se han modificado, dado que se enmarcan en un Estado que a su vez ha transformado los sentidos que tuvo en la modernidad. Nótese que no hablo de la desaparición del Estado, sino de su alteración.

Retomando la violencia de la exclusión, señalaré que uno de los modos de expresión de la expulsión mercantil es la violencia en y entre los grupos de púberes y adolescentes. El fenómeno de burla y acoso ahora denominado *bullying*, antes también existente, llega a desbordes de crueldad que implican riesgo de suicidio o comportamiento violento extremo de quienes ofician como «víctimas». Supone la imposición al otro de un sufrimiento a veces apto para ser gozado: una muestra en pequeño de los modos de vinculación impulsados en la sociedad global y difundidos a través de los medios. Casi siempre los hostigadores poseen justificaciones para el hecho, las mismas pueden ser compartidas y aun alentadas de modo manifiesto o no por sus propios padres y otros adultos.

Incluiré aquí una situación clínica que me permitió pensar algunas de estas problemáticas. Me consultan por Catalina, de 12 años; en la primera entrevista los padres afirman que no hubieran consultado antes por ella, que es buena alumna, con una buena inclusión social, aunque, señala la madre, también es algo tímida, para nada líder o agresiva. Hace pocos meses, sin saber por qué, Catalina fue dejada de lado por su grupo de amigas en la escuela y desde entonces, pese a haber sido bien acogida por otro grupo, llora diariamente y está muy angustiada. Dice el padre: «creo que las madres tienen mucho que ver con los problemas de las chicas, se meten mucho. Mi esposa antes trabajaba y era mejor, ahora vive pendiente del mundo de Catalina».

Recibo a la niña, se sienta y llora durante largo rato antes de poder hablar, hasta que se va calmando y puede relatar los episodios que terminaron con su exclusión del grupo de «las cancheras», un pequeño grupo liderado por Eli. Se entusiasma hablando de su buena inserción en el otro grupo, más amplio, donde ya tenía algunas amigas, pero vuelve a llorar. Catalina sufre ante la posibilidad de que su pertenencia a este grupo tampoco sea segura, la amenaza es la exclusión: más allá del segundo grupo sólo restan unas pocas niñas, a las que ella denomina «las infantiles», estas compañeras representan la marginalidad, un sobrante que la aterra. ¿Por qué infantiles? pregunto. «Bueno, son tres, una llora siempre por cualquier cosa, la otra se viste como una nena de tercer grado, y a la otra la madre no la deja ir a ningún lado». (Cualquier semejanza con las chicas de «Patito feo» u otros personajes de ficción no es pura casualidad: los medios replican la realidad, y a la vez contribuyen a la conformación de vínculos y sujetos).

Dado que un tiempo antes yo había atendido a «la canchera» Eli y a sus padres, me fue posible *a posteriori*, alejándome de la singularidad clínica de cada uno de los casos y personajes para pensar la trama común, poner en relación los movimientos competitivos y excluyentes jugados entre los adultos con las vicisitudes de los grupos de niñas. A la vez, percibir las relaciones entre los adultos a su vez afectadas por

condiciones de inseguridad, temores, rivalidades y hostigamientos; se dramatizan así los interjuegos inclusión/exclusión, que siguen los vaivenes del mercado.

También en la familia pueden manifestarse modalidades excluyentes, expresadas, entre otras formas, por cierto apresuramiento en la autonomización de los hijos que a veces genera una paradójica extensión de la dependencia infantil. Las carencias de la función apunalante del lazo familiar durante el proceso de desprendimiento, soslayan los procesos elaborativos que lo habilitan; incluyo en este punto las familias con hijos adolescentes que con anterioridad he denominado «expulsivas». (Rojas, M. C., 2006) Estos grupos impulsan al adolescente, casi sin mediaciones, al mundo extrafamiliar desde vínculos indiscriminados y escasamente contenedores; este movimiento, sin espacio transicional, que desconoce los requerimientos de una autonomía interdependiente para crecer, es vivido muchas veces como una expulsión, cuando por lo demás no se han configurado otras inserciones en agrupamientos que ofrezcan al joven pertenencia e identidad.

También aparece en algunas familias de hoy, una forma de violencia invisible ejercida sobre la infancia que pongo en relación con la igualación generacional. La disminución de la asimetría adultos-niños va eliminando la responsabilidad adulta, atenúa las funciones de contención e interdicción y da lugar a distintas formas de abandono y negligencia, problemática que vinculo con la extensión, en todos los grupos sociales, de las patologías del desvalimiento. Fenómeno emergente en el par «niños-grandes»/familias simétricas, sobre el que he venido trabajando en estos años.

Por último, destacaré que una sociedad marcada por la mostración y la transparencia desacraliza el recinto antes impenetrable de la familia y vuelve visibles el maltrato y el abuso sexual, antes practicados en el encierro y la casi total clandestinidad. En relación con esto, aunque se habla con frecuencia hoy en toda índole de publicaciones del incremento del abuso sexual, creo que sólo podemos estar seguros de que cada día aumentan las denuncias del mismo, ¿cómo conocer

las estadísticas del abuso en épocas previas? No obstante, entiendo que existen condiciones sociales que podrían resultar facilitadoras del abuso, me refiero, entre otras, a la ya mencionada igualdad generacional –la que también se pone en juego en la tendencia a considerar al niño como legalmente imputable– y a los efectos de la estimulación a través de las redes de comunicación de formas diversas de sexualidad, también aquellas como la pedofilia, que trasgrede las leyes básicas de la cultura, proponiendo al niño como partenaire sexual posible del adulto.

La visualización abre paso a la posibilidad de la intervención social, que incluye, entre múltiples prácticas, el accionar psicoanalítico. Esto nos compromete en una posición crítica, apta para habilitar el cuestionamiento de las reglas y la violencia mercantiles, que se han transformado en naturales, y contribuir a hacer manifiestas aquellas modalidades destructivas sostenidas en pactos sociales, familiares y grupales de desmentida.

Bibliografía

- Agamben, G. (1999) *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*, Valencia, Pretextos, 2000.
- Agamben, G. (2003) *Estado de excepción*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2007.
- Duschatzky, S.; Corea, C. (2006) *Chicos en banda*, Buenos Aires, Paidós.
- Fernández, A. M. (2006) «Las lógicas colectivas en el campo de problemas de la subjetividad», *Revista Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares*, A.A.P.P.G., XIX.
- Foucault, M. (1963) *Prefacio a la transgresión*, Buenos Aires, Trivial, 1993.
- Foucault, M. (1981) *Tecnologías del Yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1990.
- Lewkowicz, I. (2004) *Pensar sin estado*, Buenos Aires, Paidós.
- Rojas, M. C. (2004) «Trauma, duelo e identidad», *Revista Cuestiones de Infancia*, Buenos Aires, U.C.E.S.
- Rojas, M. C. (2006) «Clínica de la adolescencia: una perspec-

- tiva sociovincular», *Actas jornada Anual A.A.P.P.G.*
- Rojas, M. C. (2008) «Subjetivación/desubjetivación: los movimientos de producción subjetiva en la sociedad contemporánea», Presentación en Ciclo A.A.P.P.G. «Pensando lo vincular».
- Rorty, R. (1993) «Derechos humanos, racionalidad y sentimentalismo», en Abraham, Badiou, Rorty: *Batallas éticas*, Buenos Aires, Edic. Nueva Visión, 1995.
- Ulloa, F. (1995) *La novela del psicoanalista*, Buenos Aires, Paidós.
- Winnicott, D. (1984) *Deprivación y delincuencia*, Buenos Aires, Paidós, 1991.

Resumen

Este artículo relaciona violencias de hoy con la conformación de vínculos y sujetos. Analiza formas violentas coexistentes con las reglas del mercado neoliberal: desamparo y exclusión, efectos del mensaje mediático, delincuencia. Propone diferenciar desubjetivación de modos novedosos de subjetivación, y advierte sobre los riesgos de violencias implícitas en nuestras propias prácticas, en relación tanto con la patologización como con la aceptación indiferente de rasgos generalizados.

A través de una viñeta clínica considera el fenómeno del «bullyng» en los grupos de púberes y adolescentes. Caracteriza además dos de las formas que asume la violencia en las familias de hoy, refiriéndose en especial al movimiento fusión/expulsión y los efectos de la igualación generacional.

Summary Today's links and subjects. The weft of violence

The author examines today's forms of violence in relation to the formation of relationships and subjects. She analyzes types of violence which co-exist with norms of the neo-liberal market: helplessness and exclusion, effects of media messages and delinquency. She suggests the differentiation between desubjectivization and novel methods of subjectivization, and

warns against the risks of types of violence implicit in our own practice, in relation to both considering everything pathological as well as accepting generalized characteristics with indifference.

She offers a clinical vignette to illustrate her discussion of the phenomenon of bullying in groups of pubescent children and adolescents. She also describes two forms of violence in families today, referring particularly to movements of fusion/expulsion and to the effects of equaling the generations.

Résumé

L'auteur se centre sur les violences d'aujourd'hui et sa relation avec les liens et les sujets. Elle analyse les formes violentes qui co-existent avec les règles du marché néo-libéral: la détresse et l'exclusion, les effets du message médiatique, la délinquance. Elle propose qu'on trace la différence entre la dé-sujetivation et quelques nouvelles modes de sujetivation; elle nous avertit à propos des risques des violences implicites de notre propre pratique, spécifiquement, la pathologisation et l'acceptation indifférente des traits généralisés.

Par le moyen d'une vignette clinique, elle analyse le phénomène du «bullying» dans les groupes de pubescents et d'adolescents. Elle décrit aussi deux formes de violence dans les familles d'aujourd'hui et se réfère particulièrement au mouvement de fusion/expulsion et aux effets de l'égalisation des générations.

Resumo

Este artigo relaciona as violências de hoje com a formação de vínculos e sujeitos. Analisa as formas violentas coexistentes com as regras do mercado neoliberal: o desamparo e a exclusão, os efeitos da mensagem mediática, a delinquência. Propõe a diferenciação entre a dessubjetivação e as modalidades inovadoras de subjetivação e adverte sobre os riscos de violências implícitas nas nossas próprias práti-

cas, no que se refere tanto a torná-las patológicas como à aceitação indiferente de rasgos generalizados.

Através de uma vinheta clínica considera o fenômeno do «bullying» nos grupos de jovens púberes e adolescentes. Caracteriza, além do mais, duas das formas que a violência assume nas famílias de hoje referindo-se, em especial, ao movimento fusão/expulsão e aos efeitos da igualação de gerações.

Palabras clave: violencia, vínculos, subjetividad, subjetivación, mensajes mediáticos.

Key words: violence, links, subjectivity, subjectivation, mass media messages.

Maltratos y abusos en niños y adolescentes

Ona Sujoy *

(*) Licenciada en Psicología. Miembro Titular de AAPPG.
Sinclair 2961, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Tel.: 4772-4463 - E-mail: onasujoy@ciudad.com.ar

Transcurrieron muchos años en el desarrollo del psicoanálisis hasta poder llegar a instalar los temas de maltrato, violencia y abuso como cuestiones que requieren ser conceptualizadas y pensadas en su complejidad desde la teoría.

La dimensión intrapsíquica prevaleció como modelo explicativo y también como vía terapéutica en detrimento del valor de la realidad fáctica, siendo ésta tratada como efectora de movimientos pulsionales y derivados fantasmáticos que conformaban lo que se denominaba «material de análisis».

¿Cuántos niños sufrientes habrán tenido que entender que sus humillaciones, castigos corporales, miedo a sus progenitores eran producto de su mundo fantasmático?

Comenzamos a trabajar hace muchos años ya con la hipótesis de que toda perturbación se gesta y expresa en los vínculos. Esta mirada generó un espacio de desarrollo a modelos epistemológicos que permitieran comprender la injerencia y participación de los fenómenos sociales y culturales en cada uno de los microprocesos vinculares en juego.

Así como no puedo ya pensar un sujeto sin vínculos ni vínculos sin sujetos, entiendo que toda perturbación o sufrimiento psíquico se genera y expresa en los vínculos. Quiero decir que analizar la intimidad de cualquier proceso mental demanda la comprensión de que éste no se gesta independientemente de la cultura en la que tanto el sujeto como el conjunto social que lo rodea están inscriptos.

La inclusión de la dimensión cultural en la producción de las perturbaciones, la comprensión de que las teorías de las relaciones objetales han dado paso a teorías de vínculos entre sujetos-personas tanto reales como interiorizadas en tanto personas-personajes en la organización fantasmática, abrió un camino diferente en la exploración del psiquismo infantil y sus problemáticas.

Evidentemente el resquebrajamiento de los valores sociales y de los ideales colectivos plantean una problemática de caren-

cia. La fragilidad de la producción de pautas éticas, de proyecto a futuro, la inestabilidad de la organización familiar, la incertidumbre en relación a patrones identificatorios sólidos, marcan un déficit en los puntales que soportan el proceso de subjetivación. A su vez, la hiperestimulación del medio, la aceleración del cambio y la difusión masiva de modelos de éxito difícilmente alcanzables, abren una problemática del exceso.

La caída prematura de la ilusión, la instalación de la incertidumbre generalizada y un estado de amenaza difusa impiden el establecimiento de lazos estables con la consiguiente pérdida de su función apuntalante. Observamos que la fragilidad de las normas compartidas y el quiebre del lazo social precipitan los procesos de desubjetivación.

Estas circunstancias han ampliado el espectro de la violencia a nuevas formas de maltrato. Por ejemplo la generalización de la medicalización, el maltrato infantil electrónico, el stress infantil crónico en el sometimiento a niñas y niños a trabajos impropios para su edad o a la saturación de actividades extraescolares, la prostitución infantil organizada como empresa.

Realidad psíquica versus realidad fáctica

Muchos autores se cuestionan el valor de validación entendiendo que todo hecho psíquico, haya ocurrido efectivamente en la realidad o en la fantasía del paciente, son reales psíquicamente y son tratados como tales.

Aquí se abre un campo de debate en la clínica. ¿Es importante a los efectos de una intervención terapéutica si el trauma efectivamente sucedió o no?

Es decir: ¿tiene o no valor clínico si la conducta de un niño/a y el recuerdo que manifiesta, está determinado por una experiencia de naturaleza traumática basados en hechos que acontecieron concretamente o si derivan exclusivamente de su imaginación?

Schwaber (Schwaber, E. A., 1986, pág. 153) opina que «La única verdad que debemos buscar es la verdad psíquica del paciente». En general procurar validación externa como una ayuda para diferenciar acontecimientos reales de acontecimientos fantaseados ha sido considerado como clínicamente inefectivo como señala Green (Green, A., 1986): «La verdad material se refiere a una verdad objetiva... La verdad histórica es una interpretación subjetiva... En cuanto a la verdad material es, de algún modo una incógnita, no se la puede alcanzar».

En otra postura, Gilou García Reynoso (García Reynoso, G., 1996, pág. 26) afirma que «la fórmula tan conocida, tan repetida, que no es el hecho en sí lo traumático sino su recuerdo, no debe servir para desestimar los hechos de violencia en la historia de la subjetividad».

Sabemos que muchos casos de abuso sexual infantil son desoídos por falta de pruebas materiales y conocemos también que una defensa posible en la infancia contra la ruptura de los vínculos familiares, es la de armar algún tipo de certeza, aun cuando se anude a una creencia que hasta puede ser delirante, cuando un niño/a desmiente los hechos luego de haber sido denunciados, presionado por el inminente derrumbe familiar.

También cambia el enfoque terapéutico. Si bien éste apunta a la interpretación y a la reconstrucción histórica de los elementos y formaciones inconcientes, ¿cómo develar contenidos que no sabemos cuánto de fáctico, real, poseen o rastrear fantasías que surgen a consecuencia de perturbaciones que se producen en el proceso de desarrollo de un niño/a, sin una base en la realidad de los vínculos que lo hayan desencadenado?

Me inclino a pensar que es importante determinar el origen de los productos mentales por dos razones: a) a mi entender la distancia entre la construcción y la realidad empírica va a marcar el grado de perturbación; b) toda organización representacional es producto de un vínculo y como tal es indispensable el reconocimiento de todos los componentes del vínculo. Hay un adentro y un afuera que debe ser discriminado y procesado.

Es fundamental que en los casos de abuso sexual se trabajen tanto desde las instancias legales como en los dispositivos terapéuticos, los focos confusionales. Este trabajo deberá tender a generar la necesidad de discriminar y enunciar la realidad fáctica.

Por esto creo que nos debíamos estos debates que establecen al maltrato y el abuso en la categoría de realidad material y los posicionan en el centro de una cultura que tergiversó (y todavía lo sigue haciendo), el sufrimiento infantil y anula su denuncia, desmintiendo su existencia.

Violencia en la familia

Nos sorprende hasta qué punto el problema de la violencia, en particular la violencia familiar, ha transcurrido mudo en la historia de la humanidad y que su reconocimiento como tal, su estudio y tratamiento sean relativamente recientes.

Es así que los comportamientos perturbados, individuales o grupales como la violencia, no pueden entenderse sino en el contexto de una problemática social.

La violencia es necesaria en el vínculo primario, como señala P. Aulagnier (Aulagnier, P., 1975) si la entendemos como ese forzamiento, esa incursión sobre un espacio ajeno que es imprescindible para la constitución del aparato psíquico. Es esta actividad de la madre la que imprime significación a la conducta del niño y apunta a fortalecer y organizar el yo.

Proveer significación se ubica así en una categoría que corresponde a un orden de necesidad muy diferente a la violencia secundaria que no es necesaria y siempre representa un exceso que es perjudicial en distintos grados.

La posibilidad de un niño de dar significación a un hecho novedoso no depende solamente de la experiencia y vivencias que puede utilizar ligando el nuevo objeto a representaciones previas y a la organización fantasmática elaborada hasta

ese momento, sino fundamentalmente a la interpretación que la figura adulta significativa le proporciona. Un niño no puede utilizar solamente sus experiencias anteriores para hacer una lectura de las actuales, ya que su organización psíquica inmadura se encuentra en construcción y por lo tanto en constante cambio. Así es que acude a sus padres en busca de la representación que éstos le proveen y de ellos obtiene significaciones que modelan su apreciación del mundo y de sí mismo.

Eva Giberti (Giberti, E., 2005) dice al respecto: «Corresponde tener en cuenta que los chicos se piensan y se evalúan a sí mismos de acuerdo con el modo en que los adultos los piensan, es decir, que los contenidos de las frases que se utilizan en el abuso emocional se hacen carne en la mente infantil y las víctimas terminan pensándose de acuerdo con las definiciones que los adultos dan de ellas y según el trato que reciben. A partir de allí comienzan a creer que son defectuosos, malvados e inútiles».

Margarita es una niña de 8 años que viene a la consulta por dificultades en el aprendizaje, fundamentalmente distracción. En una sesión de juego, maltrata a los muñecos. Indagando, me dice que el papá le pega pero que sólo es porque ella se porta mal, que no se lo cuente a la mamá porque es un secreto. Esto sucede los días que pasa con su papá, ya que los padres están separados.

Es a este tipo de violencia que nos referimos cuando pensamos la violencia en la familia. Es decir a hechos que denotan la emergencia de formas de producción que no responden a contenidos que puedan ser dadores de sentido o que incluyan un argumento que permita ligar la expresión violenta con un significado operante. La preocupación por establecer un reconocimiento de la violencia como una patología social, denuncia una cultura que propone y valoriza una serie de modelos que concuerdan con muchas de las características generales de la violencia en la familia. Si estas características son clasificadas como «características de época», corremos nuevamente el riesgo de que la organización privada de la patología devenga parte de la cultura familiar.

Durante este siglo ha sido notorio el desarrollo de la legislación tendiente a la protección integral del menor. Me voy a centrar en la problemática del niño como receptor directo o indirecto de violencia en la familia. Estos son los más vulnerables debido a su indefensión y dependencia de los adultos para su supervivencia y desarrollo físico y emocional.

Aquí surgen una serie de interrogantes cuyas implicancias abarcan diversos campos de estudio. ¿Puede una familia ser protectora a pesar de la violencia social o económica? ¿Es posible sostener una protección emocional si antes no está garantizada la protección material y física? ¿Puede la protección emocional compensar la falta de protección física y material?

Se está desarrollando una conciencia cada vez mayor de que a pesar de la creación de legislación y de educación en la concepción de los derechos del niño y sus necesidades, éste continúa siendo objeto de violencia.

Formas de maltrato y trauma

La violencia en acción como los golpes, gritos, suicidios o asesinato marcan una fractura de los bordes que sostienen las relaciones intersubjetivas.

Cada familia tramita de una manera singular los lugares que ocupan, los intercambios entre sus miembros, las normas, las prohibiciones y la expresión de los afectos. Las líneas demarcatorias de dichos intercambios trazan también los límites y diferencias de cada individuo en esa organización.

Dicha ausencia de significación, la gratuidad del acto, marca un vínculo que queda sellado por un sufrimiento que no reconoce la palabra y que quiebra la continuidad de los enlaces representacionales.

El acto violento o las manifestaciones larvadas del mismo se inscriben a la manera del hecho traumático porque el quantum o la cualidad desestructurante que imprime el adulto sobre el niño no pueden ser metabolizados y adquirir un status representacional, ya que el lugar del hijo en estos vínculos está determinado por la asimetría y la dependencia.

Casi todos los profesionales que se encuentran frente a estas problemáticas manifiestan la dificultad para reconocerla y hacerla pública: sin duda toca los límites de lo representable.

Las formas que toma el maltrato son múltiples. La más visible es la agresión física, pero no menos dañinas son las formas encubiertas o larvadas del abuso: abandono, negligencia, explotación, rechazo, aislamiento.

Es de hacer notar, que la mayoría de los estudios que se han realizado sobre el tema del maltrato infantil en la familia desde las más variadas ópticas teóricas, coinciden en señalar como uno de los factores fundamentales que operan en las familias violentas, a los patrones de vinculación adquiridos en la infancia de los padres, habiendo sido ellos mismos víctimas de maltrato directo u observadores de violencia en la pareja parental.

Las perturbaciones que se presentan en la infancia son producto de la carencia o el exceso que los padres, y en especial la madre en la temprana infancia, imprimen al significar los logros o manifestaciones singulares del niño.

D. Goldberg (Goldberg, D., 1994) señala que ciertas características del niño/a favorecen la agresión de sus padres en determinadas situaciones: ser hijo no deseado, o discapacitado, o del sexo no esperado, o un bebé irritable que llora constantemente, etc. Sin embargo, es la significación que los padres otorguen a la conducta del niño/a lo que definirá la conducta. Por ejemplo, un bebé que no se deja acariciar, sino que se echa para atrás y patalea puede enfurecer a su madre si ésta lo considera un rechazo, pero no a quien estima que puede ser una señal de energía.

Muchos bebés golpeados son producto de madres o padres que interpretan el llanto de su hijo/a como una agresión dirigida a ellos con una clara intencionalidad del niño de producirles un daño.

Para hacer una síntesis parcial de lo que vine desarrollando voy a considerar ahora tres ejes del maltrato infantil en los que incluí tanto el abuso físico como el emocional y también cultural, expresado básicamente por una cultura que cada vez más juega un rol directo sobre los individuos a través de los medios de comunicación en particular la televisión y de todos los medios electrónicos. Se observa actualmente un predominio de injerencia directa de la cultura, tanto en la producción de pautas éticas e ideales, como de determinantes que imprimen marcas identificatorias, especialmente en la niñez.

Los ejes que tomé para categorizar el maltrato son:

1. Por déficit en el vínculo familiar.
2. Por exceso.
3. Por alteración de la cualidad vincular.

El maltrato por déficit encuadra esencialmente a vínculos vaciados, por abandono físico y emocional, total o parcial. Hay carencia de presencia adulta concreta, o por no cumplir las funciones parentales. Se podría definir como un exceso de ausencia de los cuidados básicos y de la provisión de nutrientes emocionales.

Cuando las características del vínculo madre-padre-niño/a tiende a inhabilitar al niño/a, le impide crecer y poseer el derecho a ser independiente y cuya sobreprotección le niega la construcción propia de la realidad, podemos establecer una característica de exceso definida por la sobresignificación. Son padres que necesitan cubrir todos los vacíos y no permiten el desarrollo de funciones autocalmantes, así como limitan o inhiben procesos de pensamiento en el niño/a que tiendan al reconocimiento del conflicto y puedan sostener el mismo, lo que habilitaría modos de procesamiento independientes para su elaboración.

Con la denominación de maltrato por alteración de la cualidad del vínculo quiero señalar la incapacidad para relacionarse con el hijo/a y fundamentalmente la perturbación de la madre o padre, de poder percibir al niño diferenciadamente. Es en estas familias en las que se observa con mayor frecuencia la violencia física: resuelven sus conflictos o angustia con golpes, vejaciones y humillaciones hacia el niño. Incluyo aquí el abuso sexual incestuoso.

En esta forma de violencia predomina la distorsión, ya que se tramita a partir de la negación o descalificación de los sentimientos o pensamientos, negándole al niño status de existencia.

Cuando desaparece la especificidad del otro, cuando no se reconoce la alteridad, el hijo es tragado por la fantasmática paterna o materna y queda incluido como un personaje del grupo interno del adulto que perturba la capacidad de discriminarse y obtener el reconocimiento de sus particularidades singulares.

Por otra parte, el estado de indefensión y dependencia infantil lo conduce a someterse a la posesión del adulto, a su poder y autoridad como única forma de conservar la pertenencia y sus anclajes.

Es notable que el niño/a suele silenciar sus agravios, como le sucedía a Margarita y como sucede con tantos niños y niñas víctimas de abuso sexual, en aras de conservar sus referentes, única fuente de suministros con los que puede construir modelos que le habilitan la acreditación de una identidad y calmar la angustia aniquilante, aun a un precio tan alto.

Abuso sexual intrafamiliar o incestuoso

Alertados por la enorme cantidad de denuncias de abuso sexual contra niños y niñas, los medios comenzaron a difundir hace pocos años la existencia de esta situación en términos de disfuncionalidad social. Mucho se debatió acerca de lo nove-

doso de esta patología, aunque ahora sabemos que la posibilidad de denuncia y la implementación de leyes de protección de los niños, precipitaron el conocimiento de la extensión de una antigua problemática, sin poder definir si ha ido en aumento o es la resultante del incremento de visibilidad de la misma.

Los profesionales abocados al estudio del abuso sexual infantil señalan que el más alto porcentaje de abuso sexual en la infancia es intrafamiliar, mayoritariamente de padres a hijas-niñas, aunque también de hermanos mayores a hermanas menores.

El abuso sexual incestuoso se produce en todas las clases sociales y no se ha podido reconocer un perfil psicopatológico único en los abusadores. Como señala Perrone (Perrone, R., 1997, pág. 138), quien describe dos perfiles predominantes en el padre abusador, destaca que se trata de posiciones existenciales. Dice: «hablar de abuso sexual no necesariamente implica hablar de psicopatología». Como muchos otros autores, discrimina el acto delictivo de la perturbación de base, que varía según los sujetos.

Sostiene que la relación psicológica en la que uno ejerce un dominio abusivo sobre otro establece un vínculo en el que el espíritu de uno es captado por el otro. Lo denomina «hechizo» para desprenderlo del concepto de seducción, ya que este término no contempla el estado de falta total de libertad de la víctima. Se trata de una suerte de invasión de territorio, una negación de la existencia, del deseo, de la alteridad y de la subjetividad de la víctima.

Como he venido señalando, las consecuencias y efectos del abuso sexual dependerá de una multiplicidad de variables.

Pienso que es importante considerar cada caso, cada individualidad, los recursos mentales del niño/a, la especificidad de la trama vincular, si hay disponibilidad o ausencia de alguna figura adulta protectora y la modalidad del abuso entre otros.

Sin embargo, el denominador común en todas las víctimas más allá de la edad, sexo o características del abuso sexual sufrido, es que han padecido situaciones traumáticas cuyas características imprimieron marcas muy difíciles de metabolizar y elaborar en especial en niños/as pequeños por la fragilidad de sus recursos psíquicos.

Una diferencia importante que se observa en cuanto al destino de la marca traumática es si el abusador es el progenitor o una persona externa a la familia.

Hace algunos años, me consultó una madre cuya terapeuta le había indicado que lo hiciera. Estaba bañando a su hijita de 3 años y la niña le pidió que le pusiera el dedito ahí como hace papi (señalando los genitales). Minina se puso muy insistente lo que preocupó a su mamá. La pareja se acababa de separar. Como este pedido se reiteró en otras oportunidades, tanto la terapeuta como la paciente dejaron de hablar de la sexualidad infantil y sus fantasías y por eso la consulta. Se realizó un examen con un pediatra especializado que confirmó que había señales claras de penetración vaginal.

Otra consideración imprescindible es la actitud de la familia en relación al relato del niño/a. El destino psíquico de un niño/a víctima de abuso sexual o de cualquier otro acontecimiento traumático (como el comienzo de una enfermedad crónica, por ejemplo) dependerá de la reacción de los padres y sus propios recursos emocionales para enfrentar y proteger al niño/a en sus padecimientos.

Veamos otros dos casos: Noella tiene 16 años y concurre al servicio de psicopatología de un hospital ya que padece una serie de síntomas que la inhabilitan a concurrir a la escuela. La madre con enfermedad mental crónica y un padre casi ausente. Fue protegida desde pequeña por una hermana mayor y su marido. Pasaba mucho tiempo con ellos y sus sobrinitos a quienes cuidaba y llevaba a pasear. Hace tres años, en oportunidad de ir a buscarlos, fue víctima de un intento de violación por parte del cuñado, pudiendo escaparse. Nadie le creyó, ni la hermana ni su padre que prefirieron la versión del

abusador de que había sido ella la que, sabiendo que estaba solo fue a provocarlo sintiéndose despechada por su rechazo.

Muy diferente es la evolución terapéutica de Karina, también de 16 años, que fue violada a los 12 años por su cuñado. Su madre no sólo hizo la denuncia sino que organizó un eschache barrial y dejó pintado en su puerta «violador» en respuesta a la lentitud de las acciones judiciales.

Un niño/a necesita una imagen omnipotente de sus padres que sostenga la credibilidad en su palabra, su función de garantía, su operatividad como referentes simbólicos. ¿Cuál es el efecto en la organización psíquica de la caída prematura de esta omnipotencia? ¿Cómo se reorganizará la realidad psíquica de un niño ante este hecho?

La experiencia de una situación traumática prolongada durante los primeros años de vida de un niño podría actuar no solamente sobre los mecanismos predisponentes de una neurosis, como señalaba Freud, (Freud, S., 1915) sino inhabilitando los mecanismos de construcción de la organización yoi-ca: el vaciamiento de los fundamentos de las ligaduras que absorben y contienen términos disímiles afectaría los procesos de pensamiento y representación.

La absorción por parte del yo del niño de las imágenes y sensaciones de las experiencias con sus progenitores inducen a la identificación. En circunstancias traumáticas la parálisis parcial de las funciones parentales y/o de prácticas delictivas contra el niño/a, podría ser la base de un tronco identificatorio fragmentado que dificulte o impida el reconocimiento de los afectos y las construcciones lógicas, y ataque la representación de sí mismo.

Dos debates actuales

Para finalizar quiero dejar planteados algunos debates actuales en el campo de estudio e intervención del abuso sexual infantil.

Hay ciertas corrientes de pensamiento que favorecen el tratamiento del conjunto familiar tendiente a la revincularización del niño/a víctima y el abusador en casos de abuso sexual incestuoso.

Otra corriente sostiene la separación del abusador y la imposibilidad de continuar el vínculo por la altísima incidencia iatrogénica que estas medidas pueden desencadenar potenciando la revictimización del niño, en una práctica reproductora del traumatismo sufrido.

Como ya señalé, los procesos de desobjetivación presentan una dimensión paradójica. Por una parte la pérdida de los referentes, la fragilidad de la pertenencia, de lugar asignado, de las características de anudamiento e investidura en los vínculos, instala una condición errática que genera en los niños/as el contacto con sentimientos de inexistencia, de invisibilidad y un estado crónico de temor al anonimato. Y por otra parte es un proceso necesario para las transformaciones subjetivas en un proceso continuo de organización y reorganización psíquica a lo largo de la vida de toda persona.

La subjetividad que construye un niño/a sometida y abusada por un padre que la ha transformado en un ser disponible para su placer sexual no parece que pueda reconstruirse sin un corte total de dicho vínculo. Es más, todos los estudios sobre el tema advierten que un niño/a abusado tiende a transformarse en un adolescente o adulto abusador basado en la hipótesis freudiana de repetir en forma activa lo que se padeció pasivamente (Freud, S., 1915). Muchos varones adolescentes y adultos abusan de niños/as en búsqueda de recursos de masculinización que aplaquen angustias sostenidas por fantasías homosexuales así como por impulsos difusos que han permanecido indiscriminados en la construcción de su identidad. Creo que si bien este mecanismo de transformar lo pasivo en activo tiende a expresarse, podemos pensar que además, la construcción de la subjetividad de las víctimas estuvo signada por un modelo abusivo, de falta de reconocimiento del otro como un semejante y por el establecimiento de funciones mentales a predominio de la indiferenciación e indiscriminación.

Otro debate gira en torno a la elección de la denuncia ya que el proceso legal en muchos casos somete al niño a penurias tan intensas como las ya padecidas. Por otra parte, la ruptura del silencio también genera la caída abrupta de todo el entramado familiar. El niño/a queda expuesto a un discurso público perdiendo el sostén de los vínculos, por perturbados que sean, que daban sentido a su mundo.

Si bien los especialistas afirman que no hay posibilidad de tratamiento psicológico si no se ha denunciado el hecho incestuoso, todavía un alto porcentaje de casos no son denunciados por temor a las consecuencias derivadas de la acción insuficiente o por la carencia de recursos que el sistema legal ofrece.

Bibliografía

- Aulagnier, P. (1975) *La Violencia de la Interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.
- Becher de Goldberg, D. (1985) *Maltrato infantil, una deuda con la niñez*, Buenos Aires, Editor Urbano, 1985.
- Freud, S. (1915) Pulsiones y Destinos de Pulsión, Buenos Aires, O.C., Amorrortu, Tomo XIV, 1993.
- García Reynoso, G. «Comentarios», *Revista de Psicoanálisis con niños y adolescentes*, N° 8, 1995.
- Good, M. (1995) «La reconstrucción del trauma infantil temprano: fantasía, realidad y verificación», *Revista de Psicoanálisis con niños y adolescentes*, N° 8, 1995.
- Green, A. «El adolescente en el adulto», *Revista de APdeBA*, Vol. XV, N° 1, 1986.
- Kleinbort, M.; Spivacow, I.; Sujoy, O. (1994) «Algunas consideraciones acerca del trauma en la infancia y adolescencia». Trabajo presentado en las IV Jornadas Nacionales de la Federación Argentina de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares, Mendoza, 1994.
- Perrone, R. (1997) *Violencia y abusos sexuales en la familia. Una visión sistémica de las conductas sexuales violentas*, Buenos Aires, Paidós, 2007.
- Schwaber, E. A. (1986) «Reconstruction and perceptual expe-

- rience: further thoughts on psychoanalytic listening», *Journal American Psychoanalytic Association*, 1986.
- Sujoy, O. (1990) «Factores curativos en los grupos de niños y adolescentes», *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, Vol. XIII, N° 3-4, 1990.
- Sujoy, O. (2002) «Dialogando acerca de una intervención». Trabajo presentado en I Foro de Psicología Forense, UCES, 2002.

Resumen

Los comportamientos perturbados, individuales o grupales como la violencia, no pueden entenderse sino en el contexto de una problemática social.

Este trabajo se centra en la problemática del niño/a como receptor directo o indirecto de violencia en la familia. Éstos son los más vulnerables debido a su indefensión y dependencia de los adultos para su supervivencia y desarrollo físico y emocional.

El acto violento o las manifestaciones larvadas del mismo se inscriben a la manera del hecho traumático porque el quantum o la cualidad desestructurante que imprime el adulto sobre el niño no pueden ser metabolizados y adquirir un status representacional, ya que el lugar del hijo en estos vínculos está determinado por la asimetría y la dependencia.

El abuso sexual incestuoso se produce en todas las clases sociales y no se ha podido reconocer un perfil psicopatológico único en los abusadores.

Las consecuencias y efectos del abuso sexual dependerá de una multiplicidad de variables.

Se dejan planteados algunos debates actuales en el campo de estudio e intervención del abuso sexual infantil.

Summary III Treatment and Abuse in children and teenagers

Disturbed behavior such as violence (either as an individual or a group phenomenon) should be understood psychologically within the framework of a social and cultural disorder.

This paper intends to focus the effects on the mental and emotional development of children who have been victims of violent families. Children are the most vulnerables in this situations due to their physical and emotional dependance on adults in order to survive.

Violent actions or hidden violence are considered traumatic marks since the disorganizing quantity and/or quality of the actions a parent directs towards his/her child can not be metabolized by him/her.

The rol of a daughter or son in this relationships are characterized by asimetry and dependency.

Incestuous sexual abuse ranges all social classes. It is not possible to detect a particular psychopathological disorder in abusers.

Consequences of sexual abuse will depend on a multiplicity of factors.

Some current debates on research and therapeutic procedures are considered.

Résumé

Les comportements aliénés, individuels ou collectifs comme la violence, ne peuvent pas être compris que dans le contexte d'une problématique sociale. Ce travail se centre sur la problématique de l'enfant comme récepteur direct ou indirect de violence dans la famille. Ceux-ci sont les plus vulnérables étant donné leur manque de défense et dépendance des adultes pour leur survie et développement physique et émotionnel.

L'acte violent ou les manifestations latentes de ce dernier, s'inscrivent à la manière du fait traumatique le quantum ou la qualité non-structurant qu'imprime l'adulte sur l'enfant ne peuvent pas être métaboliser et acquérir un status representationel, puisque le lieu du fils dans ces liens est déterminé par l'asymétrie et la dépendance.

L'abus sexuel incestueux se produit dans toutes les classes sociales et n'a pas pu être reconnu un profil psychopathologique unique du maltraitent.

Les conséquences et les effets de l'abus sexuel dépendra des variables multiples.

Actuellement, dans les champs d'études scientifiques, plusieurs débats son possibles.

Resumo

Os comportamentos perturbados, individuais ou grupais como a violência, não podem ser entendidos a não ser no contexto de uma problemática social.

Este trabalho está centrado na problemática do/da menino/a como receptor/a direto/a ou indireto/a de violência na família. Eles são os mais vulneráveis devido à sua incapacidade de defesa e dependência dos adultos para a sua sobrevivência e desenvolvimento físico e emocional.

O ato violento ou as manifestações larvadas do mesmo se inscrevem da mesma maneira que o fato traumático, porque o quantum ou a qualidade de desestruturar que o adulto imprime na criança não podem ser metabolizados e adquirir um status representativo, já que o lugar do filho nesses vínculos está determinado pela assimetria e a dependência.

O abuso sexual incestuoso se produz em todas as classes sociais e não foi possível reconhecer um perfil psicopatológico único nos abusadores.

As conseqüências e os efeitos do abuso sexual dependerão de uma multiplicidade de variáveis.

Deixam-se formulados alguns debates atuais no campo do estudo e intervenção do abuso sexual infantil.

Palabras clave: problemática social, violencia, abuso sexual, trauma, indefensión infantil.

Key words: social problem, violence, sexual abuse, trauma, children's defencelessness

La experiencia traumática y el testimonio

Mariana Wikinski *

(*) Psicoanalista
Potosí 3977, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Tel.: 4983-9085 - E-mail: mwikinski@fibertel.com.ar

Solemos pensar a la *experiencia* predominantemente en sus aspectos enriquecedores, y al otro, como aquel a quien debiéramos abrirnos aceptando el cuestionamiento que su existencia y su presencia producen en nosotros. El otro sería fuente de experiencias enriquecedoras, podríamos decir, si estamos disponibles para ello.

Pero nos proponemos en esta oportunidad partir de la idea de cierta negatividad en el contacto del sujeto con la experiencia y con la alteridad, en la medida en que ambas excedan la capacidad simbolizante del sujeto. Se trataría de pensar el contacto del sujeto con aquella experiencia que no lo enriquece, sino que desmantela su capacidad perceptiva y organizativa, la experiencia inmetabolizable, traumática, la experiencia insoportablemente otra para el sujeto, insoportable en su alteridad. Nos proponemos también pensar el contacto con una otredad encarnada en un otro que despierta en nosotros aspectos menos amorosos. La idea de una otredad que genera en nosotros algo que nuestra propia ética no alcanza a poner bajo control, que nos cuestiona al punto de convocar nuestros aspectos más rechazantes y hostiles hacia ese otro, que nos conduce entonces a la aparición de lo otro en nosotros mismos, a un sentimiento de extrañeza respecto de nuestras propias emociones.

¿Qué modos de narración podrán construirse a partir de esta clase de experiencia?

Es justamente en las experiencias traumáticas extremas en donde ya no rigen las reglas de la humanidad. Como lo escribe J. Mèlich (2000, pág. 82): «En el Lager la ley era clara: cada uno para sí mismo». G. Agamben (1998) por su parte sugiere que falsifica su testimonio quien niega que en los campos de concentración «nadie era bueno con el musulmán».¹

¹ Existen muchas descripciones de aquella figura a la que se llamaba «musulmán». Elegimos en esta oportunidad, la de Primo Levi (1958, pág. 96) en *Si esto es un hombre*: «...han sido vencidos antes de empezar (...) Su vida es breve pero su número desmesurado; son ellos, los *Muselmänner*, los hundidos, los cimientos del campo; (...) los no-hom-

¿Somos siempre y en cualquier circunstancia frente al otro quienes creemos que debemos ser? ¿Qué circunstancias podrían desafiar nuestra intención de hospitalidad con el diferente, colocándonos en la posición de sentirlo casi como nuestro enemigo? En ningún testimonio encontramos la posibilidad de un gesto de hospitalidad con el musulmán. Primo Levi intentará, con dolor y generosidad, pero mucho después, cuando ya habían muerto, acogerlos en su relato: al musulmán nadie quería verlo.

La experiencia traumática podría ser definida como una experiencia de contacto con una alteridad insoportable, con lo extraño, y entonces también con «lo otro» en uno mismo. Aquello que necesitamos al mismo tiempo olvidar y recordar, y que nos obligará a encontrarnos con algo de nosotros que nos avergüenza.

Así como dejarse atravesar por la experiencia no es un acto voluntario, hay experiencias frente a las cuales el «no dejarse atravesar» no es una posibilidad; experiencias frente a las cuales la suspensión de la voluntad de identificar, de representar, de comprender, la pasividad, terminan siendo devastadoras. El acontecimiento excede con creces los recursos con los cuales contamos para poder representarlo, el sujeto se encuentra inevitablemente confrontado al *padecimiento* de la experiencia.

La construcción del testimonio sobre estas experiencias, cuando es posible, debe sortear al menos, cuatro obstáculos.

La insuficiencia de las palabras; la legitimación de la propia palabra como aquella que da cuenta de una condición subjetiva absolutamente singular y al mismo tiempo representa a otros que no pueden dar testimonio de su historia porque han muerto, o han quedado enmudecidos; el reencuentro doloroso

bres que marchan y trabajan en silencio, apagada en ellos la llama divina, demasiado vacíos ya para sufrir verdaderamente. Se duda en llamarlos vivos: se duda en llamar muerte a su muerte, ante la que no temen porque están demasiado cansados para comprenderla».

so con las propias vivencias, y el esfuerzo de alojar en el relato el encuentro con aquello vergonzante en uno a lo que esas vivencias nos confrontaron; y por último, el esfuerzo de construcción –en el caso del testimonio jurídico– de una narración que se proponga dar cuenta de la verdad material.

La insuficiencia de las palabras

«También me resultaba extraño encontrarme en medio de los hombres, con aquellos rostros aturcidos, que se preguntaban sin cesar “¿qué os parece? ¿qué os parece?” Generalmente no había respuesta, o había una sola, siempre la misma: “Es horrible”. Sin embargo, no es esa palabra, no es esa experiencia –por lo menos para mí– la que mejor define la situación en Auschwitz.»

I. Kertész, *Sin destino*

Walter Benjamin (1933, pág. 146), en sus textos «Experiencia y pobreza» (1933) y *El narrador* (1936), refiriéndose a la experiencia de quienes volvían enmudecidos del campo de batalla en la Primera Guerra Mundial, escribe:

«Una generación que fue a la escuela en tranvía jalado por caballos, se halló indefensa ante un paisaje en el que todo menos las nubes había cambiado. Y en cuyo centro, en un campo de explosiones y corrientes destructoras, estaba el mínimo, destructible cuerpo humano.»

No hay muchos textos que describan con tanta sensibilidad el punto de partida de lo inenarrable frente a las experiencias traumáticas.

La definición del concepto «aura», tal como lo utiliza W. Benjamín, nos ubica frente a la cosa que nos mira, invirtiendo nuestra relación con ella. Ricardo Forster (2007) lo define así:

«La experiencia (...) se expresa allí donde algo falla en el sujeto de la representación que, en y a través de esa fallagrieta, deja que la cosa diga lo que guarda alterando la percepción y el orden de verdad del sujeto.»²

«La cosa dice», y esta máxima alteridad le marca al sujeto la imposibilidad de su representabilidad, alterando su «orden de verdad». En el caso de la experiencia traumática nos encontramos con lo devastador del acontecimiento, y con los límites que esto le impone a un sujeto de la experiencia en su trabajo de apropiación de lo experimentado, a un sujeto que deberá enfrentarse también con los límites del lenguaje. Atravesar una experiencia límite, expone al sujeto al desafío de procurarse el encuentro con un sentido.

¿Será que la experiencia se vuelve apropiable sólo a partir del momento en que se logra narrarla, sólo *si se logra* narrarla? ¿Será que se *transforma* en experiencia al narrarla? Incluso si esa narración se realiza para uno mismo, incluso si en esa narración no se agota su sentido, algo permite que su «traducción» a materia lingüística abra al menos la ilusión de suponerle un sentido.

Me pregunto si la disposición de elementos del lenguaje que den cuenta del sentido de esa experiencia *mientras es vivida*, lo situará al sujeto en mejores condiciones para decodificarla, y por ende, para soportarla. Si son dos los tiempos, primero el de la vivencia y luego el del encuentro con el lenguaje que permita narrarla, o son uno y otro el mismo momento, en el que se constituyen en el presente de la experiencia las *posibilidades* de nominación que harán de ella, luego, una experiencia apropiable.

² «Advertir el aura de una cosa significa dotarla de la capacidad de mirar», escribe Benjamin en *Sobre algunos temas en Baudelaire* (citado por Forster, 2007) confiriéndole en esta definición a la cosa una dimensión inaugural. ... «la cosa constituye la máxima alteridad», aclara Forster en el Glosario de su clase, al definir el concepto «aura».

Es posible que el tiempo del presente del acontecimiento traumático no pueda ser el tiempo de la experiencia elaborada, sino que ésta corresponda a un tiempo posterior. Como lo sugiere J. Marrades (2001), hay una diferencia entre el tiempo en el que se sobrevive *en* el campo de concentración y el tiempo en el que se ha podido sobrevivir *al* campo de concentración.

«La función peculiar de defensa respecto a los shocks puede definirse en definitiva como la tarea de asignar al acontecimiento, a costa de la integridad de su contenido (subrayado nuestro), un exacto puesto temporal en la conciencia. Tal sería el resultado último y mayor de la reflexión. Esta convertiría al acontecimiento en una “experiencia vivida”.» (Benjamin, W., 1939, p.9)

¿Es posible narrar una experiencia que desborda al sujeto, al tiempo que es vivida?

Imre Kertész (citado por Cohen, E., 2006, pág. 107) dice en el discurso de Estocolmo, en relación a su literatura: «...en los campos de concentración, mi héroe no vive su propio tiempo, ya que él está desposeído de su tiempo, de su lengua, de su personalidad. No hay memoria, él vive el instante».

Los conceptos *Erfahrung* y *Erlebnis* reciben distintas traducciones. Habitualmente se traduce el primero como *experiencia* y el segundo como *vivencia*. La clave de la posibilidad de narrar la experiencia, plantean algunos autores, estaría en la transformación a través del tiempo de la *Erlebnis* (experiencia tenida en bruto, sin intervención de la conciencia), en *Erfahrung* (acontecimientos a los que atendió la conciencia). Pero el término *Erfahrung* recibe a veces la traducción de «experiencia durable», experiencia propiamente dicha, en contraposición a la vivencia, experiencia vivida instantánea. Sin embargo es posible considerar a la vivencia que se atraviesa sin intervención de la conciencia, como durable, pero no el sentido del recuerdo y su narración, sino en el sentido de una marca indescifrable dentro sí mismo, con la cual el sujeto debe vivir. M. Morey (2006, pág. 6) escribe: «Las vivencias no son sino explosiones discontinuas, sacudidas del

presente destinadas a flotar irredentas en la memoria, en una mera acumulación sin enseñanza».

¿Qué yo narra el testimonio, qué yo da testimonio de su experiencia? Es esa estructura viva de articulaciones del yo de la que nos habla J. Mèlich (2007), la que habla en quien da testimonio. Habla el hombre ingenuo, el hombre azorado, el hombre atravesado, el reflexivo, el ausente de la experiencia, el expropiado de su cuerpo, y luego el que comprende algo que sin embargo no logra transmitir. El relato tiene así la marca, como diría W. Benjamín (1936), de «la mano del alfarero».

Podríamos pensar estas cuestiones a la luz del texto *Sin destino*, de Imre Kertész (1975). En la contratapa se aclara que no es un texto autobiográfico, pero nos permitimos poner en duda esta afirmación. El libro tiene como protagonista a un adolescente, György, que de un modo absolutamente ingenuo se encuentra de pronto deportado en un campo de concentración.

Tres líneas temporales podemos leer en este libro:

a) La de György desde el principio hasta el final de la historia. Desde la capacidad inicial para relatar detalladamente, aunque desapasionadamente, lo acontecido, pasando luego por la dificultad para ordenar lo vivido en el relato, hasta su regreso a casa, ya siendo *otro* marcado por una *experiencia* de la que parece ir logrando apropiarse a medida que se ve en la necesidad de diferenciarse de lo que los demás suponen erróneamente acerca de lo que él vivió.

b) La línea temporal al interior de la experiencia concentracionaria, en la que el personaje intenta dar cuenta de lo que va viviendo (*a costa de la integridad de su contenido*), con sus propias herramientas conceptuales, hasta que se va dando cuenta de que resultan totalmente ineficaces. A partir de allí, renuncia al intento de nominación de lo vivido, renuncia a habitar su propio cuerpo, y se entrega a una especie de irresponsabilidad por la propia vida, se transforma en un musulmán. Llega así al extremo de la ajenidad con la propia experiencia, hasta que a través del reencuentro con la capacidad

perceptiva de sus sentidos, el olor (... a la sopa de zanahoria), el oído, la vista, se reconoce a sí mismo nuevamente y recupera el deseo de vivir.

c) Por último, la línea temporal del autor, Imre Kertész, que comienza a escribir este texto en 1960. Quince años después de haber sido liberado escribe el texto que contiene la posibilidad de reflexionar acerca de la vivido; lo vivido por él es en este texto experiencia transmisible, relato, narración. Kertész no volvió mudo del campo de batalla.

La legitimación de la propia palabra. Escuchar el llamado

*«Voy a tratar de sobrevivir
para acordarme de ti».*

J. Semprún, Viviré con
su nombre, morirá con el mío

Si podemos hoy hablar de la insuficiencia de los testimonios, es porque los testimonios al menos han dado cuenta de ello, han logrado transmitir su propia insuficiencia.

¿Acaso se podrá decir, a pesar de que plantea haber atravesado tramos «en que parecía no vivir su propia vida»,³ que Kertész no ha constituido en esos tramos *experiencia*? Si no se hubiera apropiado finalmente de esa experiencia, ¿cómo podría saberlo, cómo podría enunciar el haber sido expropiado de su propio pensamiento, de su propia ética y hasta de su propio cuerpo?

György vuelve transformado del campo de concentración. Ahora no le podría decir a Annamaria, su amiga, lo que le había dicho antes de irse. El adolescente ingenuo que era György antes de ser deportado, le había planteado a su vecina

³ Conferencia dictada en Hamburgo por I. Kertész, citada por J. Larrosa (2006) en su trabajo «Algunas notas sobre la experiencia y sus lenguajes».

Annamaria que uno es lo que es por casualidad. No comprende en absoluto la desesperación de Annamaria al escucharlo. Al regresar, sólo un año después, György necesita que quienes lo escuchan comprendan que no se trata de que las cosas «llegan», sino de que uno también va hacia las cosas; él no podría tolerar la idea de que su destino estuviese determinado de antemano, de estar viviendo «sólo el paso del tiempo». György necesita pensarse a sí mismo frente a momentos que hubieran podido devenir en otra cosa que lo que fueron, y dependiendo entonces también de los pasos que *él* iba dando. Él necesitaba creer que sus pasos habían tenido un sentido. Lejos estaba de pensarse como producto de la casualidad. «Si existe la libertad, entonces no puede existir el destino, por lo tanto nosotros mismos somos nuestro propio destino», les dice a quienes puedan escucharlo. Recién en el momento de enunciarlo, lo comprende. György había vuelto transformado del campo de concentración, pero aún no se había dado cuenta. Se había alterado su «orden de verdad». Comienza a comprenderlo cuando intenta narrar, dar cuenta de ello. Quizás ya nunca más se olvidará de haberlo comprendido.

Kertész, Levi, Semprún, Celan, Antelme, Améry y tantos otros, *producen* narración a partir de su experiencia. Ellos nos muestran que la experiencia es intransferible, pero no es incomunicable. Quizás necesitan muchas palabras para transmitir una sensación. Quizás perciban la insuficiencia de las palabras para transmitirla, «lo impronunciable en lo pronunciable» (Forster, R., 2007, pág. 11).

Mucho se ha escrito acerca de la imposibilidad del testimonio, pero ya no en relación a la insuficiencia de las palabras, sino al lugar del testigo. Es Primo Levi (1986, págs. 72-3) quien primero lo plantea:

«Lo repito: no somos nosotros, los sobrevivientes, los verdaderos testigos. Esta es una idea incómoda de la que he adquirido conciencia poco a poco, leyendo la memorias ajenas, y releendo las mías después de los años. Los sobrevivientes somos una minoría anómala además de exigua. (...) Quien ha visto la Gorgona, no ha vuelto para contarla, o ha

vuelto mudo; son ellos, los musulmanes, los hundidos, los verdaderos testigos, aquellos cuya declaración habría podido tener un significado general.»

G. Agamben (1998, pág. 158) a su vez, fundamenta en las palabras de Levi su posición, y la desarrolla en su libro *Lo que queda de Auschwitz*:

«El sujeto del testimonio está constitutivamente escindido (...) [es] sujeto de una desubjetivación, y por esto mismo, el testigo, el sujeto ético, es aquel sujeto que testimonia de una desubjetivación. Este carácter no asignable del testimonio no es más que el precio de esta escisión, de esa intimidación inquebrantable entre el musulmán y el testigo, entre una impotencia y una potencia de decir.»

J. Mèlich (2001) en el libro *La ausencia de testimonio* sostiene la misma idea.

Pero no puedo evitar cierta inquietud al leerlos. No es lo mismo que sea un sobreviviente (Primo Levi) quien declare no ser él mismo un testigo integral, que el hecho de sostener desde afuera de la experiencia del testimonio, desde afuera de la experiencia concentracionaria, la idea de que los únicos «testigos integrales» son los musulmanes, los que perdieron la posibilidad de hablar, de pensar, de ser sujeto, los que no sobrevivieron. G. Agamben (1998) escribe, que ese desdoblamiento, esa dialéctica entre el que sobrevive y el musulmán, entre el hombre y el no-hombre, hace del testimonio un «proceso en el que participan al menos dos sujetos: el primero, el superviviente, puede hablar pero *no tiene nada interesante que decir* (subrayado nuestro), y el segundo (...) el que ha tocado fondo, tiene mucho que decir, pero no puede hablar» (pág. 126).

Entiendo el valor de llevar al extremo la paradoja de sostener que es posible dar testimonio de la propia muerte subjetiva. Si el testimonio no es sólo narración, el musulmán *encarna* testimonio, mientras que es precisamente la distancia con la desubjetivación lo que le permite al «salvado» la construc-

ción del testimonio narrado. El musulmán ha visto la Gorgona, ha visto algo que los demás sobrevivientes no han visto. Pero también debemos considerar que los «salvados» han visto algo que quien no ha sido víctima, no vio.

Si esta verdad elemental no es tomada en cuenta ¿qué queda entonces de la legitimación del testimonio de quienes han tenido la posibilidad, la necesidad y el coraje de hablar? ¿No han sido ellos acaso, los sobrevivientes quienes nos han traído la figura del musulmán? ¿No ha sido acaso a través de su testimonio que hemos conocido ese límite entre la vida y la muerte al que el hombre ha podido conducir al hombre? ¿Hubiéramos sabido de su existencia si ningún sobreviviente hubiera dado testimonio de ello?

En su libro *La tregua* Primo Levi (1963) nos habla de Hurbinek, un niño de tres años, probablemente nacido en Auschwitz. No sabía hablar, nadie podía comprenderlo. Sólo pronunció una palabra (massk-lo) que nadie pudo traducir. A pesar de los amorosos cuidados que sus compañeros le ofrecieron en la enfermería de Auschwitz, Hurbinek murió en marzo de 1945. Levi concluye su relato escribiendo: «Nada queda de él: el testimonio de su existencia son estas palabras mías» (pág.23).

Por eso me resulta difícil aceptar la idea de que los únicos verdaderos testigos son los que no pueden dar testimonio.

El sentimiento como sujetos frente a las víctimas es de interpelación, despierta nuestro sentimiento de responsabilidad, que podría resumirse en la frase: «soy insustituible, debo ser yo quien responda».

«Hacer hablar al sufrimiento es el principio de toda verdad», escribió Adorno.⁴

El testimonio es un llamado. Transforma a quien lo produce, pero también a quien lo escucha. El Otro, escribiría Levinas

⁴ Citado por Reyes Mate (2004), pág. 46.

en su argumentación a favor de la heteronomía, es *mi* problema, me reclama. Allí, en la escucha, es donde mi subjetividad se vuelve humana.

«Me constituyo en subjetividad humana en respuesta al dolor y al sufrimiento del otro. El otro que me reclama cara a cara, y del otro que ya no está físicamente presente para reclamarme (...).» (Mèlich, J., 2000, pág. 92)

Nada queda de los muertos, sólo «sus tumbas en el aire», nada queda de la crueldad y el horror que habitaban en Auschwitz y tantos otros campos de exterminio. Parafraseando a Primo Levi, podríamos decir: el testimonio de su existencia son las palabras de los testigos.

El reencuentro con lo doloroso y con lo vergonzante

«Articular históricamente el pasado no significa conocerlo como verdaderamente ha sido. Significa adueñarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro.»

W. Benjamin

El *trabajo* del testimonio que se inscribe en todas las experiencias colectivas traumáticas y extremas que sucedieron en la historia a los textos «Experiencia y pobreza» y *El Narrador*, de Benjamin, puede ser comprendido a partir de él. ¿Cómo puede el «mínimo, destructible cuerpo humano» soportar el recuerdo de su terror y de su humillación?

Con qué recursos podrá llevarse acabo el trabajo psíquico de construir narración, trasmisibilidad, credibilidad, cuando la insuficiencia de las palabras que dan cuenta de lo vivido es precisamente lo que define a estas experiencias. Todo testimonio, escribe M. Pollack (2006) debe ser considerado como un instrumento de «reconstrucción de identidad».

Hay, creo, un desdoblamiento necesario en la trasmisibilidad de la experiencia traumática. Para que el obstáculo en su trasmisibilidad sean los límites del lenguaje, deben haberse primero atravesado los límites de la subjetividad para soportarla, para sobrevivir a ella, para alojarla y para luego asignarle un sentido. Allí la imposibilidad no se produce «por la prohibición del concepto, sino por lo irreductible de la cosas» (Forster, R., 2007)

Primo Levi titula «La vergüenza» al tercer capítulo de su libro *La tregua*. La vergüenza será probablemente un sentimiento que atravesará la vida de quien sobrevive a esta experiencia, y que sentiremos nosotros también. Estamos frente al dolor de quien siente que ni siquiera el estar expuesto ante la crueldad del otro lo pone a salvo de la vergüenza por haber quebrantado sus propios valores. Como lo escribe J. Marrades (2001) acerca del testimonio de Levi:

«...pero ahora, tras haber salvado su vida, ha tomado conciencia de que, sin haber traicionado en el Lager algo que formaba parte del núcleo de su identidad, no hubiera logrado sobrevivir.(...) descubre que ha pagado por su vida el precio de un envejecimiento. Ese descubrimiento es la vergüenza del sobreviviente.»

Numerosos autores recogen la vivencia insoportable de los sobrevivientes de verse obligados a elegir entre su integridad física, o su integridad moral. Silvia Bleichmar (2002) conceptualizó esta disyuntiva planteando frente las experiencias extremas, la dramática antinomia que podría presentarse para el sujeto entre la autoconservación y la autopreservación del yo.

Dar testimonio ante la justicia

Más arriba utilizamos la palabra «trabajo» deliberadamente, trabajo del testimonio. Nos preguntamos si la construcción del testimonio no implica un trabajo del sueño invertido. No nos referimos por supuesto al análisis del sueño y su interpre-

tación, sino al denodado trabajo que quien testimonia ante la justicia se propone hacer en su lucha contra las desfiguraciones del recuerdo, ya que la construcción del testimonio no admite, para el testigo, la presencia de tales desfiguraciones, sino que requiere un contacto con una verdad objetiva. Esto exige de la víctima el esfuerzo descomunal de transformar su experiencia ya no sólo en materia lingüística, sino también en materia jurídica.

Decir la verdad y *nada más* que la verdad. Despojar su testimonio de todo rastro de subjetividad, utilizando incluso en muchas oportunidades un lenguaje que le resulta radicalmente ajeno en un sentido pleno, es decir, radicalmente ajeno también al lenguaje con el que penosamente pueda haber ido reconstruyendo a través de los años vividos, memoria y olvido acerca de lo que vivió. Despojar al testimonio de todo rastro de subjetividad, decíamos, pero –a pesar de ello–, en el acto mismo de relatar, revertir esa insignificancia que lo singular tuvo para el totalitarismo. Ser, en ese momento, quien produce un relato único, singular, insustituible. Y contribuir de ese modo al hecho de que el testimonio deje ya de pertenecer al terreno de lo más absolutamente singular, y se transforme en versión histórica, en versión oficial acerca de los hechos.

Tengamos presente que en una importante cantidad de declaraciones testimoniales frente a la justicia el testigo habla por primera vez de su experiencia, la gran mayoría de las veces rompe un silencio de muchos años. En muchos casos también ofrece testimonio en un juicio que se desarrolla en relación al caso de otra víctima y no para hacer justicia sobre su propio caso; declara cara a cara frente a quienes violaron su integridad moral y física; se ve obligado a responder determinadas preguntas y atenerse a ellas, muchas veces bajo una forma demasiado parecida a un interrogatorio.

«Forzar el testimonio poniéndolo en ese molde es obligar al sobreviviente a pasar revista a sus sufrimientos y a reencontrarse físicamente cara a cara con los que se los han inflingido, sin ofrecer a cambio la mínima chance de una compasión emocional.» (Pollack, M., 2006, pág. 64)

Y todo esto aun cuando el testigo sostenga la convicción, como lo plantea G. Agamben, de que el derecho no puede pretender agotar el problema.

No debe exigírsele al testigo, a mi juicio, deber del testimonio, como no debe exigírsele el ejercicio del deber de la memoria. Hay trabajo del testimonio y hay –escribe P. Ricouer (1999)– trabajo de la memoria, sin el carácter imperativo de la palabra «deber», y con atención a los diferentes modos de olvido y resistencia que pueden legítimamente existir para la víctima en el esfuerzo de rescate de su pasado. Pero quizás sí hay deber en nuestra escucha, aún sabiendo el abismo que separa el dolor de quien relata, del dolor de quien escucha.

Si a la víctima puede legítimamente concedérsele el derecho al olvido, esto no autorizará de ninguna manera el olvido institucional.

Las tumbas en el aire, como escribía Celan, nos recuerdan «que nada queda de los asesinados excepto nuestro recuerdo» (Mèlich, J., 2000, pág. 94).

Por eso, a la necesidad de dar testimonio debe sucederle el deber de escucharlo.

Quizás algo de esto quiso decirnos T. S. Eliot cuando escribió los dos últimos versos de su poema «Los hombres huecos»:

*«(...) esta es la forma en que termina el mundo:
no con una explosión, sino con un gemido.»*

Bibliografía

- Agamben, G. (1998) *Lo que queda de Auschwitz*, Valencia, Ed. Pre-textos, 2000.
- Benjamin, W. (1933) «Experiencia y pobreza», en *Para una crítica de la violencia*, México, Ed. La nave de los locos, 1978.
- Benjamin, W. (1936) *El narrador*, Madrid, Ed. Taurus, 1991.
- Benjamin, W. (1939) *Sobre algunos temas en Baudelaire*, edición electrónica, www.philosophia.cl. Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS.
- Bleichmar, S. (2000) *Dolor País*, Cap. 7: Losers y Winners, Libros del Zorzal, Bs. As.
- Cohen, E. (2006) *Los narradores de Auschwitz*, Buenos Aires, Ediciones Lilmod.
- Forster, R. (2007) *Benjamin y los tejidos de la experiencia*. Clase 6 del curso de postgrado «Experiencia y alteridad en educación», FLACSO, Bs. As.
- Kertész, I. (1975) *Sin destino*, Ed. Acantilado, Barcelona, 2001.
- Larrosa, J. (2006) «Algunas notas sobre la experiencia y sus lenguajes», *Revista Estudios Filosóficos*, Vol. 55, Nº 160, Instituto Superior de Filosofía, Valladolid, España.
- Levi, P. (1958) *Si estos es un hombre*, Barcelona, Muchnik Editores, 1997.
- Levi, P. (1963) *La tregua*, Barcelona, Muchnik Editores, 1997.
- Levi, P. (1986) *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnik Editores, 1989.
- Marrades, J. (2001) «Sobrevivir a Auschwitz: la vergüenza y el sujeto», *Revista Pasajes*, Nº 5-6, págs. 81-91, Valencia.
- Mèlich, J. «El fin de lo humano. ¿Cómo educar después del holocausto?», *Revista Enrahonar*, 31, Barcelona. <http://www.raco.cat/index.php/Enrahonar/article/view/31980/31814>
- Mèlich, J. (2001) *La ausencia de testimonio*, Barcelona, Ed. Anthropos.
- Mèlich, J. (2007) Antropología de la situación, Clase 2 del curso de postgrado «Experiencia y alteridad en educación», FLASCO, Bs. As.
- Morey, M. (2006) Los tejidos de la experiencia, Clase 5 del curso de postgrado «Experiencia y alteridad en educación», FLASCO, Bs. As.
- Pollack, M. (2006) *Memoria, olvido y silencio*, Ediciones Al Margen, La Plata.
- Reyes Mate, M. (2004) «¿Puede Europa hacer filosofía de espaldas a Auschwitz?», *Rev. Anthropos: Vigencia y singularidad de Auschwitz*, Nº 203, España.
- Ricoeur, P. (1999) *¿Por qué recordar?* Capítulo: «Memoria y Archivos», Ed. Granica, Barcelona, 2002.

Resumen

La experiencia traumática implica el contacto con una alteridad insoportable, y por lo tanto también con «lo otro» en nosotros mismos.

La construcción del testimonio acerca de esta experiencia –construcción que en este artículo es denominada trabajo del testimonio–, cuando es posible, debe sortear al menos cuatro obstáculos: la insuficiencia de las palabras para describirla; el esfuerzo de legitimación de la propia palabra en tanto testimonio de la experiencia singular, pero también en tanto testimonio de la experiencia de quienes no han podido narrarla; el reencuentro doloroso y vergonzante con las propias vivencias; y, por último, el esfuerzo –en el caso del testimonio ante la justicia– ya no sólo de traducir la experiencia en materia lingüística, sino de traducirla a materia jurídica, dando cuenta estrictamente de una verdad materia.

Summary Traumatic experience and testimony

The traumatic experience implies a contact with an intolerable, and therefore with «the alter» in ourselves as well.

The construction of the testimony regarding this experience –construction which is called testimony work in this article– when possible, has to overcome at least four obstacles: the failure of words to describe it; the strain to legitimate our own word nor only as testimony of a singular experience, but also as testimony of the experience of those who have not been able to narrate it; the painful and shameful re-encounter with our own experiences; and finally, the strain –in the case of the legal testimony– not only of translating the experience into linguistic material, but also of translating it into legal material, giving a strict account of a material truth.

Résumé

L'expérience traumatique suppose un contact avec une altérité insupportable, et par conséquent avec «l'autre» en nous-mêmes.

La construction du témoignage de cette expérience – construction qui dans cet article reçoit la dénomination de travail du témoignage – quand elle est possible, doit surmonter, au moins, quatre obstacles: l'insuffisance de la parole pour la décrire; l'effort de légitimation de la propre parole en tant que témoignage de l'expérience singulière, mais aussi en tant que témoignage de l'expérience de ceux qui n'ont pas pu la relater; la rencontre douloureuse et honteuse avec le propre vécu; et, en dernier lieu, l'effort – dans le cas des témoignages judiciaires – non pas seulement traduire l'expérience en matière linguistique mais aussi en matière juridique, rendant compte strictement d'une vérité matérielle.

Resumo

A experiência traumática implica o contato com uma alteridade insuportável e, portanto, também com «o outro» em nós mesmos.

A construção do testemunho sobre essa experiência – construção que neste artigo é denominada trabalho do testemunho –, quando é possível, deve contornar ao menos quatro obstáculos: a insuficiência das palavras para descrevê-la; o esforço de legitimação da própria palavra enquanto testemunho da experiência singular, mas também, enquanto testemunho da experiência daqueles que não puderam contá-la; o reencontro doloroso e vergonhoso com as próprias vivências; e, por último, o esforço – no caso do testemunho perante a justiça – não apenas de traduzir a experiência em matéria lingüística, mas de traduzi-la em matéria jurídica, dando conta estritamente de uma verdade material.

Palabras clave: Padecimiento, insuficiencia y legitimación de las palabras, testimonio, justicia.

Key words: suffering, insufficiency and legitimation of words, testimony, justice.

Interrogaciones... y perspectivas

En esta ocasión hemos convocado a José Tcherkaski (*) y a Raquel Bozzolo (**) a responder las siguientes preguntas:

1) ¿Puede mencionar algunas figuras del exceso presentes en su práctica y comentarnos acerca de sus procedimientos?

2) Se puede pensar que el exceso connota dos dimensiones que remiten a:

- marginalidad, desborde, patología, descontrol;
- creación, invención, acontecimiento, vanguardia.

Estas dos dimensiones ¿son articulables?

3) ¿Cómo piensa la relación entre exceso, poder y vínculos?

4) ¿Qué formatos subjetivos producen las particulares modalidades de los excesos actuales?

- (*) Se inició en el periodismo en el año 1967. Trabajó en varias publicaciones: *Revista Siete Días*, *Clarín Revista*, *Editorial Siglo XXI*, *Revista Cambio 16* de España, etc. Tiene publicados 14 libros. Es autor de canciones populares como «Mi viejo», «Pedro Nadie», «Para el pueblo lo que es del pueblo», «Somos los patitos feos».
E-mail: jote26@hotmail.com
- (**) Psicóloga Clínica (UNLP). Psicoanalista y Analista institucional. Profesora Titular Ordinaria en la carrera de Psicología de la UNLP. Docente en Posgrados UNLP; UBA y UNMP. Miembro Activo de la AAPPG. Autora en colaboración de *El oficio de intervenir. Políticas de subjetivación en grupos e instituciones*, Editorial Biblos, 2008.
E-mail: rbozzolo@fibertel.com.ar

José Tcherkaski

«Donde hay dolor el suelo es sagrado»
Oscar Wilde

1) *¿Puede mencionar algunas figuras del exceso presentes en su práctica y comentarnos acerca de sus procedimientos frente a ellas?*

En mi tarea como entrevistador el exceso como ustedes lo definen forma parte de mi trabajo.

La averiguación en una entrevista pasa por dos carriles: entender «las consecuencias del exceso» y promover «la evocación del exceso». O sea abordar la memoria, los sentimientos, la rabia, la frustración. Para llegar al objetivo obliga al entrevistador tener noticias ciertas sobre el tema que se ha de tratar...

En mi último trabajo, «Conversaciones con mujeres de escritores desaparecidos», el inmenso dolor de estas seis mujeres me obligó a cuidar como una filigrana cada palabra. Cualquier gesto ínfimo de cada entrevistada me permitió elaborar cada pregunta. A mi criterio la entrevista es una suma de silencios. La palabra permite explicar lo sucedido –verbalizar los sucesos. Mi tarea no es interpretar ni curar. Como periodista averiguo, busco las fuentes. Informo.

En cada trabajo tomo los recaudos indispensables para protegerme. Sé que el relato –el exceso– me ha de golpear fuerte. Con esta convicción me muestro al entrevistado. En realidad pienso que el dolor carece de pudor.

2) *Se puede pensar que el exceso connota dos dimensiones que remiten a:*

- *marginalidad;*
 - *creación, invención, acontecimiento, vanguardia.*
- Estas dos dimensiones ¿son articulables?*

En relación con el trabajo que mencioné antes me permito

afirmar que las dimensiones del exceso, la patología, el descontrol, el desborde, están sin duda en los años de plomo en nuestro país. O sea la dictadura militar de los años 1976 a 1983.

Por las características de las/los entrevistados la estrategia fundamental fue tomar distancia en cada reportaje. Visualizar el contorno –el paisaje de situación– es lo más importante. Trabajamos «a primera vista», o sea no hay vínculo anterior con el entrevistado. En este trabajo la creación, la invención es artículo corriente. El silencio permite buscar respuestas, la complicidad entre entrevistador-entrevistado es fundamental. En estos casos hay que ser cuidadoso pues es gente colmada de exceso. Pero no se puede por piedad dejar que el relato sea más suave o la entrevista menos intensa.

Muchas veces ocurre que a lo largo de la conversación aparece un hecho inesperado. Por ejemplo cuando entrevisté a Lilia Ferreira, esposa de Rodolfo Walsh, apareció el Walsh escritor, no el militante, no el Walsh épico. Contó con mucha gracia cómo trabajaba Rodolfo, qué tipo de ayuda pedía. Sobre su libro *Quién mató a Rosendo* recuerda lo siguiente: «mirando Rodolfo unos expedientes judiciales del caso, me dice: vos tirate acá en el piso. Tomó un trozo de hilo común y me lo colocó donde supone que le penetró la bala a Rosendo y lo fue estirando hasta la posición del arma asesina según la descripción del informe. Se la pasó midiendo toda la tarde. Yo tirada haciendo de muerta no entendía nada. Mirando por una ventana cómo iluminaba el sol me preguntaba ¿qué hago yo acá? ¿Quién es este tipo? ...Siempre me dejaba perpleja...»

En una entrevista colmada de dolor este tipo de apariciones inesperadas son muy ricas. En este caso aparece el Walsh lector, periodista o escritor. El recreo que propuso el relato de Lilia humanizó terriblemente a Rodolfo. Lo mismo se puede decir de las entrevistas a Elsa Sánchez (Oesterheld), Marta Scavak (Conti), Graciela Murúa (Urondo), Iris Alba (Bustos), Joan Jara (Jara).

En síntesis, el entrevistador es el cartero. El que ha de transmitirle el exceso al lector. Pero sin tomar tanta distancia del

dolor que impida el relato, por un lado, y sin entrar en el goce del exceso, por el otro. Las dos alternativas son perjudiciales. Informar es mi tarea profesional. Compartir el dolor, o sentirme cercano a estas historias forma parte de mi privacidad.

3) *¿Cómo piensa la relación entre exceso, poder, vínculos?*

Me permito modificar un término de la pregunta. Poder por autoritarismo.

Nuestra cultura está invadida por la idea del autoritarismo. Sobre esta montura se han ido construyendo vínculos perversos y corruptos. Fuimos educados sobre la idea de autoridad/imprescindible. Cuando reflexiono sobre estos términos, me sacude la angustia personal y social.

Los acontecimientos primarios: padres, hermanos, maestros, vecinos, jefes laborales, etc., poco me han dejado. Los considero, salvo pocas excepciones, vínculos enfermos. Argentina me produce el mismo malestar.

La patria sufre el desquicio –el revoleo– autoritario que en nada ayuda a crecer como Nación y como pueblo. El mundo a lo largo de su historia ha mostrado graves enfermedades de autoritarismo. Como afirma Michel Foucault en sus escritos: *«Se hace la guerra para ganarla, no porque sea justa»*. Creo que este concepto sirve para desnudar la idea de exceso, poder, autoritarismo, arbitrariedad, etc.

4) *¿Qué formatos subjetivos producen las particulares modalidades de los excesos actuales?*

La primera respuesta que me surge es pánico. Es difícil describir la íntima subjetividad de cada individuo. Los acontecimientos nacionales y universales colocan sobre la mesa cotidiana el menú que nos propone la realidad: hambre, violencia, desamparo, guerra. Inseguridad, muertes inútiles. Creo que los fantasmas que nos persiguen son similares en todo el universo.

Poco o nada sabemos del futuro. Borges en una de sus típicas humoradas decía «Siento *mucha curiosidad por saber qué me pasará mañana*».

Hoy no es una humorada. Los hechos vienen avisando que estamos viviendo en pánico. Decía Martin Luther King en su discurso de agosto de 1963 «Hoy tuve un sueño»:

«cuando repique la libertad y la dejemos repicar en la aldea y en cada caserío, en cada Estado y en cada Ciudad podremos acelerar la llegada del día. Cuando todos los hijos de Dios: Negros, Blancos y Judíos y Cristianos, protestantes y católicos, puedan unir sus manos y cantar las palabras del viejo espiritual negro ¡Libres al fin! ¡Libres al fin!. Gracias al Dios omnipotente somos libres al fin!» ...Libres...

Ojalá pronto así sea.

Mi profundo agradecimiento al Doctor Gerardo Stein por aclararme algunas dudas sobre el cuestionario.

Raquel Bozzolo

1) *Puede mencionar algunas figuras del exceso presentes en su práctica y comentarnos acerca de sus procedimientos.*

2) *Se puede pensar que el exceso connota dos dimensiones que remiten a:*

- *marginalidad, desborde, patología, descontrol.*
- *creación, invención, acontecimiento, vanguardia.*

Estas dos dimensiones ¿son articulables?

3) *¿Cómo piensa la relación entre exceso, poder y vínculos?*

4) *¿Qué formatos subjetivos producen las particulares modalidades de los excesos actuales?*

Interrogar apunta a problematizar un tema, hacerlo cuestión para el pensamiento, tornarlo pensable. Pero como «*pensar es perder pie*», dice Ciorán, es probable que no logre contestar las preguntas antes formuladas; sólo las tomaré como disparador para abordar el tema retomando lo que de interrogación encuentro en ellas.

Sin pretensiones exhaustivas, necesito hacer un corto recorrido elucidatorio de la noción de *exceso*, para inscribirlo en la experiencia vital, que nos permita visibilizar cómo su significación funcionó y funciona en una determinada situación y qué consecuencias acarrea a nuestras prácticas contemporáneas, en nuestra existencia cotidiana y en nuestra clínica.

Como profesionales psi, inicialmente nuestra formación ha estado atravesada por el paradigma del equilibrio psíquico, que ubica al exceso en los umbrales de la psico-patología. El aporte freudiano y su noción de conflicto, produjo una intervención en ese sentido pero no logró conmover la episteme en la que fue producido. En las ciencias sociales el exceso se encuentra relacionado con el desborde de una cierta armonía social (que se presenta bajo la forma de normalidad psico-

social). Ambos territorios se fueron constituyendo desde un imaginario del orden, la ley, el equilibrio donde, al servicio de los poderes imperantes en cada situación, el exceso no gozó de buena prensa.

Es posible hablar de *excesos*, cuando algo se fija como *normalidad* tanto psíquica como social; en el primer caso por su inscripción en un *orden simbólico*, en el otro regulada por un *contrato social* que regula intercambios, y prescribe comportamientos: al aludir a *exceso* se connota un *demasiado* frente a un *esperado*. Es decir en ambos territorios rige una ley, a la que se obedece o se trasgrede. Algunos pensadores contemporáneos, que retoman el esquema estructural e intentan pensar el surgimiento de lo nuevo, como Badiou, aluden a un plus –imposible de capturar en lo instituido efectivo– que insiste y puja creando condiciones para el surgimiento de otro orden, que lo aloje.

Para quienes vivimos los sesenta, el exceso fue un matiz, un color, una *intensidad de la existencia* que expresaba lo que no anudaba con aquello que se apostaba a transformar. Dentro de esa perspectiva, se produjeron importantes desarrollos del pensamiento –entre ellos, en el terreno de la salud mental, el movimiento de la antipsiquiatría– pero al ser tomados por una perspectiva ideologizante (en trascendencia), ciertos excesos quedaron mitificados y abonaron el camino de la ruptura con algún sentido. La ideologización del *exceso* rompió amarras con el movimiento vital que expresaba.

La interrogación sobre *los excesos* requiere ser re-pensada en unas actuales condiciones de subjetivación y en nuevas lógicas de un pensar, que nos ayudan a no distribuir territorialmente lo que se presenta en situación y resulta imposible inscribir en saberes previos. Las *dimensiones* del exceso, que las preguntas formuladas incluyen, expresan dos formas de posicionamiento ideológico, ambas en trascendencia, que intentan ubicar el *exceso*, al ser pensadas así se torna inevitable solicitar su articulación. No creo que estas dimensiones configuren alternativas sino posicionamientos oscilantes ante lo

inclasificable. Para poder realmente *pensar estos impensables* de hoy habrá que abandonarlas, e inventar otra lengua.

Con el advenimiento de la sociedad de seguridad (Foucault) o de control (Deleuze), surgen otras tecnologías de producción subjetiva que, en lugar de disciplinar van *modulando* diversas modalidades subjetivas sin parangonarlas con un modelo rector de subjetividad normal y el *exceso* modifica su status. Si la sociedad disciplinaria generaba un exceso trasgresor, como su *envés de sombra* (Lewkowicz), algunas tecnologías de la sociedad de control parecen producir diversos procesos de subjetivación donde es otro el tratamiento de los impulsos. Estos, marcados por la renuncia pulsional necesaria para el proceso de socialización vía sujetamiento a la ley, hoy parecen animar los cuerpos en forma desregulada, oscilando entre la inhibición y el estallido.

Así como el *exceso*, la *libertad* también tiene otro status y en los mismos cuerpos donde reina la apatía y la anestesia, irrumpen impulsos que suelen interpretarse como clamor por un control exterior. Cabe entonces hacer una pequeña digresión: ¿cómo pensar las prácticas de castigo del delito (en el sentido de hacer casto) si la relación con la libertad de los cuerpos se ha alterado? En la sociedad disciplinaria la libertad y la privación de ella, con las conocidas prácticas de vigilancia y encierro, funcionaron como el principio central del disciplinamiento social. Hoy los medios claman por reclusión a los menores, sin registrar que algunas formas de existencia incluyen entre sus opciones la pérdida de una libertad que ha sido devaluada por la *inermidad* de los cuerpos o la *no existencia* para los otros.

Se invoca la necesidad de la *puesta de límites* en la educación y las prácticas de crianza, suponiendo excesos *liberados*. Así como se discute la baja de la edad de imputabilidad, se exige la muerte de violadores y asesinos y estos comportamientos suelen pensarse como los excesos indisciplinados de la trasgresión. Los actos no hablan por sí solos para poder ser calificados como excesos, se requiere una significación de los mismos y la significación situacional de ciertos actos sue-

le estar escamoteada al profesional psi, debido a cierta exterioridad que la profesionalidad exige. Sólo en una clínica donde la *situación* no preexista, sino que se co-instituya con ese otro, con esos otros, es posible realizar una experiencia que permita pensar esos actos.

Suele nombrarse y estigmatizarse como *exceso* lo que constituye a mi juicio una desesperada expresión de la impotencia para *hacer ser* un mundo con otros, así como expresión de una vida sin regulación alguna. La extrema preocupación por estos denominados *excesos*, en ocasiones nos distrae para intervenir en unos rasgos de las subjetividades producidas por la bio-política contemporánea, que se presentan como nicho y complemento del exceso. Me refiero a lo que Espósito describe como el producto subjetivo de los procesos inmunitarios: la retracción o *sustracción* (Bonano), el miedo al contagio del otro, la anestesia a los efectos del contacto con el otro, a las *afectaciones*, propias de la vida con otros vivientes. Por lo que vamos percibiendo en nuestras prácticas, pareciera que hoy no resulta fácil establecer ligadura de las afecciones de los cuerpos con significaciones colectivas y al no armar así una *comunidad* que aloje, los cuerpos –obligados a compartir espacios, pero retraídos y aislados– experimentan riesgo y peligro (¿de estallar violentamente o hacer estallar a otros?) (Aguirre-Burkart).

En el lenguaje mediático se alude frecuentemente a conductas descontroladas, violentas (suicidas y asesinas), que se toman como trasgresiones, olvidando que aquellas gozaban de una cierta calidad de la experiencia que les otorgaba intensidad. Las furias asesinas, las conductas violentas de hoy se encuentran a menudo junto a lo que describe A. Fernández como existencias de *baja intensidad*.

Me resulta imprescindible puntuar que las teorizaciones sobre el exceso presentes en nuestro medio *psi* no son ajenas a la forma en que lo produce el imaginario social. Aun remitiéndonos a la tesis freudiana que ubica al *exceso* en lo que resulta imposible tramitar por el aparato psíquico, es necesario recordar que los parámetros para la evaluación de esa ca-

pacidad de tramitación están inscriptos en significaciones sociales, producidas en unos dispositivos sociales, que tanto producen al habitante como al discurso científico que lo legitima. Los vocablos usados frecuentemente para el exceso: inundación desborde, etc., aluden siempre a situaciones de catástrofe, a daño que requiere reparación. La misma noción de *trauma*, que se basa en la anterior tesis, hoy nos resulta estrecha, para la comprensión de los diversos procesos de subjetivación. No es mi intención entrar aquí en la discusión acerca de la concepción estructural del aparato psíquico, pero ese paradigma se conmociona al abandonar la idea del *exceso traumático*. Tal vez la noción lacaniana de *goce* abra un camino que merezca ser recorrido para resolver lo que nos preocupa.

Sin posibilidad alguna de entrar en esa polémica, hoy es posible afirmar que la tramitación colectiva de unos padecimientos está dificultada y por lo tanto no configuran siquiera *experiencia* de sufrimiento personal. Es probable que una de las principales funciones de nuestra clínica –psicoanalítica y vincular, como suele denominarse en nuestra asociación– constituya el armado de dispositivos y la invención de procedimientos que posibiliten esa *experiencia*.

¿Qué nos preocupa hoy, del *exceso*? ¿Cómo reconocer los excesos en medio de la diversidad subjetiva contemporánea? ¿Podemos discutir qué indicadores utiliza cada uno de nosotros para ello o es la propia categoría de *exceso* la que queda en cuestión? El sufrimiento fue un indicador clásico para los operadores *psi*, hoy esta vía está dificultada al encontrarnos con formas subjetivas que al no realizar la *experiencia* del sufrimiento, se presentan con padecimientos mudos, sin ego-distonía, sin angustia (S. Bleichmar). ¿Cuál es, en estas condiciones, nuestra intervención clínica?

Quisiera comentar una situación que permite visualizar lo que sostengo acerca del tratamiento situacional e inmanente de una conducta fácilmente clasificable como exceso. Juana es una joven psicóloga –con la que comparto espacios de co-pensamiento– que dirige un centro provincial de asistencia ambu-

latoria de niños y jóvenes en problemas con la ley. Frecuentemente algún niño, púber o joven se pone violento y se corta con una navaja, cuchillo, vidrio, etc., y los profesionales psi que trabajan en la institución suelen acudir al tratamiento psiquiátrico con o sin medicación, ya que «*no se puede hablar ni hay pregunta alguna en el joven*» que permita operar al psicólogo... «*este dispositivo –dice J.– produce a la joven psiquiatrizada y declara así su propia impotencia de intervención*». El año pasado Diego (14 años y cuerpo de 9), asiste al centro, visiblemente alterado por la inhalación de pegamento y amenaza con cortarse si no le dan dinero para más. Luego del fracaso de las intervenciones de varios profesionales, J., la directora –que solía decir en otras ocasiones «*acá conmigo no*», sentándose junto a los que amenazaban con cortarse, y así había logrado que le entregaran la navaja y comenzara un diálogo– esta vez, cierra la puerta de su despacho y le explica a Diego porqué no van a darle el dinero y se sienta junto a él. Diego la mira e insiste, hasta que baja la vista y, ante la determinación de J. dice: «*tengo miedo*». J. se escucha decir «*yo también*»... luego de unos minutos la furia (la ¿desesperación?) cede y acepta irse a su casa, acompañado y volver al día siguiente. Este es un pequeño ejemplo de una clínica que se sostiene en un posicionamiento del profesional que asume su desconcerto, sin abandonar el campo ni su apuesta... y es desde allí que logra componer una situación de encuentro allí donde no la había...

Podemos seguramente denominar *exceso* al consumo de este chico, al *corte* de los otros. ¿Tenemos una interpretación adecuada de estos fenómenos que nos permita interrumpir ese derrame mortífero, esa impotencia que se denomina frecuentemente «*exceso*»? En la situación clínica que elegí compartir se postula en acto una modalidad de presencia y una posición subjetiva que permite componer un encuentro donde pueda tener lugar tanto el *sin sentido*, como una nueva producción de sentido.

Mi preocupación clínica y política de hoy es inventar, tal como hace Juana, los procedimientos situacionales eficaces para intervenir desplegando posibles. Estoy convencida que

sostener la apuesta de una clínica donde *una vida* sea posible (es decir singular y no expresión particular de valores universales diría Deleuze) permite abrirse a otras experiencias de subjetivación que permitan vivir con otros, construyendo un común, es decir un mundo que nos y los aloje.

Nota: sin pretensiones académicas, con las anotaciones de algunos nombres marco los insumos de lectura que me permiten hoy pensar estas cuestiones, expreso el deseo de compartirlos con los lectores.

RE-LECTURAS

**El Edipo después del Edipo.
Recorridos actuales
del psicoanálisis ***

Daniel Waisbrot **

- (*) Trabajo original correspondiente a la versión reducida que fuera presentada y publicada en el II Congreso de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares, Perspectivas Vinculares en Psicoanálisis, Tomo 1, pág. 107, en mayo de 2008, Bs. As.
- (**) Licenciado en Psicología. Miembro Titular de AAPPG.
Bulnes 1654, 5° «B», Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel.: 4822-9349 - E-mail: dwaisbrot@yahoo.com.ar

La frase sonó apropiada para un analista que pretende trabajar desde una perspectiva vincular en psicoanálisis. La frase sonó casi como propia, acertada, autorizante, fuertemente comprometida por las implicancias que tiene, incluso, para desbordar su potencia de pensamiento y ser utilizada en la política del psicoanálisis.

*«El psicoanálisis mismo –sostiene la frase– debería corresponder a lo que considera su misión primera: ocuparse ante todo de aquello que directamente o no concierne al modelo familiar y a sus normas. El psicoanálisis siempre quiso ser un psicoanálisis de las familias».*¹

Que halla sido enunciada por Derrida, le otorga *a priori* una legitimidad que obliga a dar cuenta de aquellas implicancias.

«Siempre habrá –continúa Derridá– no LA familia, sino algo que se llama familia, lazos, diferencias sexuales, relación sexual (incluso allí donde no la hay como diría Lacan), un lazo social alrededor del alumbramiento en todas sus formas, efectos de proximidad, de organización de la sobrevivida, y del derecho».

Quizás es desde aquí desde donde intentaría aproximarme al Edipo. Me gustaría empezar llamando Edipo a ese «algo» que siempre existirá.

Me propuse leer qué se fue diciendo sobre el Edipo en los últimos diez o quince años. Intenté un recorrido por fuera de Freud, Klein y Lacan. Y encontré alguna lógica que me permite organizar mi pensamiento. Hay una tensión entre dos modos de pensar el Edipo: están aquellos que lo piensan desde una *lógica del descubrimiento* y aquellos otros que lo piensan desde una *lógica de la invención*.

En esa tensión entre *descubrimiento e invención*, se ubican gran parte de los desarrollos que producen y las conclu-

¹ Derrida, J. y Roudinesco, E. (2001) *Y mañana que...*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

siones a las que arriban. Si el Edipo está, para un autor, del lado del descubrimiento, se torna *verdad*, a veces demasiada verdad. Si en cambio el Edipo se sitúa, para otro autor, del lado de la invención, adquiere más relieve el aspecto *conjetural*. Por momentos, demasiado conjetural.

En lo personal –y con esto pretendo ir tomando una posición–, entiendo que en los extremos de dicha polémica, habita el mayor obstáculo. La potencia revolucionaria, paradigmática, la cualidad de ruptura, de estallido que el Edipo trajo como agua fresca al pensamiento de finales del siglo XIX y comienzos del XX, esa potencia –decía– habita en poder pensar el Edipo «entre» descubrimiento e invención, donde lo esencial se observa en la categoría de «entre».

Entre descubrimiento e invención, podría ser también, entre ciencia y arte, más allá de las cuestiones que sitúan cada descubrimiento científico, en última instancia, como creación.

En el ámbito de la ciencia, este tipo de cuestiones se denominan *contextos del conocimiento científico* y tradicionalmente se dividían en dos: *contexto de descubrimiento* y *contexto de justificación*. Ambos fueron descriptos por Reichenbach en 1937. Fue Gregorio Klimovsky quien propuso un tercer contexto, el de *aplicación*, ya en 1994.²

Hace algún tiempo, me contaron un cuento, algo así como un chiste de esos medio intelectuales que no causan demasiada gracia pero que me sirve para empezar a decir algo de cómo manejamos las teorías. Dice que en una oportunidad, tres estadísticos van a cazar patos. Al ratito aparece un pato y uno de ellos dispara y la bala pasa medio metro a la izquierda del pato. El otro dispara y la bala esta vez, pasa a medio metro a la derecha del pato. El tercero dice «le dimos, le dimos». Fin del chiste. Yo necesité explicación. Sucede que a los estadísticos les interesan sobre todo las variables promedio. Lo

² Fernandez, H. «La naturaleza de la ciencia y el método científico», Publicación virtual de la Facultad de Psicología y Psicopedagogía de la USAL. Año II, Nro.V, Marzo de 2001.

que queda por fuera de esas variables es desechable. De manera que entre medio metro a la derecha y medio metro a la izquierda, tenemos el centro. La lectura desde ese paradigma, dice que le dieron al blanco.

El problema vendría si esa noche ellos pensaban cenar pato, no sé bien como harían. Las teorías, no siempre dicen acerca de una verdad sino que permiten leer lo que ese paradigma dice que es la verdad.

Hay cuestiones que provienen de un contexto de descubrimiento, que son especulaciones pero que tienen un carácter demostrable en la práctica. Por ejemplo, todos sabemos que Plutón existe. Se descubrió Plutón. Nadie lo tocó pero se lo ha visto de diferentes maneras por las ciencias que lo estudian. Ahora bien, últimamente, la ciencia se pone a discutir si Plutón es un planeta o no lo es, los astrónomos se están matando por dirimir esa cuestión, y eso ha llevado incluso, a que se produjera alguna escisión institucional entre ellos. Cualquier parecido con nuestra realidad es pura coincidencia.

Inconciente, sexualidad infantil, por ejemplo, forman parte, a mi gusto, del contexto de descubrimiento. Son especulaciones que nosotros creemos que están suficientemente demostradas por nuestras prácticas. Diríamos que rozamos bastante algún trozo de verdad. Hay consenso entre los analistas aunque conservemos enormes diferencias en torno a su conceptualización. Ahora bien, ¿y qué del Edipo?

¿Qué de su papel central, estructurante, qué de su universalidad?

Una teoría se crea, se inventa, a partir de algo que se cree descubrir, mientras se intenta desentrañar las condiciones históricas que contribuyeron a su formulación. Habrá luego que *justificar*, saber si lo supuestamente descubierto puede considerarse como conocimiento científico «*objetivo y fundado*» acerca del mundo, y aceptarlo como corpus de la ciencia y si es así, aplicarlo, indagar en la potencia del nuevo pensamiento para transformar la realidad.

Vale preguntarnos cuánto de cómo han cambiado las cosas en el mundo suponen una transformación de algunos núcleos duros de nuestra teoría, cuánto arrastran como un lastre del que cuesta desprenderse.

Veamos un ejemplo. Cuando Freud escribió sobre el Edipo, se encargó de recordarnos aquello de que una madre es absolutamente cierta y un padre absolutamente incierto. Justificó incluso a través de esa teoría, la cuestión de que «la madre» forma parte de la percepción, de lo sensible. Se puede ver, como verdad irrenunciable, que el niño sale de esa madre. Certeza. El padre, en cambio, debe ser supuesto, y el alcance de esa conclusión, supone para Freud un salto de espiritualidad. Un acto inducido por un juicio.

Allí entonces, la madre y la mujer del lado de lo sensible y el padre y el hombre del lado de la razón. Efectos de semejante conclusión llevan a decir a Freud que el hijo, como modo de ostentar ese triunfo del pensar por sobre el sentir, llevará orgulloso el apellido paterno. Se declara hijo de ese padre.

Pero hoy, resulta que las cosas son de otro modo que Freud jamás llegó siquiera a imaginar. El padre ha devenido posiblemente cierto, y al mismo tiempo, un niño puede nacer de por lo menos tres madres. ¿Cuál es la verdadera? ¿La que donó los ovocitos? ¿La que prestó el vientre para portarlo durante la gestación? ¿La que la adopta y lo cría?

«*Se distinguen así –dirá E. Roudinesco– una madre genética, una portadora (o sustituta) y una llamada social*».³

De manera que el imperio de los sentidos, de lo natural, hoy parece haber muerto y lo que vive es la desmesura de lo diverso, lo que no logra ser encasillado, universalizado, garantizado, abriendo a un abanico de posibilidades simbólicas, con lazos más o menos estables, aunque nunca seguros. El Edipo, en suma, ya no viene como antes.

³ Roudinesco, E. (2003) «*La familia en desorden*», Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Invención, descubrimiento

Ubicarse del lado del puro descubrimiento, le permite a J. D. Nasio decir cosas como éstas: «*El Edipo es la piedra angular del psicoanálisis. Es el concepto soberano (el subrayado es del autor) que genera y ordena todos los demás conceptos psicoanalíticos y justifica la práctica del psicoanálisis*». Y continúa: «*¿Qué es el psicoanálisis sino una práctica sostenida por una teoría que concibe al hombre de hoy siguiendo el modelo de la prueba edípica que atraviesan todos los niños cuando deben aprender a refrenar su deseo y atemperar su placer*».⁴

Su convicción absoluta, es a mi gusto, tan sorprendente como estremecedora. Nada para dudar.

Otros, en cambio, intentan un proceso deconstructivo acerca del Edipo.

Me resultó interesante, cómo E. Roudinesco cita a Freud. El fundador habla del Edipo como su «descubrimiento» Sin embargo la autora lo nomina como «invención».

Dice la autora: «*Freud siempre reivindicó esa invención*». Y ahora viene la cita de Freud: «*El descubrimiento del complejo de Edipo bastaría por sí solo para incluir al psicoanálisis entre las preciosas adquisiciones del género humano*».⁵

Continúa Roudinesco: «*Así Freud inventaba el modelo del hombre edípico en el momento mismo que pasaba de una concepción traumática del conflicto neurótico a una teoría del psiquismo inconciente. Una concepción de familia fundada sobre el asesinato del padre por el hijo, la rivalidad de éste con él, el cuestionamiento de la omnipotencia patriarcal y por último la necesidad de que las hijas se emanciparan sexualmente de la opresión materna*».

⁴ Nasio, J. D. (2005) *El Edipo*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2007.

⁵ Roudinesco, E. (2000) *¿Por qué el psicoanálisis?*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2000.

Así, la temática del padre como función de corte, portador de la cultura y del saber, fuente del pasaje de lo sensible a lo espiritual, y la madre, más del lado de la naturaleza y de los sentidos, fueron los grandes componentes de la representación de la familia retomada como herencia por el psicoanálisis.

La autora sostiene que en ese proceso de invención, Freud sometió al texto de Edipo a una torsión: en la tragedia de Sófocles el asesinato del padre es previo al incesto y no está motivado en absoluto por un deseo de Edipo ligado a una rivalidad con el padre.

Por supuesto que Freud se defiende atribuyendo inconciencia a ese acto y condenando al sujeto freudiano a un destino inexorable.

*«La ignorancia de Edipo no es más que una pintura exacta de la inconciencia en la cual se hunde en el adulto, la totalidad del acontecimiento. La sentencia apremiante del oráculo que debe absolver al héroe, es un reconocimiento del carácter implacable del destino que condena a todos los hijos a sufrir el complejo de Edipo».*⁶

El trabajo de Freud para pasar de Edipo a Hamlet, le permite construir mejor el complejo. *«Hamlet se transformó para Freud en la prueba clínica de la existencia de un complejo. Al asociar la tragedia de un destino (Edipo) a una tragedia del carácter (Hamlet), Freud reunió los polos indispensables para la fundación misma del psicoanálisis: la doctrina y la clínica, la teoría y la práctica, la metapsicología y la psicología, el estudio de la civilización y el estudio de la cura».*⁷

Con una escritura clara y contundente, también Ricardo Rodulfo se ubica cercano en este plano de la invención, y ataca con dureza la hipótesis del descubrimiento.

⁶ Freud, S. (1918) «De la historia de una neurosis infantil», Buenos Aires, *Amorrortu Ediciones*, V. XVII, 1976.

⁷ Idem 3.

*«El Edipo se da por un hecho descubierto y descontado, de manera tal que un ponerlo en entredicho ha tendido a visualizarse como un “desvío” antes que como una posición de un psicoanalista.(...) Los psicoanalistas creen en la pureza de los conceptos psicoanalíticos, los conciben dependiendo por entero y solamente del psicoanálisis, depurados de toda infiltración. (El Edipo es...) algo que “está ahí”, en la realidad empírica, presente a sí, sobre todo desde que su “descubrimiento” desenmascarara sus múltiples disfraces. Esto “capacita” hoy a cualquier psicoanalista para ya “saber” que, por ejemplo, “el jefe” es el padre, etc., sin resto de duda».*⁸

Se trata de interrogar el «oficialismo psicoanalítico» que nos habita.

Rodulfo cuestiona, no sólo la universalidad, sino la pretensión de colocarlo como «complejo nuclear», centro único, ombligo del futuro psíquico. *«Ya ningún astrónomo diría que el centro del universo es la tierra y no sólo eso, sino que ningún astrónomo dice que el centro del universo esté en parte alguna, el universo está en expansión, hay agujeros negros, hay múltiples galaxias, fenómenos que ahora recién se están descubriendo, en ninguna parte existe la idea de un centro. La teoría psicoanalítica sigue girando entorno a un centro, el padre, la castración, el Edipo, eso es epistemológicamente muy envejecido, pero tampoco es cuestión de sacar de ahí lo edípico para poner otra cosa, no se trata de eso, de lo que se trata es de que no tiene que haber centro. La teoría psicoanalítica debería descentrarse y entonces, el mito de Edipo sería un elemento más en un conjunto descentralizado».*⁹

En esa línea, entre nosotros, desde una perspectiva vincular en psicoanálisis, también han surgido muchos cuestionamientos a la teoría del Edipo como articulador central y absoluto de los malestares del sujeto. Quizás este fragmento de Cristina Rojas refleje algo de lo mucho que se ha dicho en esa dirección:

⁸ Rodulfo, R. (2004) *Psicoanálisis de nuevo*, Eudeba, 2004.

⁹ Idem.

«A nivel del psiquismo del sujeto una perspectiva compleja lo figura como psiquismo multidimensional, donde junto al eje del deseo articulado en el Edipo y la sexualidad, se juegan otros, como los ligados al narcisismo y agresión y a la autoconservación. No hay pues un centro único del cual se desprenderían como ramas de un tronco todos los otros, sino diversidad de ejes: descentramiento que no elimina la sexualidad sino que complejiza el psiquismo. Este deviene heterogéneo, constituido por múltiples sistemas a su vez complejos, y sus interjuegos».¹⁰

Quizás es en Silvia Bleichmar donde encuentro uno de los pensamientos más lúcidos respecto del Edipo, llevando al límite la tensión entre descubrimiento e invención, con un despliegue de ideas verdaderamente nuevas que —estimo— serán materia de trabajo para el psicoanálisis durante mucho tiempo.

Silvia Bleichmar piensa al Edipo como un acierto pero también como impasse, ya que más allá de constituirse como un eje ordenador de las relaciones de amor con el semejante, debe ser desligado de las formas que la subjetividad fue tomando a finales del siglo XIX y comienzos del XX.

«El modelo de familia que conocemos está en mutación; nos vemos enfrentados a nuevas formas de engendramiento y procreación, desconocidas hasta la actualidad. Rota la relación entre procreación y sexualidad, no hay ninguna razón para que la gente tenga hijos, salvo porque quieren, por angustia de muerte, por el deseo de trascendencia o por la necesidad de amar a otro. Edipo...da cuenta de un modo de constitución de la subjetividad históricamente determinado que debe ser desprendido de los elementos de universalidad que guarda: asimetría sexual y simbólica del niño y del adulto, prematuración de la cría humana como efecto de la presencia de la sexualidad inconciente del adulto, ligazón amorosa al adulto como forma de reengarzamiento y sublimación del deseo pulsional».¹¹

¹⁰ Rojas, M. C. (2007) «El complejo de Edipo revisitado», *Pensando lo vincular*, Cuadernillo Nº 1, A.A.P.P.G., 2007.

La potencia de la tensión entre descubrimiento e invención, radica en que para Silvia, el descubrimiento se sitúa del lado de la parasitación sexual y simbólica del adulto sobre el niño. Hace de la asimetría fundante y de las condiciones de crianza un eje crucial, me atrevería a decir, allí sí, universal. De esta forma, enuncia la hipótesis más fuerte que se ha producido en los últimos años sobre el Edipo y con la brillantez de su pensamiento y de su pluma, afirma:

*«Siendo el niño parasitado sexual y simbólicamente por el adulto en la medida que éste introduce formas de la sexualidad en todos los cuidados precoces que le brinda, el complejo de Edipo debe ser reinventado haciendo girar la flecha con la que Freud lo había pensado. Podemos reformular el Edipo como estructura fundante –y más allá de las formas históricas que asume– como la prohibición que toda cultura ejerce respecto a la apropiación del cuerpo del niño como lugar de goce del adulto. Esta conceptualización sostiene lo central de la prohibición en el interior de la asimetría sexual y simbólica inter-generacional, reubicando al mismo tiempo el carácter fundante de la prohibición como lugar generador del fantasma infantil».*¹²

Por supuesto, no es la misma hipótesis que la de Nasio. Para él, *«Todos los niños, independientemente de sus condiciones familiares y socioculturales, viven esa fantasía universal del complejo de Edipo. Ya sea hijo de una familia clásica, de una monoparental, o de una reorganizada, ya sea que esté creciendo en el hogar de una pareja homosexual y hasta si se trata de un niño abandonado, huérfano o adoptado, ningún niño escapa al Edipo».*¹³

La torsión extraordinaria relanza el Edipo no ya del lado de aquello a lo que ningún niño escapa, sino a aquello de lo que los adultos debemos acotar de goce para que la subjetividad humana pueda advenir.

¹¹ Bleichmar, S. (2006) *Paradojas de la sexualidad masculina*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

¹² Idem.

¹³ Idem 4.

A Silvia Bleichmar le gusta la idea de la universalidad, aun cuando entiende la tensión entre ésta y los movimientos singulares de apropiación y metabolización de lo vivido.

«El Edipo nos homogeneiza, y el ingreso a la cultura no pasa ya por la técnica, por la creación artística, por la confianza en Dios, o por los modales de la mesa: basta con tener la prohibición del incesto y con ello somos todos tan humanos como el mejor.

*Ello constituye su aporte pero tal vez también su mayor lastre, cuando el afán de universalidad hace perder de vista que el psicoanálisis se instituye sobre el horizonte de la búsqueda de determinación de las legalidades psíquicas pero que al mismo tiempo, es imposible su implementación en la determinación de fenómenos si no es a partir del reconocimiento de la singularidad».*¹⁴

Lejos, irremediamente lejos de la absolutización que por momentos tomaba el Edipo para el fundador, cuando sostenía que *«los prototipos filogenéticos que el niño aporta al nacer son precipitados de la historia de la civilización humana. El complejo de Edipo es uno de ellos».*¹⁵

Entre nosotros, en nuestra institución, varios autores cuestionaron la universalidad del tabú del incesto desde la ley paterna. Algunos asignaron un valor estructurante al complejo fraterno. En un detallado estudio, Rubén Dimarco, Lucrecia Riopedre y Mariana Sonogo dan cuenta de esos recorridos teóricos. Dicen:

«Algunos autores se interrogan por la relevancia que adquirió en el psicoanálisis el estudio del mito de Edipo que daría cuenta de las relaciones de verticalidad, en comparación con otros como el mito de Antígona que explicarían las de horizontalidad (Czernikovsky, E., 2003). El complejo fra-

¹⁴ Bleichmar, S. (2004) «Qué permanece de las teorías para la práctica actual», Seminario, Clase 1, del 12-4-04. En: www.silviableichmar.com

¹⁵ Idem 6.

terno es un lazo que para ser instituido requiere organizarse a pesar del padre, o más allá del padre, y no por prescripción paterna. (Berlfein, E., 2003). Lo fraterno y lo paterno pensados desde el Edipo, se relacionan con la legalidad de la prohibición, pero si se piensa lo fraterno como lo vincular por excelencia, la prohibición del incesto será sólo una manera entre otras utilizada para velar imaginariamente el vacío vincular. (Matus, S., 2003)¹⁶

La idea de un aparato psíquico abierto con la posibilidad de nuevas marcas obliga a la reformulación de muchos conceptos. El enamoramiento ya no es pensable sólo como reedición estereotipada de experiencias infantiles sino también como experiencia inédita que produce cambios en el posicionamiento subjetivo. *Desde esta concepción, el Edipo sería «una marca, un registro que hace corte en el flujo». La lógica del Edipo sería imprescindible para la constitución subjetiva y vincular, pero no alcanzaría a explicarla. «Ambas no son sin Edipo aunque luego deban prescindir de él». (Makintach, A., 2002)¹⁷*

Falocentrismo y sexualidad femenina

Si pensar al Edipo como centro único provoca polémicas; si la tensión entre descubrimiento e invención, más acá o más allá de la pretensión de universalidad genera fuertes controversias, los alcances de la noción de Edipo se encuentran con uno de sus obstáculos más grandes cuando se trata de las consecuencias que sus teorizaciones traen a la sexualidad femenina. En este punto y en la temática de la castración se juegan las batallas más difíciles ya que se producen los cuestionamientos fundamentales a la teoría del Edipo.

Es enorme el esfuerzo que deben hacer los diferentes autores para cuestionar los instituidos más brutales, los impensa-

¹⁶ Dimarco, R.; Riopedre, L.; Sonego, M. (2004) «El complejo de Edipo en los vínculos». *Pensamiento vincular, un recorrido de medio siglo*. Buenos Aires, A.A.P.P.G., 2004.

¹⁷ Idem.

bles más disciplinarios, las máximas tan defendidas. Uno lee a autores apasionados, con frases en las que se los ve enojados, ofuscados, rabiosos.

*«Edipo nos hace descubrir –dice lúcidamente R. Rodolfo– no la prehistoria del niño ni ningún sujeto originario, sino una vetusta pero activa red mítica donde la imago de la mujer madre es asimilada a una Naturaleza devoradora y peligrosamente arcaica, tirando hacia sí a los hijos con su deseo, destino de muerte y psicosis si no interviene un VII Regimiento paterno salvador. Esta red mítica, que justifica religiosamente –es decir, en lo político– la dominación y la explotación ejercida sobre el género femenino, es del todo previa al (complejo de) Edipo, pero no es “pre”-edípica. Metastasia el concepto y le impone sus modos de lectura de la diferencia sexual. Preso de este esquema binario, el concepto del (complejo de) Edipo no puede procesar la diferencia sino haciéndose cómplice del falocentrismo más habitual».*¹⁸

E. Roudinesco se suma en esta dirección. *«Freud sostiene la tesis de un monismo sexual y una esencia masculina de la libido. En esta perspectiva de una libido única, apoyada en las teorías sexuales inventadas por los niños, mostraba que en el estadio infantil la niña ignora la existencia de la vagina y considera el clítoris como un homólogo del pene. La sexualidad de la niña se organiza alrededor del falicismo. A partir de 1920 esta tesis freudiana fue objeto de impugnaciones de los kleinianos, quienes criticaron y con justa razón, la extravagante hipótesis de la ausencia en la niña de la sensación de la vagina y opusieron una concepción dualista a la noción de libido única».* La hipótesis freudiana, insisto, le resulta a la autora, extravagante. Pero no es lo único. *«Según Freud, para alcanzar su plena madurez sexual, la mujer debe renunciar al placer clitoridiano en beneficio de su placer vaginal. ¿Por qué una tesis tan extravagante? La mujer bajo la forma de madre es excluida por Freud de la escena original del asesinato del padre, cuyo motivo era ella. Y por esa razón además, puede convertirse en la esposa del hijo en la familia*

¹⁸ Idem 8.

*monógama edípica. Pero con la condición de renunciar a ese clítoris infernal, fuente de misticismo o delirio. Ese renunciamiento tiene su corolario en el destino masculino. Pues para ser civilizado y satisfacer a la mujer, el hombre freudiano debe controlar la sexualidad salvaje que ha heredado del padre de la horda y aceptar la declinación de su antiguo poder».*¹⁹

Tenemos entonces, el doble modelo de un Edipo hamletizado. Así, el incesto y el crimen se repiten en el drama de un sujeto con inconciente y con conciencia de culpa. La familia edípica intenta revalorizar simbólicamente a un padre en decadencia. Así, el sujeto edípico, lejos de aferrarse al pasado, podrá separarse y acceder a cierta autonomía. Ello construye una teoría de la sexualidad femenina, «extravagante» para E. Roudinesco, «curiosa» para J. Laplanche. En un reportaje realizado por Oscar Sotolano, dice:

*«Yo pienso que esta teoría de la sexualidad femenina es curiosa, en el sentido de que finalmente está centrada sobre la sexualidad masculina, está enteramente centrada sobre el problema de la castración, y que, como dice Freud, finalmente el pasaje a la vagina se hace por una vuelta muy complicada por el complejo de castración, por el deseo del pene, por el deseo infantil, una teoría absolutamente falocéntrica».*²⁰

Castración, diferencia, diversidad

Laplanche remarca el uso de dos palabras en Freud para significar diferencia y diversidad. *Unterschied*, es decir diferencia, y *Verschiedenheit*, es decir, diversidad. Señala que Freud habló de la diferencia de los sexos en el marco de una lógica binaria en la cual *Unterschied* es falo o no falo. La idea de *Verschiedenheit*, en cambio, abre sobre la diversidad; es decir que la *Verschiedenheit* puede producirse entre dos

¹⁹ Idem 3.

²⁰ Laplanche, J. (1992) «Reportaje a Jean Laplanche realizado por Oscar Sotolano», *Revista A.E.A.P.G.*, Nº 18, 1992.

términos pero también entre tres o más términos. Señala Laplanche que si tomamos los colores, hay diversidad (blanco, verde, azul). Pero si utilizamos una clasificación binaria, diríamos que lo que existe en el mundo es, por ejemplo, verde o no verde, y esto sería entonces *Unterschied*. *Se trata entonces de pensar en diferencia o diversidad sexual.*

El esquema clásico freudiano llevaría así para Laplanche a una lógica que anularía la posibilidad de pensar en diversidad sexual más allá del eje de la castración.

Nos dice: «*Pienso que es en efecto muy curiosa, y usted sabe que de entrada en el movimiento psicoanalítico hubo muchas discusiones alrededor de este punto, junto con la discusión acerca del conocimiento o el no conocimiento de la vagina en la niña (13). Cuando digo que allí hay una hipoteca de la oposición fantasía/realidad, es que esta discusión está centrada sobre un problema de percepción real: si la niña percibe o no el hecho de que tiene una vagina. Pienso que la categoría de agujero, es decir la categoría de la penetración, es un significante en parte entero, y no simplemente el negativo del pene*». ²¹

Abre así, a uno de los debates más fuertes, de los problemas más complejos que existen para el psicoanálisis, sobre todo después de Lacan, y es el problema de la castración. Quizás para Lacan, la castración sea más universal incluso que el propio Edipo. Para acceder a un fin de análisis, el sujeto debe «*alcanzar y conocer el campo y el nivel de la experiencia del desasosiego absoluto, a nivel del cual la angustia ya es una protección*» porque le permite «*tocar qué es y qué no es*». ²² Descubrir, en otras palabras, su ser para la muerte. Con este marco de referencia la función analítica será precisamente, la de ir más allá del Edipo: llegar al límite de la experiencia del deseo.

²¹ Laplanche, J. (2000) *Entre seducción e inspiración: el hombre*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2001.

²² Lacan, J. (1963) *Seminario X. La Angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

*«La castración –dirá Laplanche– es primeramente una teoría sexual infantil que recibió su forma canónica de sus coautores (Hans y Sigmund) y que permite traducir enigmas y mensajes enigmáticos en forma manejable. Esta teoría de Hans y Sigmund, será trasmutada, por decirlo así, en mito psicoanalítico con el destino que sabemos: habiendo empezado por ser una teoría de la génesis de los sexos, se transfigurará en la idea de una castración operada entre la madre y el hijo y más generalmente aún, la castración pasará a ser de manera perfectamente metafísica un simple modo de hablar para decir “finitud”». Y termina diciendo, apasionadamente: «Por mi parte... me niego definitivamente a enrolarme en la verdad de la “teoría de la castración”, aún sostenido por el shibboleth de un complejo de Edipo que ha dejado de ser canónico y donde las variaciones constituyen tal vez su interés primordial».*²³

Recuerdan ustedes la mención freudiana al «shibboleth». Freud recordaba que no se trataba del significado de la palabra (que quiere decir espiga), sino de la imposibilidad que tenían los extranjeros de pronunciarla correctamente. Así, los que no podían pronunciarla, eran detenidos o degollados.

Esperemos que lo nuestro no sea para tanto.

También Silvia Bleichmar, aunque con menos énfasis, pareciera negarse a enrolarse.

*«Del lado del niño lo que está en juego en estas etapas (pre-edípicas) no es la castración sino la dialéctica vida muerte: perder el amor de la madre pone en juego el aniquilamiento del sujeto, equivale a ser expulsado del universo de protección que conlleva el des-auxilio total (Hilflosigkeit). El descubrimiento freudiano de la angustia de castración se revela insuficiente para analizar hoy a nuestros pacientes y la reducción de cualquier angustia narcisista a esta última se muestra empobrecedora y pliega nuestro trabajo sobre enunciados repetidos».*²⁴

²³ Idem 20.

No le alcanza a Silvia en su clínica, la teoría del Edipo. A Nasio, parece que sí. *«Sólo puedo comprender el sufrimiento que escucho de boca de mis pacientes adultos, suponiéndoles deseos, ficciones y angustias que habrían vivido en la edad edípica. Cada vez que trato a un paciente con el a priori teórico del Edipo y la fantasía que se desprende de él, mis intervenciones resultan pertinentes, es decir, el paciente mismo la valida en retrospectiva».*²⁵

Tampoco pareciera alcanzarle a Joyce McDougall: *«Narciso desempeña un papel más importante que el de Edipo, en cuanto a la dilucidación de las perturbaciones más profundas de la psique humana. La supervivencia psíquica ocupa un espacio más fundamental en el inconciente que el conflicto edípico, hasta el punto que para algunos el sufrimiento ocasionado por los derechos y deseos sexuales puede aparecer como un lujo».*²⁶

Que la teoría de la castración deje de ser pensada como una vicisitud del desarrollo para ser concebida como el modo en que los sujetos nos posicionamos ontológicamente frente a la incompletud y la falta, implica un salto de innumerables consecuencias teóricas y clínicas. Por un lado, complejiza al psicoanálisis al poner de relieve la imposibilidad de la completud y de la satisfacción plena de los deseos, pero al mismo tiempo propone una absolutización de la mirada clínica, un apelmazamiento de las variables en juego tanto en el aspecto teórico como clínico. Al hacer pivotear toda la teoría haciendo centro en la noción de «falo» alrededor del cual se sitúan todos los objetos de deseo, *«arrastra con ello todo el concepto freudiano de sexualidad ampliada que es de hecho pregenital en el niño aun cuando esté atravesado por la genitalidad del adulto».*²⁷

²⁴ Idem 11.

²⁵ Idem 4.

²⁶ McDougall, J. (1978) *Alegato por cierta anormalidad*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

²⁷ Idem 14.

Desde la clínica, propone una monocausalidad interpretativa que hace pivotar el análisis alrededor de «acotar *el goce*» y «*asumir la falta*», con la pérdida de densidad que eso conlleva. También sería necesario pensar cómo queda empobrecido el concepto de alteridad si todo aquello que tenga que ver con la diferencia es pensada en torno a la diferencia anatómica de los sexos. Desde esa perspectiva, no hay modo de pensar en la homosexualidad como otra cosa que perversión en tanto desmentida de la castración, cuando la clínica de los pacientes homosexuales desmiente (lo digo adrede) en la gran mayoría de los casos esa hipótesis.

Silvia Bleichmar sostiene que el descubrimiento de la prohibición del intercambio de goce entre el niño y el adulto no puede seguir denominándose «nombre del padre», «*que es en última instancia el modo en que se definió la implementación de la ley edípica en el interior de la familia patriarcal burguesa de Occidente. Esto va acompañado por la asimilación del concepto de estructura del Edipo a la forma que asume en este mismo modelo de familia. ¿Quién puede hoy afirmar sin ruborizarse que es necesario un padre y una madre para garantizar la salud psíquica de un niño?*»²⁸

La potencialidad de esta conceptualización, se torna herramienta eficaz –siguiendo un pensamiento de Raquel Bozzolo– «*dejando las cosas planteadas en término de corte y sostén. Se desprende así del lastre ideologizante familiarista*». ²⁹

Pues bien: ¿qué queda del Edipo despejado su horizonte hegemónico? ¿Qué queda, alejándose del falocentrismo y de la absolutización de la teoría de la castración como entidad ontológica?

¿Qué queda del Edipo más allá de la familia del 900 con sus certezas alrededor de la maternidad, del intento de revitalizar a un padre que ya había perdido su lugar de predominio?

²⁸ Idem.

²⁹ Bozzolo, R. (2007) «El complejo de Edipo revisitado». *Pensando lo vincular*, Cuadernillo N° 1, A.A.P.P.G., 2007.

¿Qué queda hoy, en la diversidad más absoluta de lazos sociales inmersos en ese «algo» que podemos llamar «familia»? ¿Queda acaso algo de universalidad posible? ¿Y qué del descubrimiento, ese que le hizo decir a Freud impactado por su implicación, aquello de «...he descubierto en mí como por otra parte en todos, sentimientos de amor hacia mi madre y de celos contra mi padre...»?³⁰

Sin duda quedan cosas. Creo que lo crucial es la asimetría fundante. Creo verdaderamente que lo humano se funda en un fondo vincular con otro humano y es en esa asimetría –a mi gusto no negociable– donde algo de lo sexual comenzará a instalarse. Ese «*siempre habrá algo alrededor del nacimiento...*» al que apuntaba Derridá en el comienzo de mi trabajo.

Y es ese el punto central del «descubrimiento freudiano». Algo de un lazo entre alguien que cría y alguien que nace fundará sexualidad en el naciente y familia entre ellos y algunos otros que circulen por allí. Todos atravesados por esa novedad que incluyera Silvia Bleichmar como parte central, como nueva cláusula que formaría parte del contrato narcisista. Ese lugar de sexualidad deberá ser fundado para pasar a ser prohibido. En ese contexto se irán dando las identificaciones, los lazos de amor y odio, lo permitido y lo prohibido, mucho más allá de los lazos de sangre.

Y Edipo está junto a otros ejes. Lo autoconservativo, el narcisismo, Edipo, castración, complejo fraterno. Todo ello, armará una infancia y un niño con historia y porvenir. Y esa infancia no puede ser un dato menor, aunque no determine necesariamente el futuro.

Así, el Edipo queda delineado como una configuración vincular, en una trama compleja donde los términos relativos pierden todo lugar central, donde las relaciones asimétricas conviven con las horizontales, donde el juego entre lo permitido y lo prohibido circula entre todos los protagonistas de la escena.

³⁰ Freud, S. (1896) Carta 71 del 15 de Octubre de 1897, *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*, Buenos Aires, *Amorrortu Editores*, T. I., 1976.

Podría llamarse de otro modo, sin embargo, me gusta llamar Edipo a todo eso.

Bibliografía

- Bleichmar, S. (1988) *La Fundación del Inconciente*, Buenos Aires, Amorrortu Ediciones, 1993.
- Bleichmar, S. (2004) «Qué permanece de las teorías para la práctica actual», Seminario, Clase 1, del 12- 4-04.
En: www.silviableichmar.com
- Bleichmar, S. (2006) *Paradojas de la sexualidad masculina*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Bozzolo, R. (2007) «El complejo de Edipo revisitado», *Pensando lo vincular*, Cuadernillo N° 1, A.A.P.P.G., 2007.
- Derrida, J. y Roudinesco, E. (2001) *Y mañana que...*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Dimarco, R.; Riopedre, L.; Sonego, M. (2004) «El complejo de Edipo en los vínculos», *Pensamiento vincular, un recorrido de medio siglo*, Buenos Aires, A.A.P.P.G., 2004.
- Fernández, H. «La naturaleza de la ciencia y el método científico», Publicación virtual de la Facultad de Psicología y Psicopedagogía de la USAL. Año II., Nro. V., Marzo de 2001.
- Freud, S. (1918) *De la historia de una neurosis infantil*, Buenos Aires, Amorrortu Ediciones, Tomo XVII, 1976.
- Freud, S. (1909) A propósito de un caso de Neurosis Obsesiva, Buenos Aires, Amorrortu Ediciones, Tomo X, 1976.
- Freud, S. (1924) Presentación Autobiográfica, Buenos Aires, Amorrortu Ediciones, Tomo XX, 1976.
- Freud, S. (1925) Inhibición, Síntoma y Angustia, Buenos Aires, Amorrortu Ediciones, Tomo XX, 1976.
- Freud, S. (1896) Carta 71 del 15 de Octubre de 1897, «Fragmentos de la correspondencia con Fliess», Buenos Aires, Amorrortu Editores, T. I, 1976.
- Lacan, J. (1963) *Seminario X. La Angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Laplanche, J. *Problemática II*, «Castración, simbolizaciones», Seminario del 5 de noviembre de 1974, Amorrortu Editores, 1988.
- Laplanche, J. (1992) «Reportaje a Jean Laplanche realizado por Oscar Sotolano», *Revista A.E.A.P.G.*, N° 18, 1992.
- Laplanche, J. (2000) *Entre seduc-*

- ción e inspiración: el hombre*, Buenos Aires, Amorrortu Ediciones, 2001.
- McDougall, J. (1978) *Alegato por cierta anormalidad*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- Nasio, J. D. (2005) *El Edipo*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2007.
- Rodulfo, R. (2004) *Psicoanálisis de nuevo*, Eudeba, 2004.
- Rojas, M. C. (2007) «El complejo de Edipo revisitado». Pensando lo vincular, *Cuadernillo Nº 1*, A.A.P.P.G., 2007.
- Roudinesco, E. (2000) *¿Por qué el psicoanálisis?*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2000.
- Roudinesco, E. (2003) *La familia en desorden*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Waisbrot, D. (2002) *La alienación del analista*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- Waisbrot, D.; Wikinski, M. y otros (2003) *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- Waisbrot, D. (2008) «Lecturas actuales del complejo de Edipo», *Actas II Congreso de Psicoanálisis de las configuraciones vinculares*, Buenos Aires, Mayo de 2008, A.A.P.P.G.

Resumen

El autor se propone revisar qué se fue diciendo en el movimiento psicoanalítico sobre el tema del Edipo en los últimos diez o quince años, más allá de los textos consagrados de S. Freud, Melanie Klein y J. Lacan. Abunda en referencias sobre textos de Silvia Bleichmar, Ricardo Rodulfo, Elizabeth Roudinesco, David Nasio, Joyce McDougall, Jaques Derrida y Jean Laplanche entre otros. Encuentra una tensión entre diferentes lógicas para pensar el Edipo, ya sea desde una lógica del descubrimiento o desde una lógica de la invención.

Plantea junto a dichos autores, una revisión del tema desde las nuevas configuraciones familiares de estos tiempos, preguntándose qué queda del Edipo despejado su horizonte hegemónico. Trabaja en derredor del tema del falocentrismo,

la sexualidad femenina y la cuestión de la castración. Plantea pensar el Edipo como una configuración vincular.

Summary *Oedipus after Oedipus. Today's lanes in Psychoanalysis*

The author wants to check up what it was said in the psychoanalytic movement about Edipus topic during the last ten or fifteen years, apart from S. Freud, Melanie Klein and J. Lacan devoted texts. It has many references about texts of Silvia Bleichmar, Ricardo Rodulfo, Elizabeth Roudinesco, David Nasio, Joyce McDougall, Jacques Derrida and Jean Laplanche among others. He is able to find a tension between two different logics to think about Edipus, either from a Discovery Logic or from an Invention Logic.

He suggests the mentioned authors revising the topic together, from the new familiar configurations of our times, wondering what it is left from the clear Edipus of its hegemonic horizon. He works about the topic of phallocentrism, female sexuality and castration. He suggests thinking about Edipus like a well connected configuration.

Résumé

L'auteur se propose de reviser ce qu'a été dit dans le mouvement psychanalytique au sujet de l'OEdipe le long des 10 ou 15 dernières années, au-delà des textes consacrés de S. Freud, Melanie Klein et J. Lacan. Il emprunte de nombreuses citations à auteurs comme Silvia Bleichmar, Ricardo Rodulfo, Elizabeth Roudinesco, David Nasio, Joyce McDougall, Jacques Derrida et Jean Laplanche, parmi d'autres. Il trouve une tension entre de différentes logiques pour penser l'OEdipe, soit à partir d'une logique de la découverte, soit à partir d'une logique de l'invention.

Il propose, avec ces auteurs, une révision de la question à l'égard des nouvelles configurations des familles actuelles, et se demande que reste-t-il de l'OEdipe dégagé de son hori-

zon hégémonique.

Il travaille autour du sujet du phallogentrisme, la sexualité féminine et la question de la castration.

Il propose penser l'OEdipe comme une configuration de lien.

Resumo

O autor propõe rever o que foi sendo dito no movimento psicanalítico sobre o tema do Édipo nos últimos 10 ou 15 anos, mais além dos textos consagrados de S. Freud, Melanie Klein e J. Lacan. Abunda em referências sobre textos de Silvia Bleichmar, Ricardo Rodulfo, Elizabeth Roudinesco, David Nasio, Joyce McDougall, Jaques Derrida e Jean Laplanche entre outros. Encontra uma tensão entre diferentes lógicas para pensar o Édipo, seja partindo de uma lógica do descobrimento ou de uma lógica da invenção.

Formula, junto aos mencionados autores, uma revisão do tema a partir das novas configurações familiares destes tempos, perguntando que fica do Édipo uma vez despejado o seu horizonte hegemônico. Trabalha ao redor do tema do falocentrismo, da sexualidade feminina e da questão da castração. Propõe pensar o Édipo como uma configuração vincular.

Palabras clave: diferencias lógicas, descubrimiento, invención, complejización, diversidad.

Key words: logical differences, discovery, invention, complexness, diversity.

Lo obsceno: su implicancia en la clínica vincular ¹

Norberto Inda ² *

Alejandra Makintach **

Gloria Mendilaharzu ***

Sara Moscona ****

Marta Nusimovich *****

- ¹ Este trabajo fue presentado como taller en el II Congreso de Psicoanálisis de las Configuración Vinculares, mayo de 2008
- ² Durante el año 2006 la Lic. Elena Berlfein participó de nuestros encuentros de trabajo.
- (*) Licenciado en Psicología. Miembro Adherente AAPPG. Docente IPCV.
Av. Santa Fe 5380, 7º «E» (1425) Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Tel.: 4772-6279 - E-mail: ninda@telecentro.com.ar
- (**) Licenciada en Psicología. Miembro Activo de AAPPG.
Arenales 3763, 1º «4», Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Tel.: 4831-6026 - E-mail: alemakin@gmail.com
- (***) Licenciada en Psicología. Miembro Adherente de AAPPG.
Luis María Campos 1151, P.B. «7» (1426) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel.: 4771-6654 - E-mail: gloriabarro@fibertel.com.ar
- (****) Licenciada en Psicología. Miembro Titular de AAPPG. Miembro Didacta de APdeBA
Bacacay 3251 (1406) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel.: 4612-9981 - E-mail: mosconasa@yahoo.com.ar
- (*****) Licenciada en Psicología. Miembro Adherente de AAPPG.
Avenida Rivadavia 1823, Piso 5 «B» (1033) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel.: 49530205 - E-mail: mnusimovich@fibertel.com.ar

*«Venimos de una escena
en la que no estuvimos
El hombre es aquel a
quien le falta una imagen.»*

Pascal Quignard, *El sexo y el espanto*

Las recurrentes consultas vinculares por infidelidad se convirtieron en un disparador privilegiado que permitió abordar cuestiones que, como analistas, se nos tornaban de difícil resolución.

Indagando acerca de esta dificultad, nos topamos con una sensación de incomodidad compartida, que a veces llegaba a los bordes de la impotencia. Advertimos que en gran medida esta sensación proviene de lo que coincidimos en considerar cierto de grado de obscenidad en la presentación de la escena que se despliega en el dispositivo del que formamos parte.

Lo obsceno, del latín «obscenus», indecente, en el ámbito teatral, remite a situaciones que están o deben estar «fuera de la escena». Se trata de relatos o interacciones de extrema crueldad y/o sexualidad exhibidas, que si bien son importantes en la trama, no debieran ser mostradas; es el espectador el que las infiere.

En los dispositivos vinculares, esta cuestión adquiere singular relevancia, no sólo por su eventual connotación de escena primaria, sino por el arrastre dramático y los elementos persecutorios e histerógenos que allí operan. Advertimos que en gran medida esta sensación es atribuible a lo que coincidimos en considerar cierto grado de obscenidad en la presentación de la escena que se despliega en el dispositivo del que formamos parte.

Lo obsceno alude a cuestiones diversas y, con relación a la singularidad de cada caso, problematiza al analista y promueve las más variadas intervenciones. Así es como en ciertas situaciones, la circulación de algunas palabras de corte procaz y con cierto valor alucinógeno, pueden llegar a violentarnos.

Otro tanto acontece no sólo por la terminología en sí, sino por el sentido con que ésta es empleada, o por la forma en que es expresada, a través de gestos, posturas, tonos.

Cinthia y Augusto solicitaron una posible terapia de pareja. Llamó ella diciéndole al terapeuta: *«haber sido engañada por mi marido es tan terrible como la muerte de mi padre»*.

En las primeras entrevistas dramatizan una escalada de reproches.

A: *(manteniendo su sonrisa pétrea) Me evita siempre, jamás se acerca, nunca una cosa cariñosa...y ahora se agarró del suceso objetivo.*

(No se miran, ambos se dirigen al terapeuta)

C: *Imagínese lo difícil, por no decir imposible que es para mí acercarme a un cuerpo que estuvo con otra, hace poco y quizá cuantas veces...no sé si esto es superable, tampoco me parece que puedo separarme...él se olvida fácilmente de las cosas...la vez que lo busqué para algo íntimo me dice que no...*

A: *Se olvida decir que eso fue hace ocho años...*

C: *A pesar de que siempre sospeché de sus actividades, siempre me dio argumentos, pero lo de marzo es algo objetivo, un hotel alojamiento, una marca en la tarjeta y no fue conmigo...Nunca me dio un lugar como su esposa. El e-mail donde la secretaria de él le manda un texto con pijas, penes, gozar. ¿Cómo le manda eso a él?*

A: *Ese mail está dirigido a un grupo grande en el que yo estoy incluido. No es dirigido a mí solo.*

C: *¿Cómo una secretaria está autorizada a hablarle al jefe de pijas, de coger...qué tiene que ver que sea un grupo?*

A: *No sé si por eso me propuso esta semana ir a los swingers.*

C: Claro, como sos tan abierto, para que todo sea entendible, si en una reunión tu empleada hace esto... (Se incorpora, se toma los pechos con las manos y los hace saltar).

El analista asiste anonadado a esta escena. Se pregunta ¿cómo y por qué la paciente se autoriza a hablar en estos términos en la primera entrevista? ¿Cómo ella hace lo mismo que denuncia?

Es como si hubiera algo crudo, no elaborado, sin el velo de la represión.

¿Cómo rehusarse a esa propuesta sin quedar ubicado como moralista crítico, o como cómplice, legitimando esta exhibición?

¿Podemos considerar que la puesta en escena tan prematura de su problemática es signo de gravedad?

El analista se siente desinvertido como Otro, y obstaculizado para ejercer su función.

¿Transfieren en él lo que ocurre entre ellos a fin de encontrar otra escena posible?

¿Apelan a la ley para que se ejerza la interdicción?

Nos preguntamos hasta qué punto podría resultar el dispositivo mismo favorecedor de la emergencia de este tipo de material.

Una de las consideraciones que al respecto surgió fue la relativa a la consigna. La consigna que promueve la libre asociación al modo del dispositivo *individual* resultaría contradictoria con la molestia que suele ocasionar la emergencia de cierto material calificado de obsceno. Su impacto, a veces, nos deja sin palabras en lo que podría ser interpretado como complicidad exponiéndonos a intervenciones impregnadas de moralinas superyoicas. Asimismo nos enfrentan con cuestiones que atañen a la ética del analista, su implicancia y responsabilidad.

Pensando acerca de los límites y alcances del dispositivo de pareja, convinimos que no resulta operativo intentar establecer principios generales. Estar atentos a lo que acontece en el caso por caso conduce a intervenir cuando la situación así lo requiere. Con respecto al encuadre y al contrato de trabajo, pensamos una operatoria que incluya consignas en situación, y cuya eficacia, justamente vincule con la inmanencia de su enunciación en diferentes momentos, más que al haberla transmitido en el comienzo del tratamiento. Las consignas, entonces, serán obra de una construcción del analista atento a los vaivenes transferenciales.

Nuestra experiencia ilustra que, en un dispositivo *individual* resulta menos problemático operar con el impacto de lo obsceno. Tal vez sea la situación de deprivación sensorial la que facilita el desplazamiento metafórico y así nos permite darle otro sentido a lo que se nos va presentando. Justamente, éste es uno de los motivos que llevó a Freud a instalar el dispositivo del diván para sustraerse y acotar el campo de la seducción de las histéricas y poder así apostar a la palabra como recurso simbólico.

Ni la dramática ni la escena son agregados al discurso; son la materia prima de los dispositivos vinculares. No debiéramos desestimar que el frente a frente nos conmina a participar en una escena donde la impregnación de lo escópico por sí mismo estimula el deslizamiento hacia lo obsceno.

¿Vale decir cualquier cosa frente al otro de la pareja? ¿Qué pasa con lo íntimo no compartible? ¿Son estos algunos de los límites que nos cabe establecer a través de nuestras intervenciones? ¿Hacen tanto a los límites del «estar en pareja» como a los del «estar» del dispositivo clínico psicoanalítico?

La veladura propia de la vincularidad constitutiva de cualquier vínculo fracasa develando aquello que debiera permanecer cubierto.

¿De qué recursos dispone una pareja para sostener esa ve-
ladura frente a la tendencia a romperla por parte de sus mis-
mos miembros?

Nos preguntamos si bajo la premisa ilusoria de que la vida
en pareja debiera conjurar la muerte, no termina prestándose
más aún a la mostración sin frenos de nuestros dolores y mi-
serias, con lo cual se saltea el pudor en aras de preservar lo
autoconservativo. De esta forma, los aspectos obscenos pue-
den ganar la partida.

Para Esther Vilar,¹ por ejemplo, resulta escandaloso que en
un vínculo, como el de pareja, la relación sexual esté prescripta.

Siempre hay un borde dentro del cual determinadas con-
ductas tienen un valor y por fuera de ese límite, otro. La cua-
lidad de obsceno se perfila justamente en las cercanías del
pudor, uno de los diques que la condición neurótica imple-
menta.

Cada tiempo y cada cultura prescriben lo permitido y lo
prohibido. También cada analista podría considerar obsceno
lo que para otro no lo es. Esto se relacionará privilegiada-
mente con la singularidad de cada contexto transferencial.

El repertorio representacional de cada sujeto y/o de cada
vínculo favorecerá distintas formas de tramitación pulsional.

El amor arma totalizaciones por fuera de la moral. Las es-
cenas que se generan en el intercambio erótico-amoroso no
forman parte de las lógicas de la sociabilidad pública.

Las formas obscenas también son resultado de la confu-
sión ligada a la superposición de espacios, de cierta idea de
transparencia que no admitiría las fronteras: al considerar
como propios el cuerpo y la mente del partenaire queda arra-
sada la discontinuidad «entre» los miembros y caen los lími-
tes que el pudor impone.

¹ Vilar, E. Artículo Diario *La Nación*, 2006.

Las parejas van creando su propia cultura, es decir la sín-copa de lo permitido-prohibido para ellos y frente a otros. El lugar del analista es en estos dispositivos, particularmente difícil de ser sostenido. Las definiciones ideológicas y las propuestas de «sentido común» pueden enredarlo en mundos no sólo superpuestos, sino superconfusos.

Interrogamos la relación que existe entre lo obsceno y la pornografía. En ambos casos se muestra un exceso, ya que se exagera justamente el valor de lo escópico.

Pensamos que la pornografía se ofrece como propuesta del mercado, como un objeto a consumir. Hacer un espectáculo de lo obsceno es una convocatoria que apela a un observador, que podrá eventualmente decidir si quiere o no. Cuenta con la posibilidad de elegir.

Lo obsceno, en la intersubjetividad, produce un impacto sorpresivo en el otro, a quien no se consulta si quiere participar o no de dicha escena, ésta se le impone. Este acto de imposición violenta hace a los atributos propios de lo obsceno.

Para Galende, E. (2001)² la pornografía está relacionada con las tendencias parciales y el cambio de la posición social de los géneros. No es expresión de machismo sino de su caída, por eso actualmente se ha intensificado su consumo.

El trabajo entre colegas, la supervisión, la escritura, las presentaciones clínicas en distintos ámbitos científicos constituyen diversos modos de «desimpactar lo obsceno»³ para así posibilitar la presencia de un analista implicado, pero no involucrado en el atrapamiento transferencial que este tipo de escenas suscita. Se trataría de acotar el goce fantasmático.

² Galende, E. *Sexo y amor*, Paidós, Bs. As., 2001.

³ Abbatista, O.; Asiner, D.; Godoy Garraza, M.; Levin, M.; Makintach, A.; Sztejn, C. Desimpactando lo Obsceno, *Actas del XI Congreso Latinoamericano de Psicoterapia de Grupo*, FLAPAG, Bs. As., 1994.

¿El dispositivo de pareja organiza y es organizado en una escena que convoca a lo obsceno?

¿Hasta qué punto el dispositivo clínico de pareja reproduce el dispositivo moderno de la pareja conyugal?

Muchas veces la apuesta es a un ideal de sinceramiento, a contarse todo, es el arrastre de cierta figura ligada a la transparencia como virtud.

En ese sentido, la fidelidad es solidaria con esa idea de pareja. Mejor dicho con ese ideal de pareja. Pero no debiéramos confundir sinceridad –tarea imposible–, con *sincericismo*, con todo lo que pueda tener de *sincericidio*.

Es importante diferenciar entre ideal de pareja y compromiso subjetivo y vincular.

En ese sentido nos preguntamos: ¿cuál es o cuáles son las renunciaciones imprescindibles en una pareja y también en el establecimiento de un dispositivo de trabajo como el psicoanálisis de pareja?

En Kaës, R. (1991)⁴ la «negatividad de obligación» es condición para que un vínculo pueda existir. Si lo que queda afuera delimita aquello propio de la vida de la pareja: ¿cómo hacer trabajar este concepto en la clínica de pareja?

¿Es pertinente extender el alcance de algo así como un pacto denegativo para que ya no sólo el vínculo sino el dispositivo vincular clínico pueda existir?

De lo contrario ¿estaremos abriendo espacios que nos enredan y escandalizan? Por cierto, cabe señalar el diferente uso que hacen las diferentes parejas del relato de sus espacios íntimos y el grado de impacto buscado. En algunas se percibe

⁴ Kaës, R. *Lo negativo*, Amorrortu, Bs. As., 1991. La Negatividad de obligación es la que hace posible, renunciaciones mediante, a la organización y el sostenimiento vincular.

una fuerte tendencia a desbaratar la posición del tercero, a generar algo así como la facilitación de una práctica perversa.

Ciertos formatos de cotidianeidad y convivencia facilitan regresiones que degradan la vida erótica.

¿Hay algo inherentemente obsceno en un dispositivo multipersonal, donde el otro y su cuerpo no son evocaciones virtuales? ¿El dispositivo analítico también? ¿O es sólo la posibilidad de brindar un marco para trabajar los rebajamientos vinculares propios de la vida en conjunto?

¿Cuántos intercambios y acciones de los sujetos pueden leerse como prácticas obscenas, de impacto en el otro, analista incluido, y qué intervenciones, en nuestra tarea clínica, debieran orientarse a acotar el goce, o re-instalar límites en una pareja desbordada?

Lo obsceno es un intento vano de romper veladuras.

Un integrante de una pareja pregunta, disruptivamente: «¿Le contamos a XX lo que hacemos cuando estamos en la cama?» Este tipo de situaciones convocan a «hacer algo», como si la dimensión interpretativa verbal no bastara.

Esto supone alertarnos frente a la tendencia al vincularismo a ultranza, e hilar más fino respecto de las indicaciones, las derivaciones, y las intervenciones clínicas.

¿Cuántos de los así llamados «fracasos» terapéuticos son reclamos inaudibles de los sujetos, analista y pacientes atrapados en el vínculo? Es allí necesario recuperar a los sujetos, y señalar los intentos de arrastre de lo singular, «propio» del sujeto al espacio vincular.

Si la pareja es el ámbito «legitimado» para la tramitación del empuje pulsional, necesariamente puede dar lugar a todo tipo de demandas: desde las necesidades más personales, a los reclamos por confirmaciones narcisísticas. Lo más «pro-

pio» de los sujetos, «debiera ser» «solucionado» por la pertenencia al vínculo, imperativo que lo transforma en un ideal. La pareja no es el reposo del guerrero, se le demanda demasiado, como si debiera conjurar lo inconjurable.

Bibliografía

- Abbatista, O; Asiner, D.; Godoy Garraza, M.; Levin, M.; Makintach, A.; Sztein, C. Desimpactando lo Obsceno, *Actas del XI Congreso Latinoamericano de Psicoterapia de Grupo FLAPAG.*, Bs. As., 1994.
- Berlfein, E.; Inda, N.; Makintach, A.; Mendilaharzu, G.; Moscona, S.; Nusimovich, M. *Cuestiones Clínicas*, Grupo de trabajo del Depto. de pareja.
- Galende, E. *Sexo y amor*, Paidós, Bs. As., 2001.
- Kaës, R. *Lo negativo*, Amorrortu, Bs. As., 1991.
- Vilar, E. Art. Diario *La Nación*.

Resumen

Lo obsceno alude a cuestiones diversas y, con relación a la singularidad de cada caso, problematiza al analista y promueve las más variadas intervenciones.

Del latín «obscenus», indecente, en el ámbito teatral, remite a situaciones que están o deben estar «fuera de la escena». Se trata de relatos o interacciones de extrema crueldad y/o sexualidad exhibidas, que si bien son importantes en la trama, no debieran ser mostradas; es el espectador el que las infiere.

Lo obsceno, en la intersubjetividad, produce un impacto sorpresivo en el otro, a quien no se consulta si quiere participar o no de dicha escena, ésta se le impone. Este acto de imposición violenta hace a los atributos propios de lo obsceno.

La veladura propia de la vincularidad constitutiva de cualquier vínculo fracasa develando aquello que debiera permanecer cubierto.

El trabajo entre colegas, la supervisión, la escritura, las presentaciones clínicas en distintos ámbitos científicos constituyen diversos modos de «desimpactar lo obsceno» para así posibilitar la presencia de un analista implicado, pero no involucrado en el atrapamiento transferencial que este tipo de escenas suscita. Se trataría de acotar el goce fantasmático.

Summary *The Obscene: its implication in the links therapy practice*

What is obscene refers to different questions and, in relation with the singularity of each case, it creates a problem to the analyst and promotes a variety of interventions.

From the Latin «obscenus», indecent, in the theater scope sends to situations that are or should be «outside the scene». They are stories or interactions of extreme exhibited cruelty and/or sexuality that –although they are important in the plot– must not be shown: it is the spectator that infers them.

In the intersubjectivity what is obscene produces a surprise impact in the other one, who has not been consulted if he wants to participate or not in the scene. This one prevails to him. This action of violent imposition does of the own attributes of what is obscene.

It fails the veil that constitutes any link revealing what should be covered.

The work between colleagues, the supervision, the clinical presentations in different areas, set up diverse ways of reducing the impact of obscenity. That makes it possible the presence of an analyst implied but not involved in a transference trap that this type of scenes generates.

All of them are attempts to limit the «jouissance».

Résumé

«Obscène» fait allusion à des différentes questions et, par rapport à la singularité de chaque cas, il pose de problèmes chez l'analyste et déclenche des interventions les plus variées.

Du latin «obscenus», indécent, dans le cadre théâtral remet à des situations qui sont ou doivent être « hors de la scène» Il s'agit de l'exhibition de récits ou d'interactions d'une cruauté et/ ou sexualité extrêmes que, bien que elles soient importantes dans le scénario, ne devrait pas être montrées, mais en déduites par l'spectateur.

Dans l'intersubjectivité ce qui est obscène provoque un effet frappant chez l'autre qui doit participer de la scène sans son avis: elle lui est imposé. Cet action d'imposition violente fait aux attributs de ce qui est obscène.

Le voile qui doit être à la base de tout lien, tombe est montre ce qui doit être voilé.

Le travail avec des collègues, la supervision, l'écriture, les présentations cliniques dans d'espaces scientifiques sont des différentes manières de réduire la violence de ce qui est obscène pour assurer la présence d'un analyste impliqué mais non pas surimpliqué dans la capture du transfert

Il s'agit de limiter la jouissance.

Resumo

O obsceno alude a questões diversas e, com relação à singularidade de cada caso, problematiza o analista e promove as mais variadas intervenções.

Do latim «obscenus», indecente, no âmbito teatral refere-se a situações que estão ou devem estar «fora da cena». Trata-se de relatos ou interações de extrema crueldade e/ou sexualidade exibida que, se bem são importantes na trama, não deveriam ser mostradas; é o espectador quem as infere.

O obsceno, na intersubjetividade, produz um impacto surpreendente no outro, a quem não se consulta se quer ou não participar da mencionada cena; ela lhe é imposta. Este ato de imposição violenta corresponde aos atributos próprios do obsceno.

A veladura própria da vinculação constitutiva de qualquer laço fracassa, revelando aquilo que deveria permanecer coberto.

O trabalho entre colegas, a supervisão, os escritos, as apresentações clínicas em distintos âmbitos científicos constituem diversos modos de «retirar o impacto do obsceno» para, deste modo, possibilitar a presença de um analista implicado, mas não envolvido no aprisionamento de transferência que este tipo de cenas suscita. Tratar-se-ia de delimitar o gozo.

Palabras clave: obsceno, dispositivo, vincular, intersubjetividad, veladura, imposición, violencia, intervenciones, goce.

Key words: obscene, link, psychoanalytic setting, intersubjectivity, imposition, violence, interventions, «jouissance».

TRIBUNA

Escriba acá su comentario, crítica o pregunta al autor de el/los artículos que más le hayan impactado o interesado y deje la hoja en el buzón de Revista en secretaría.

A large, empty rectangular box with a dashed border, occupying the lower half of the page. It is intended for the reader to write their comment, critique, or question in response to the articles.

HUMOR



Julio Cortázar escribió: «*La coma, esa puerta giratoria del pensamiento.*»



Lea y analice la siguiente frase: «*Si el hombre supiera realmente el valor que tiene la mujer andaría en cuatro patas en su búsqueda*». Si usted es *mujer*, con toda seguridad colocaría la coma después de la palabra *mujer*. Si usted es *varón*, con toda seguridad colocaría la coma después de la palabra *tiene*.



INFORMACIONES



**Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo
Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares**

**DOCENCIA
Posgrado en Psicoanálisis de las
Configuraciones Vinculares**

Dirección: Lic. Liliana Bracchi

Intercambio con Universidad Lyon 2: Lic. Marina Ravenna de Selvatici

Secretaría Académica: Lic. Alicia Baron de Dayan

Asistente Académica: Lic. Alejandra Bo de Bessozzi

Ex-alumnos: Lic. Lila Grandal - Lic. Susana Nellar

Comité Académico

AAPPG: Dr. I. Berenstein; Lic. L. Bracchi; Lic. G. Bianchi;
Lic. R. Gaspari; Lic. S. Lifac; Lic. G. Milano; Dr. C. Pachuk;
Dra. J. Puget; Lic. M. C. Rojas; Lic. M. Selvatici; Lic. D. Singer;
Lic. S. Sternbach; Lic. O. Sujoy; Dra. G. Ventrisci; Lic. D. Waisbrot
Universidad Lyon 2: Profesor Dr. René Kaës, Dra. Claudine Vacheret
Docente extranjera invitada: Mg. Myriam Alarcón de Soler

**DOCENCIA, INVESTIGACIÓN Y EXTENSIÓN
CONVENIOS con Universidades, Hospitales y otras instituciones**

Se cursa segundos viernes y sábados de cada mes

**CURSO ANUAL Intensivo
LABORATORIO - SEMINARIOS BREVES con créditos
CURSADA PERSONALIZADA - Práctica con supervisión**

Inicia Abril de 2009

INSCRIPCIÓN: ENTREVISTAS DE ADMISIÓN NO ARANCELADAS

Informes en Secretaría

Arévalo 1840 - Ciudad de Buenos Aires
Tel-fax: 4774-6465/4772-7439/4771-0247
E-mail: docencia@aappg.org.ar
www.aappg.org.ar



Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo

DOCENCIA - I-P.C.V.

Dirección: Lic. Liliana Bracchi

Representante Intercambio Univ. Lyon 2: Lic. Marina Ravenna Selvatici

Secretaría Académica: Lic. Alicia Barón Dayan

Asistente: Lic. Alejandra Bo Besozzi



**Asociación Argentina
de Psicología y
Psicoterapia de Grupo**



**U.N. M.D. P.
Facultad de Psicología**

Formación Académica Carrera de Especialización en Psicología y Psicoanálisis de los Vínculos Acreditación Universitaria

Pareja – Familia – Grupos – Organizaciones / Instituciones

DIRECTORA: Susana Pintos – COORDINADORA ACADÉMICA: Liliana Bracchi

Convenio Tripartito AAPPG – UNMDP - Universidad Lyon 2

Sede: Buenos Aires

Módulos Independientes con Acreditación Universitaria Se cursan seminarios de 12 horas mayo-junio

- Aportes de Piera Aulagnier, Lic. Susana Sternbach
- Perspectiva vincular en el campo clínico: grupos terapéuticos de niños y adolescentes, Lic. Ona Sujoy
- La pareja en la actualidad, Lic. Gloria Mendilaharzu
- Perspectiva vincular y problemática de género, Lic. Norberto Inda

Informes en Secretaría

Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo
Arévalo 1840 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Telefax: 4774-6465/4772-7439/4771-0247
E-mail: docencia@aappg.org.ar - www.aappg.org.ar



**Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo
Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares**

CENTRO ASISTENCIAL

De acuerdo a las particularidades de la consulta se indica el dispositivo de atención más adecuado tanto para adultos, adultos mayores como para niños y adolescentes

FUNCIONAMIENTO

- En los grupos de supervisión se piensan y discuten los casos desde las diversas perspectivas que aportan sus integrantes.
- En los plenarios (reuniones quincenales de todos los integrantes del centro) se discuten tanto problemas clínicos como de funcionamiento del propio centro.
- En los consultorios los terapeutas atienden pacientes individuales, familias, parejas, grupos.

INTEGRANTES

Directora: Graciela Bianchi

Coordinadoras: Diana Dorin-Patricia Marini-Gisela Kandel

Director Médico: Daniel Asiner

TERAPEUTAS

Abbattista O.- Bernath B.- Blasco A.M.- Capponi M.- Casal L.- Davidovich N.- Dayan A.-
Del Cioppo G.- Dorín D.- Galbusera M.- García Leichman A.- Gasperino M.- Kandel G.-
Kleiner Y.- Levin M.- Masciandaro F.- Marini P.- Palonsky S.- Ponce L.- Roel C.- Rzezak R.-
Schapira C.- Sonego M.- Sztejn C.- Voronovitsky M.

PSIQUIATRAS

Asiner D.

SUPERVISORES

Aguiar E.- Berlfein E. - Bianchi G.- Czernikowski E.-
Matus S.- Onofrio G.- Rajnerman G.- Ventrici G.

Informes en Secretaría

Arévalo 1840 Capital Federal
E-mail: secretaria@aappg.org.ar

Telefax: 4774-6465/4772-7439/4771-0247
www.aappg.org.ar



**Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo
Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares**

La AAPPG anuncia sus Seminarios Breves 2009

La propuesta es hacer un acercamiento a distintos conceptos del Psicoanálisis Vincular articulados con la teoría freudiana, la obra de Lacan y pensamientos filosóficos contemporáneos. La implementación de estos Seminarios aspira a posibilitar que cada participante pueda realizar un recorrido que tenga en cuenta su formación previa así como sus intereses particulares. Además esta red de enseñanza está abierta a profesionales de mayor experiencia que deseen profundizar y actualizar su formación.

Los Seminarios Breves permiten ofrecer una “elección a la carta” para que cada participante, con la orientación en psicoanálisis vincular ofrecida por la AAPPG, pueda elaborar su propio recorrido.

***Coordinados por la Lic. Clara Sztein
Area Programática de Docencia-
Comisión Directiva A.A.P.P.G***

- ◆ ***Grupo de Reflexión, “Pensarme-Pensarnos”***
Docente: Lic. Rosa Chagel
Martes 5, 12, 19 y 26 de Mayo
De 12,30 a 14.00 hs.

- ◆ ***Seminario de Escritura teórico-clínica***
Docente: Lic. Gustavo Gewürzmann
Miércoles 6, 13, 20 y 27 de Mayo
De 14,30 a 16,30 hs.

- ◆ ***Seminario - Taller Cuerpo y Palabra y Clínica y...***
Docente: Lic. Liliana Genijovich
Martes 5, 12, 19 y 26 de Mayo
De 16,30 a 18,30 hs.

- ◆ ***Seminario Deleuze y la Clínica***
Docente: Lic. María Laura Mendez
Seminario Anual
Martes 5, 12, 19 y 26 de Mayo
Día y hora de dictado: 2º y 4º viernes de cada mes de
14,00 a 16,00 hs.

- ◆ ***Psicoanálisis y filosofía en de-construcción: Nietzsche,***
Heidegger, Deleuze, Derrida.
Curso introductorio para principiantes.
Seminario Anual
Coordinadora: Lic. Filosofía María Alejandra Tortorelli
Día y hora de dictado: jueves de 15,00 a 16,30 hs.

Informes en Secretaría

Arévalo 1840 Capital Federal
 E-mail: docencia@aappg.org.ar

Telefax: 4774-6465/4772-7439/4771-0247
www.aappg.org.ar



**Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo
Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares**

Equipo de Análisis Institucional

Área de asistencia para instituciones, organizaciones y comunidades

El Equipo de Análisis Institucional recibe demandas de
Intervención de Instituciones y Organizaciones
del ámbito privado y estatal.

Formado por profesionales especializados en el trabajo del
Análisis Institucional, realiza además tareas de Docencia e
Investigación. Interviene en instituciones y organizaciones a partir
de situaciones de crisis y/o conflicto, en comunidades con
situaciones de riesgo y en equipos de trabajo para tareas de
supervisión y capacitación.

Equipo de Trabajo

Lic. Esther Beliera, Lic. Osvaldo Bonano, Lic. Raquel Bozzolo,
Lic. Marcela Brzustowski, Lic. Norma Effron, Lic. Marta L'Hoste,
Lic. Gustavo Packmann, Lic. Anne Saint-Genis,
Lic. Irene Spivacow, Dra. Graciela Ventrici

Informes en Secretaría

Arévalo 1840 Capital Federal
E-mail: secretaria@aappg.org.ar

Telefax: 4774-6465/4772-7439/4771-0247
www.aappg.org.ar



**Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo
Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares**

Arévalo 1840 - Buenos Aires (1414) - Telefax: 4774-6465

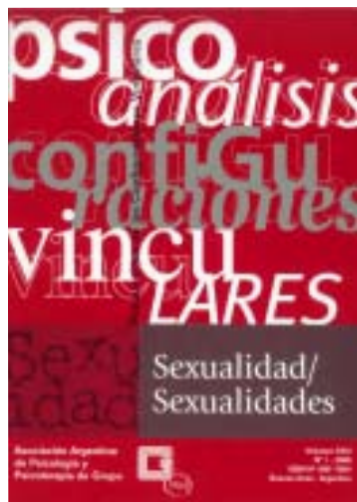
E-mail: secretaria@aappg.org.ar

**El Área Programática Científica de la Asociación Argentina de
Psicología y Psicoterapia de Grupo anuncia su programación 2009**

Actividad	Coordinador y/o enlace	Día y Hora
Equipo de Análisis Institucional	E. Beliera, O. Bonano, R. Bozzolo, M. Brzustowski, N. Effron, M. L'Hoste, G. Packmann, L. Pomares, A. Saint-Genis, I. Spivacow, G. Ventrici	Viernes 10.00 a 12.00
Equipo de Grupos de Niños y Adolescentes	E. Beliera, E. González, E. Lodi, M. Nudelman, O. Sujoy	Miércoles 12.00 a 14.00
Espacio de Adultos Mayores	Solchi Lifac	Jueves 09.30 a 11.30
Espacio de Pareja	A. Makintach, M. Spivacow	Martes 14.00 a 16.00
Grupo de Actualización en Psicoanálisis Vincular con Niños y Adolescentes	M. C. Rojas, O. Sujoy	Lunes: primeros y terceros 12.30 a 14.30
Grupo de Familia	H. Abelleira, F. Masciandaro, G. Gewürzmann	Jueves 10.00 a 12.00
Grupo Vínculo - Lacan	E. Czernikowski, R. Dimarco, B. Katz, A. Makintach, G. Milano, S. Palonsky, C. Sztein, María I. Winograd, A. Zadunaisky	Martes: segundos y cuartos 11.30 a 13.00
Taller. Clínica Psicoanalítica Vincular. El analista en sesión: construyendo herramientas	R. Gaspari, C. Pachuk, M. Spivacow, D. Waisbrot	Lunes 14.30 a 16.30
Taller Clínico. Cuestiones Psicopatológicas Vinculares	S. Gomel, S. Matus	Lunes: segundos y cuartos 10.45 a 12.30
Taller de investigación metapsicológica. Metapsicología vincular	H. Krakov	Viernes 10.00 a 11.30
Taller de investigación: Crisis socio- económica actual y sus efectos en la subjetividad y los vínculos	E. Aguiar, D. Blumenthal, O. Idone, Y. Kleiner, M. Vinitzky	Lunes: primeros y terceros 11.30 a 13.30
Taller de Relatos Clínicos	E. Matos, S. Vaitelis, M. Ungierowicz	Jueves: primeros y terceros 12.00 a 14.00

***REVISTA DE PSICOANÁLISIS
DE LAS CONFIGURACIONES VINCULARES***

Se puede comprar no sólo en AAPPG, sino también en las siguientes librerías a las que se distribuye:



Capital Federal

Lib. Paidós
Lib. Paidós del Fondo
Lib. Penélope
Letra Viva
Lib. Hernández
Edipo Libros
Zival's
Ediciones del Sol - Corrientes
Ediciones del Sol - Callao
Lib. Norte
Lib. Santa Fe
Crime Libros
Lib. El Lorraine
Facultad de Psicología - Independencia
Facultad de Psicología - Yrigoyen
Lib. La Cueva
De la Mancha
Lib. Lilith
Lib. Santa Fe 2376
Lib. Santa Fe 2582
Lib. Santa Fe (Alto Palermo)
Lib. Antígona Callao 737
Lib. Antígona Corrientes 1555
Lib. Antígona Las Heras 2597
Lib. Todotécnicas
Lib. Guadalquivir
Lib. De Las Madres
Lib. Tiempos Modernos
Lib. Imaginador

**Gran Buenos Aires**

Lib. Casa del Sol - Lomas
Lib. Garabombo - San Martín
Lib. Ramos - Quilmes

La Plata

De la Camapana
Discépolo Libros
Lib. Rayuela

Interior**Mar del Plata**

Fray Mocho

Rosario

Homo Sapiens

Lib. Rosa

Laborde Libros

Lib. Buchin

Córdoba

El Espejo

Maidana Libros SRL

Salta

Rayuela Libros

Lib. Prana

Códice Libros

Resistencia

Lib. de la Paz

Santa Fe

Lib Mauro Yardin

Próximo número:**«Lógicas colectivas, prácticas vinculares»****Informes en Secretaría**

Arévalo 1840 Capital Federal
E-mail: secretaria@aappg.org.ar

Telefax: 4774-6465/4772-7439/4771-0247
www.aappg.org.ar

ASOCIACIÓN ARGENTINA DE PSICOLOGÍA
Y PSICOTERAPIA DE GRUPO

Revista

PSICOANÁLISIS DE LAS CONFIGURACIONES VINCULARES

Condiciones para la Presentación de Trabajos

1- Los escritos presentados deberán *ser inéditos*, podrán ser *individuales o grupales* y deberán estar escritos en español.

– Los trabajos tendrán una extensión máxima de 10.000 palabras, y se entregarán en siete ejemplares impresos en papel tamaño carta o A4 junto con el correspondiente CD o diskette, aclarando el procesador de texto utilizado, el cual debe ser compatible con I.B.M.

– Los **artículos** deben incluir, en hoja separada, un resumen de 10 líneas, redactado en tercera persona, con las correspondientes traducciones al inglés, francés y portugués, realizadas a cargo del autor, incluyendo la traducción del título, por traductores designados por la Dirección de Publicaciones, como asimismo de las palabras clave correspondientes al mismo.

– Las **notas** deben numerarse en forma sucesiva en el texto y colocarse al final del trabajo.

Las **referencias bibliográficas** en el texto: al mencionar a un autor, se transcribirá su apellido, la inicial de su nombre y la fecha de primera publicación del texto en su idioma original. Ej.: (Spitz, R., 1954). Si se desea mencionar la página (en una cita textual, por ejemplo), se ubicará este dato a continuación. Ej.: (Spitz, R., 1954, pág. 153). La página citada corresponde a la edición utilizada (ver más adelante).

– *Es requisito fundamental, tener especial cuidado en no mencionar en el cuerpo del texto ninguna de las publicaciones propias para evitar inferencias sobre la identidad del autor.*

– La **bibliografía**, ordenada alfabéticamente, se presentará en hoja aparte de la siguiente manera:

a) **Libros**: apellido del autor, inicial del nombre y año de la **primera edición en su idioma original**. Luego, el título del libro (en cursiva), lugar de edición, editor, año de la edición utilizada. Ej.: Spitz, R. (1954) *El primer año de vida del niño*. Madrid, Aguilar, 1961.

b) **Artículos:** apellido del autor, inicial del nombre, año de la **primera edición del artículo en su idioma original**. Luego, título del artículo entre comillas, nombre de la publicación (en cursiva), volumen, número, año **de la edición utilizada**. Ej.: Couchoud, M. T. (1986) «De la represión a la función denegadora», *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XX, nº 1, 1997.

– El trabajo, sus copias impresas y la versión digital en CD o diskette deben estar firmados con seudónimo y entregarse en secretaría de AAPPG en un sobre en cuyo frente figure sólo el título del trabajo y el seudónimo utilizado.

– Dentro de este mismo sobre se incluirá un sobre cerrado, caratulado de igual manera, que contenga en su interior: nombre y apellido del/de los autor/es, sus datos de afiliación profesional, dirección, teléfono y correo electrónico, la/s hojas de la bibliografía; la autorización para la publicación.

– *Es imprescindible adjuntar una autorización explícita para la publicación del trabajo en esta revista, ya sea en soporte papel o modalidad digital, en forma total o parcial, en la página web de A.A.P.P.G. o a través de los índices con los que la página tiene links, aclarando nombre/s completo/s y documento/s de identidad, con firma y aclaración.*

– Los originales enviados no serán devueltos, resulten o no publicados.

REFERATO INTERNACIONAL: Los trabajos serán preseleccionados por el Comité Científico y aprobados o no finalmente por el Comité de Referato Internacional. Cada trabajo será enviado a tres miembros del Comité de Arbitraje Internacional (dos pertenecientes a la institución). Los árbitros tendrán en cuenta los siguientes ítems transcritos a continuación:

- 1) originalidad de la idea central o de la particular interrelación entre conceptos;
- 2) rigurosidad teórica y claridad en la exposición;
- 3) coherencia lógica en el desarrollo;
- 4) presencia de alguna dimensión vincular o de algún sesgo que se relacione a la misma;
- 5) cuidado en el estilo gramatical;
- 6) capacidad de despertar y mantener el interés.

De acuerdo a estos criterios responderán si consideran el trabajo digno de ser publicado en la revista *Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares*.

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES

Producción gráfica:
PubliKar
Tel.: 4743-4648

Se terminó de imprimir
en el mes de abril de 2009
en los Talleres Gráficos Su Impres S.A.
Tucumán 1478/80
C1050AAD - Capital Federal

Tirada: 500 ejemplares

1
XXXII
2009

LOS HIJOS DEL ALZHEIMER
Solchi Lifac

VÍNCULOS Y SUJETOS DE HOY: LOS TEJIDOS DE LA VIOLENCIA
María Cristina Rojas

MALTRATOS Y ABUSOS EN NIÑOS Y ADOLESCENTES
Ona Sujoy

LA EXPERIENCIA TRAUMÁTICA Y EL TESTIMONIO
Mariana Wikinski

■ INTERROGACIONES... Y PERSPECTIVAS
José Tcherkaski, Raquel Bozzolo

■ RE-LECTURAS

EL EDIPO DESPUÉS DEL EDIPO.
RECORRIDOS ACTUALES DEL PSICOANÁLISIS
Daniel Waisbrot

LO OBSCENO: SU IMPLICANCIA EN LA CLÍNICA VINCULAR
Norberto Inda, Alejandra Makintach, Gloria Mendilaharzu,
Sara Moscona, Marta Nusimovich

■ TRIBUNA

■ HUMOR

■ INFORMACIONES



Asociación Argentina
de Psicología y
Psicoterapia de Grupo



Volumen XXXII
N° 1 - 2009
ISSN N° 1851-7854
Buenos Aires - Argentina

psicoanálisis configuraciones vinculares

Excesos Vinculares

Excesos Vinculares